



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

DIVISIÓN DE ESTUDIOS PROFESIONALES

LA CASTRACIÓN EN LA RELACIÓN MADRE-HIJA:

UNA MIRADA DEL ESTRAGO LACANIANO EN LA PELÍCULA “LA PIANISTA”

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE

LICENCIADA EN PSICOLOGÍA

PRESENTA:

XOCUA TEPEPA BLANCA ESTELA

DIRECTOR DE TESIS:

MTRO. JUAN CARLOS MUÑOZ BOJALIL

REVISOR (A):

MTRA. ANA BERENICE MEJÍA ITURRIAGA

MTRO. MANUEL ALFONSO GONZÁLEZ OSCOY

MTRA. ANGELINA GUERRERO LUNA

DRA. NORMA PATRICIA CORRES AYALA





Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Las sonámbulas

En mi ciudad natal vivían una mujer y su hija, que caminaban dormidas.

Una noche, mientras el silencio envolvía al mundo, la mujer y su hija caminaron dormidas hasta que se reunieron en el jardín envuelto en un velo de niebla.

Y la madre habló primero:

– ¡Al fin! –dijo. ¡Al fin puedo decírtelo, mi enemiga! ¡A ti, que destrozaste mi juventud, y que has vivido edificando tu vida en las ruinas de la mía! ¡Tengo deseos de matarte!

Luego, la hija habló, en estos términos:

– ¡Oh mujer odiosa, egoísta y vieja! ¡Te interpones entre mi libérrimo ego y yo! ¡Quisieras que mi vida fuera un eco de tu propia vida marchita! ¡Desearía que estuvieras muerta!

En aquel instante cantó el gallo, y ambas mujeres despertaron.

-¿Eres tú, tesoro? –dijo la madre amablemente.

-Sí; soy yo, madre querida –respondió la hija con la misma amabilidad.

(Khalil, 2003, p. 212-213).

DEDICATORIA

Esta tesis es un regalo para la UNAM, familiares, amigos y lectores.

Antonia

Querida madre. La bondad y la lucha constante que has tenido en la vida, son una fuente de inspiración. Te quiero, te admiro y te agradezco.

Edmundo

Quiobole hermano. Los cocodrilos también sirven para hacer tesis. Te quiero mucho.

Diana

Mi amor. Me encuentro profundamente agradecida contigo. A seguir caminado juntas.

Jade Itzayana

Amada hija. No sé que sea la libertad, pero sé cuando se pierde. Nunca dejes de luchar por tus sueños. El mío hoy te lo dedico.

Karla Nínive

Hermana. La palabra y el silencio son la gran fortaleza de tu bella amistad.

Julio Roberto

Mil y un razones para quererte y extrañarte. Tu, mi más grande y entrañable amigo.

Maribel

La universidad, el tiempo y las circunstancias te han convertido en una gran amiga.

Lorenz

Tu vocación y tu amistad son dos cosas que he disfrutado y admiro cabalmente.

Patricia Munguía

Su congruencia valida mi admiración. Gracias por depositar su confianza en mí.

Fredy

Compadre, amigo y cuate. Eres un gran ejemplo a seguir. No lo dudes.

David

El psicoanálisis sólo ha sido un pretexto para fortalecer la amistad. Gracias.

Nora, Busy, Kary, Mayra y Niki

No puedo pensar esta vida sin ustedes, porque son el rostro de quienes siempre han estado y estarán. Que sería yo sin cada una de ustedes.

A Juan Carlos, Anna Berenice, Manuel Alfonso, Norma Patricia y Angelina

Fueron una vía para que el goce no se perpetuara. Su enseñanza ha sido piedra angular de mi formación profesional y personal.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	1
 CAPÍTULO I. LA MADRE COMO SER PRIMORDIAL	
1.1 El lenguaje y el Otro materno.....	6
1.2 La frustración.....	8
1.2.1 Agente-objeto.....	8
1.2.2 El grito de la necesidad enajenada.....	10
1.2.3 Vuelco.....	12
1.3 La demanda (objeto).....	13
1.3.1 Los signos del amor.....	13
1.3.2 Reivindicación.....	15
1.4 Omnipotencia (agente).....	16
1.5 El deseo del Otro materno.....	19
1.5.1 Búsqueda.....	19
1.5.1.1 La mamá cocodrilo.....	19
1.5.1.2 <i>Che vuoi?</i>	21
1.5.2 Encuentro.....	22
1.5.2.1 El tercero.....	22
1.5.2.2 El falo.....	23
1.5.3 Identificación.....	26
1.5.3.1 Entre ser y tener.....	26
1.5.3.2 Una ley que devora.....	27

1.5.3.3 Objeto falaz.....	29
1.6 El padre velado.....	30

CAPÍTULO II. EL VÍNCULO PARTICULAR MADRE-HIJA

2.1 La primera, intensa y duradera.....	34
2.2 El vínculo como un estrago.....	39
2.3 Insuficiencias y reproches.....	42
2.4 Tener o no tener.....	47
2.5 A puerto seguro.....	54

CAPÍTULO III. EL COMPLEJO PADRE EN EL EDIPO

3.1 El padre.....	60
3.2 El Edipo en un dos por tres.....	62
3.2.1 Primer tiempo.....	62
3.2.2 Segundo tiempo.....	65
3.2.3 Tercer tiempo.....	70
3.2.3.1 La clínica del estrago.....	77
3.3 Superyó.....	81
3.3.1 Heredero del complejo de Edipo.....	81
3.3.2 Heredero del Ello.....	83
3.4 En el desasimiento esta la mentira.....	90

CAPÍTULO IV. LA ARMONÍA DESCARNANTE DE LA PIANISTA

4.1 Una mirada al filme.....	93
4.2 El pacto de la esclavitud.....	96

4.3	Una versión descarnada de la sexualidad.....	99
4.4	La responsabilidad subjetiva.....	103
	REFERENCIAS.....	106
	ANEXO.....	116

INTRODUCCIÓN

La vida cotidiana ilustra una particular ligazón intensa y duradera con la madre desde el tiempo estructurante del ser humano, que posibilita con suma frecuencia entrelazar ataduras que podrían perdurar toda la existencia. Confrontar a la mujer con el vínculo materno desde el dispositivo psicoanalítico, para suponer un entendimiento a esta particular relación, vista desde el estrago, advierte la problematización por el múltiple bagaje teórico y por alcanzar una posición frente a un marco referencial. La mirada a la que apuesto en esta tesis teórica tiene como eje el poder inmensurable que la madre adquiere sobre sus descendientes. Para abordar la devastación del vínculo madre-hija, se requiere la entrada del padre, por lo que, el padre del psicoanálisis, **Sigmund Freud (1856-1939)** y la Metáfora Paterna de **Jacques Lacan (1901-1981)**, son centrales en la construcción de la presente investigación, que tiene como última finalidad analizar la película *La pianista* (Haneke, 2001), desde una mirada que supone ver la realidad subjetiva de los protagonistas.

Para Sigmund Freud (1925/1974), la mujer dentro y fuera de la clínica psicoanalítica ha sido significada como un enigma e incluso, no sólo la metaforizó como un “continente desconocido para la psicología” (p.199), sino además como una encrucijada ante los lacustres paralelismos con el varón. Esto resulta relevante en la medida que se intenta formular una construcción del ser en el mundo y sus inadvertidas consecuencias, a partir de la diferencia anatómica de los sexos. En la práctica clínica con mujeres, él observó con sorpresa que “toda vez que existía una

ligazón-padre particularmente intensa, había sido precedida, según el testimonio del análisis, por una fase de ligazón-madre exclusiva de igual intensidad y apasionamiento... El vínculo-madre primario se había edificado de manera muy rica y plurilateral” (1931/1974, p.228). A pesar de que el padre del psicoanálisis se encontró envuelto entre el desconocimiento y la sorpresa que atañe a la clínica femenina, dejó a los sucesores una invitación para seguir indagando sobre el vínculo madre-hija y sus desenlaces en el complejo de Edipo.

Jacques Lacan en *El reverso del psicoanálisis* (1969/1970) y en *El atolondrado, el atolondradicho o las vueltas dichas*, (Miller, 1972/1984) ofreció una imagen rica y precisa de la ligazón madre-hija, definiéndola como *estrago*. En ambos textos evoca las vicisitudes devastadoras de la madre cuando es un trago amargo, donde se actúa aquello que no se quiere saber que se sabe y entra en juego el goce, como un imperativo insostenible del Superyó que desborda a una y otra, por los barrancos de la pulsión de muerte. Textos psicoanalíticos como *Un estrago. La relación madre-hija*. (Batla, et al., 1997) y *La Madre Estrago* (Jarque & Burgos, 2010), ponen en evidencia la vigencia del corpus freudolacanian y confirman que ningún sujeto queda exento del estrago materno independientemente de la mascarada materna (culposa, oracular, vengativa, bondadosa, cándida, comprensible, etcétera).

El título de la tesis “madre-hija” marca de entrada el desarrollo estructural de la tesis y de la ligazón. Como primera línea referencial, se puntualiza que la madre e hija se encuentran mediadas por el significante fundamental, el falo. Es decir, el vínculo no corresponde a una simbiosis, en la que ambas se encuentran frente a frente, sino que en medio está el falo abasteciendo la condición imaginaria. Otra línea referencial, marca lo particular de la constitución subjetiva de la mujer con la

madre, donde antes que madre se es hija, lo cual implica examinar esta posición de ser hija antes que madre, para sustentar el desasimiento o retorno al vínculo con la madre. El desarrollo psicosexual de cada una, resulta un lugar de encuentros y desencuentros, un *dark continent* por excelencia. Referir a la mujer desde el orden de ser madre, ocupa un lugar cifrado que se intenta descifrar, aunque las cuentas no alcancen para dar cuenta, de la construcción del quehacer femenino en sí mismo. No es una tesis de la madre o la hija. Es una recapitulación de la madre siendo hija, que vehiculiza el camino a la maternidad. Ambas líneas de abordaje se condensan en el capítulo del complejo de Edipo y sus estragantes consecuencias cuando la escalonada del padre falla.

A través de la clínica, la cinematografía, la literatura, el teatro, la música, la pintura..., observé una **problemática** común en numerosas mujeres, que se encontraban en constante conflicto con su madre. El escenario del golpe, reproche, prohibición, culpa, deuda, chantaje, miedo, silencio y más, resultaba cotidiano y de ubicación, de “algo inapalabrable”, que las mantiene o mantenía ligadas, retornando compulsiva e intempestivamente a un lugar doliente con la madre.

A partir de observar esta problemática, surgió una serie de **preguntas** en torno a la relación madre-hija. Por ejemplo: ¿Qué podría producir un vínculo que ahoga, angustia y enloquece con la madre?, ¿Qué genera el retorno de la hija a este vínculo estragante?, ¿Qué lugar ocupa el padre en el vínculo madre-hija cuando se torna destructivo?, ¿Cómo incide en la mujer la castración en el desasimiento o retorno con la madre? y ¿Qué tan factible es analizar el séptimo arte aplicando el psicoanálisis?

Con el fin de posibilitar respuestas a estas interrogantes, el **propósito** de esta investigación documental fue viabilizar un saber sobre el retorno con la madre estrago, a partir de la condensación que Jacques Lacan (1969-1970, Cap. 7, p. 118), elaboró sobre la mamá cocodrilo, que remite a pensar la castración como un corte simbólico a un objeto imaginario y que recae sobre el vínculo. Al posicionar la tríada edípica, nadie queda exento de responsabilidad, por lo que la presente tesis no tiene la intención de satanizar o santificar a quienes ocupan una posición. A grandes rasgos, el primer capítulo reitera que antes que madre, se es hija, hija del lenguaje. El siguiente capítulo fundamenta que antes que madre, se fue hija. El tercer capítulo sustenta que se es hija de dos y el último capítulo plasma con el análisis del filme, la descarnación de una mujer adulta que sabe tocar las puertas de la muerte con su madre. Con un fin didáctico, he incluido un glosario en el Anexo.

Palabras claves: Madre-Hija, Castración, Estrago, La pianista.

Autores: Freud y Lacan.

CAPÍTULO I. LA MADRE COMO SER PRIMORDIAL.

La mano que mece la cuna rige el mundo

(Peter de Vries, novelista estadounidense).

A través del desarrollo del **psicoanálisis**¹ se ha otorgado a la **madre** y el **padre**, un papel central en la construcción del ser humano y lo que lo habita, debido a que cuando la cría humana es arrojada al mundo, se encuentra inacabada. Con el estatuto de hijo o hija, según sea el caso, el sujeto constituye su historia, a partir de la presencia o ausencia de las figuras parentales. Para Jarque y Burgos, “existe una realidad incuestionable: todos somos hijos...” (2010, p. 227). El estatuto de hij@ es un lugar generalizable y perdurable en todo ser humano, que tiene en cuenta al padre y a la madre. Sin embargo, al mantenerse el universal de que todo ser humano ha nacido de una mujer, a la madre se le ha adjudicado en un primer momento, mayor incidencia en la vida del infans. En la historia de la humanidad, la madre biológica continúa siendo imprescindible para preservar la especie, porque ella ha de apostar el cuerpo y los cuidados primarios que el neonato recibe para subsistir. Sin embargo, más allá del planteamiento biológico, la función materna con las marcas de su propia existencia, repercute en el desarrollo estructural y en los avatares que el sujeto ha de atravesar para constituirse, en tanto sujeto. No hay

¹ Ver Glosario en el Anexo.

distingo entre hombres y mujeres en el proceso de sujeción, como se podrá observar en el presente capítulo.

1.1 El lenguaje y el Otro materno

El mundo **simbólico** preexiste al sujeto y ha de ser atravesado por el lenguaje para subsistir, porque éste direcciona su existencia, lo funda. Jacques Lacan (1901-1981) advirtió en *Introducción del Gran Otro*, que el sujeto se encuentra dividido, “es un sujeto, no en su totalidad sino en su abertura” (1954-1955, Cap. 19, p. 365), y posteriormente, en el *Seminario V*, introdujo al sujeto barrado (\$). Al ser atravesado el infans por los **significantes** del **Otro**, sufre la estructura del lenguaje y queda partido mucho antes de que pueda articular el habla, de tal manera que cuando se evoca al sujeto, se piensa que ha sido sujetado por la estructura del lenguaje.

En un primer momento, se sugiere pensar al gran Otro como un lugar y no una entidad específica. Es una exterioridad del sujeto, que se encuentra inscrito en el registro simbólico, donde la palabra se constituye. El discurso del Otro “es el sistema de convenciones significantes que componen la mítica del inconsciente y que marca al individuo prefigurando su ubicación desde el nacimiento. Es un sistema parental y simbólico que determina la posición del Sujeto” (Vallejo, 1987. p.107). Es decir, el Otro incide en el sujeto, porque el Otro es el tesoro de los significantes, molino de la palabra. Lacan aseguró, “...no hay sujeto si no hay significante que lo funde” (1957-1958, Cap. 10, p.194), por lo que el infans tendrá que pasar por el desfiladero del significante, por el lugar del Otro.

Para Oscar Masotta, el Otro en la obra de Lacan, es una construcción teórica que tiene que ver con el padre, con la madre y con el **complejo de Edipo** en su conjunto (1992, pp. 44-45), mientras que para David Nasio “el Otro es cualquier personaje mítico, ya sea Dios, la madre o el propio sujeto en un fantasma de omnipotencia...” (1993, p. 37), de tal manera que el Otro puede ser encarnado por diferentes entidades y el primer agente en ocupar ese lugar es la madre. Independientemente de las conjugaciones que tenga con el mundo el **Otro materno** con su ir y venir, se establece como causal de las primeras simbolizaciones. La lengua materna recibe y sostiene al infans. Lacan afirmó:

Antes incluso de que el aprendizaje del lenguaje se haya elaborado en el plano motor y en el plano auditivo, y en el plano de que entienda lo que dicen, hay ya simbolización –desde el origen, desde las primeras relaciones con el objeto, desde la primera relación del niño con el objeto materno en cuanto objeto primordial, primitivo, del que depende su subsistencia en el mundo... (1957-1958, Cap. 12, p. 230).

Ésta afirmación se observa a lo largo de su enseñanza. La existencia se liga con el lenguaje y en el centro del lenguaje se encuentra el Otro. Aunque no hable, el infans experimenta la estructura del lenguaje en un estadio *ultraprecoz*, a causa de haber pasado por el desfiladero del significante. El nuevo ser es capturado por la madre enlazando un vínculo conocido como primordial, que es el que sujeta al infans al universo parlante. El sistema de reglas y convenciones del registro simbólico intermedia la relación entre el Otro y el sujeto. La primera relación que tiene el sujeto con el Otro, es con el Otro materno. Ella nutrió al feto con el cordón umbilical, y progresivamente al neonato lo nutrirá con el lazo simbólico, a partir de la frustración.

1.2 La frustración

1.2.1 Agente y objeto

La noción psicoanalítica de la **frustración**, se vincula con los primeros años de vida y con la exploración “de los traumas, fijaciones, impresiones, provenientes de experiencias preedípicas. Esto no implica que sea exterior al Edipo –de alguna forma constituye su terreno preparatorio, su base y su fundamento” (Lacan, 1956-1957, Cap. 4, p. 63), que permite situar la llegada del infans al mundo y la relación primordial con la madre.

En *La dialéctica de la frustración*, Lacan consideró dos elementos –**objeto** y **agente**– que se encuentran ligados. Respecto al objeto, declaró:

Por una parte, está el objeto real. No cabe duda de que un objeto puede empezar a ejercer su influencia en las relaciones del sujeto mucho antes de que haya sido percibido como objeto. El objeto es real, la relación directa. Sólo en función de una periodicidad en la que pueden aparecer agujeros y carencias, podrá establecerse cierta forma de relación del sujeto que no requiere en absoluto admitir, ni siquiera por su parte, distinción de un yo y un no yo... (1956-1957, Cap. 4, p.68).

La forma de relación con el objeto de la frustración es **real** y sólo opera en relación con la falta. Sin embargo, la frustración va más allá de cuantificar las satisfacciones o negaciones que ha recibido un sujeto, en un determinado momento de la evolución subjetiva. Para Freud y Lacan, el cuerpo materno fue calificado como

un inmenso continente, que reúne todos los objetos fantasmáticos primitivos. El seno materno resulta notable como objeto de la frustración, con el cual se experimentan las primeras satisfacciones, que inciden como huellas mnémicas en el **deseo** y en la representación del proceso pulsional.

Por otra parte, el agente de la frustración es la madre simbólica. Sin embargo, se debe tener en cuenta que al inicio, ella no aparece con ningún tipo de valor biológico. Podría tratarse de un peluche, una pelota o cualquier objeto del que pueda despojarse para recuperarlo después. Según Amez et al (1994, p. 69), Sigmund Freud señaló que la madre aparece en los primeros juegos de repetición, como el *Fort Da*. Para Lacan, éste juego elemental tiene una trascendencia porque el infans juega con el par presencia-ausencia, que “connota la primera constitución del agente de la frustración, que en el origen es la madre...” (1956-1957, Cap. 4, p. 69), e introduce con esta alternancia, la base del registro simbólico en un período temprano de vida.

Jacques Lacan encontró la acción desencadenante del orden simbólico, en la presencia-ausencia de la madre, y aunque éste par de opuestos no ofrece de golpe al sujeto todo el registro, se traza el origen y la anudación de las primeras simbolizaciones. Él fue contundente respecto al vínculo inicial que existe entre la madre y el mundo simbólico. Lo cito:

Aunque sólo viva en él de forma parcial, aunque sea, como a veces sucede, un ser mal adaptado a ese mundo del símbolo o que ha rechazado algunos de sus elementos, esta simbolización primordial le abre a pesar de todo al niño la dimensión de algo distinto, como se suele decir, que la madre puede desear en el plano imaginario (1957-1958, Cap. 10, p.188).

En el proceso de la simbolización se abre una dimensión donde el sujeto entrevé el **deseo de la madre** en el plano **imaginario**, pero no lo determina como tal, ya que hasta este momento, se encuentra envuelto en un conjunto de estímulos que provienen del exterior e interior de su organismo.

1.2.2 El grito de la necesidad enajenada.

En el *Proyecto de psicología para neurólogos* (1895/1972), Sigmund Freud ubicó al neonato en un estado de inermidad, por el hecho de encontrarse menos acabado que otros animales. Es decir, no posee las herramientas para subsistir por sí mismo y enfrentar el cúmulo de estímulos endógenos –**necesidad**– que sólo pueden ser apaciguados bajo precisas condiciones independientes del cuerpo que provienen del mundo exterior –acciones específicas o adecuadas. Los estímulos originarios son cancelados de manera temporal, a través del auxilio ajeno del Otro materno. Ante el *apremio de la vida* del infans, se convoca a una descarga motriz manifestada en el grito. Éste es interpretado por la madre como un llamado. Al respecto, Graciela Kait (1996) explicó:

La madre -o el que esté en función materna- es una primera figura de este Otro que de alguna manera tiene que sancionar, que leer, el grito del niño: tiene hambre, tiene sed, etc. Esta sanción es la que hace que la necesidad pase por el lugar del Otro, por el desfiladero del significante, quedando la necesidad biológica como tal tomada por el lenguaje (p. 21).

El grito exalta la necesidad (hambre, sueño, sed, etcétera), pero quien determina la necesidad como tal, es el Otro materno, al hacer del grito un llamado, al significarlo y darle un nombre. Ella supondrá la necesidad, actuando de acuerdo a su

propia convicción. Todo dependerá de qué escuche y qué reacción específica elabore. Finalmente, quien posee las cuerdas de lo simbólico es el Otro materno.

El inicial desvalimiento del ser humano, lo conduce a depender. No obstante, cabe señalar que el sometimiento va más allá de la biología. Si el sujeto depende de algo, es del lenguaje como orden simbólico. Las necesidades al pasar por el desfiladero de lo simbólico, retornan al sujeto enajenadas, a saber, quedan perdidas. El infans no puede acceder a algún objeto, sin tener que pedirlo, aunque inicialmente ignore lo que pide. La necesidad surge, pero se desconoce de ésta. Jacques Lacan aseguró que “no hay estado original ni estado de pura necesidad. Desde el origen, la necesidad está motivada en el plano del deseo” (1957-1958, Cap. 12, p. 226), de tal forma que se encuentra ubicada como una condición mítica, debido a que soporta las condiciones impuestas por el significante, al ser cifrado por el Otro.

Para Kait (1996), “la necesidad tomada por el lenguaje va a hacer que hablemos de demanda dado que una necesidad tomada por el lenguaje no es más una necesidad” (p.21). Entonces, si la necesidad retorna enajenada al pasar por los significantes, lo que realmente retorna es una **demanda** del Otro. La demanda que el sujeto dirige al Otro, le pertenece al Otro, por el hecho de que el tesoro de los significantes es el Otro.

Cabe puntuar que, aunque la necesidad es temporalmente satisfecha, no posee una satisfacción universal que la colme, debido a dos condiciones. Por un lado, un particular de la necesidad, no puede ser capturada por los significantes, quedando a nivel de la represión primaria y por otro lado, la necesidad que sí pasa por el lugar del Otro, queda enajenada, porque lo que retorna es la demanda del Otro. Ante la abolición y la enajenación de la necesidad, la demanda al Otro se

infinetiza en una demanda incondicional, porque, ningún objeto que venga del Otro será satisfactorio. El infans será insuficiente para satisfacer a la madre, así como los objetos que proporcione la madre, serán insuficientes para satisfacerlo.

1.2.3 El vuelco

La dialéctica de la frustración se desarrolla en la insatisfacción universal, porque la madre en algún momento deja de responder a la demanda del sujeto y se ejecutará una inversión paralela del agente y el objeto. Lacan expresó que "...la situación ha dado un vuelco –la madre se ha convertido en real y el objeto en simbólico" (1956-1957, Cap. 4, pp. 70-71). La madre simbólica es elevada a una potencia real, mientras que el objeto de la satisfacción real se modifica por intervención de la potencia materna en objetos simbólicos, que tendrán valor de don.

Se recordará que la madre al encarnar al gran Otro, todavía no está constituida como un objeto total para el sujeto, sino que, a partir de la alternancia presencia-ausencia, se le podrá concebir desde la realidad, como una madre real. Jacques Lacan afirmó, "la primera relación de realidad se perfila entre la madre y el niño, y ahí es donde el niño experimenta las primeras realidades de su contacto con el medio viviente" (1957-1958, Cap. 10, p. 186). El esbozo del principio de realidad en el infans, se ha de introducir progresivamente, en la medida en que el grito resuena en el Otro materno, en tanto una potencia, que puede dar o negar el don de amor. En el seminario IV, declaró lo siguiente:

El principio del placer lo hemos identificado con una determinada relación de objeto, es decir, la relación con el seno materno, mientras que el principio de

realidad lo hemos identificado con el hecho de que el niño debe aprender a prescindir de él (1956-1957, Cap. 2, p. 36).

Lo que el sujeto desea poseer, ya no son objetos de satisfacción, "...sino la marca del valor de esa potencia que puede no responder y que es la potencia de la madre" (Lacan, seminario 4, clase 4, 1956, p.70). El objeto quedó dividido entre la satisfacción de una necesidad y la simbolización de un don de amor que proviene de la potencia materna. Finalmente, el sujeto resultó dividido por el Otro, haciendo que la necesidad se desvanezca y lo que retorne sea la demanda. Téngase en cuenta que la demanda tiene como epicentro al Otro, porque lo tiene como agente de origen y de exigencia, aun cuando el sujeto ignore este hecho.

1.3 La demanda (objeto)

1.3.1 Los signos del amor

La demanda va más allá de los objetos que satisfacen las necesidades. Cuando Lacan articuló la conferencia *La significación del falo*, fue claro respecto a esta cuestión. Lo cito:

La demanda en sí se refiere a otra cosa que a las satisfacciones que reclama. Es demanda de una presencia o de una ausencia. Cosa que manifiesta la relación primordial con la madre, por estar preñada de ese Otro que ha de situarse *más acá* de las necesidades que puede colmar. Lo constituye ya como provisto del "privilegio" de satisfacer las necesidades, es decir del poder de privarlas de lo único con que se satisfacen. Ese privilegio del Otro dibuja

así la forma radical del don de lo que no tiene, o sea lo que se llama su amor (1958/2005, p. 670).

El nivel de satisfacción de los objetos se modifica al cruzar por los significantes del Otro materno, por su presencia o ausencia de aquella. Pensar la demanda como quedarse con las ganas de algún objeto de la necesidad, es omitir el hecho de que toda demanda pasa por la cadena significante del Otro. Mediante la vocalización del sujeto se articula la presencia-ausencia de la madre. Él llama cuando ella se encuentra ausente, mientras que es rechazada cuando está presente. Lo que proviene de la madre en respuesta a esta llamada es un don, en tanto que es algo diferente del objeto de la necesidad. Jacques Lacan (1956-1957) marcó la diferencia. Veamos:

En otros términos, hay una diferencia radical entre, por una parte, el don como signo de amor, que apunta radicalmente a algo distinto, un más allá, el amor de la madre, y por otra el objeto, sea cual sea, que viene a satisfacer las necesidades del niño (Cap. 7, p. 127).

Cuando surge el don como signo de amor, se desvanece el objeto de la necesidad, por el indicador de la voluntad del Otro. El don se manifiesta al llamar y cuando el objeto está se manifiesta sólo como un signo del don. La demanda se vuelve, una demanda de presencia del Otro, “dicho de otra manera, la siento o no la siento, el mundo varía con su llegada, y puede desvanecerse” (Lacan, 1957-1958, Cap. 9, p. 179). Como se puede observar, la frustración corresponde al orden simbólico y es en cada instante fugaz, en tanto que el agente de la frustración es una madre simbólica que va y viene. Por lo tanto, el objeto de la necesidad queda secundado en pos de la presencia o ausencia del Otro materno.

Lacan (1957-1958) afirmó que “la demanda es en el fondo demanda de amor –demanda de lo que no es nada, ninguna satisfacción particular, demanda de lo que el sujeto aporta por su pura y simple respuesta a la demanda” (Cap. 21, pp. 389-390). Cuando la madre da o no da –los objetos de satisfacción–, se configura el don, en tanto signo de amor. Después de todo, la madre existe como objeto simbólico y de amor.

1.3.2 Reivindicación

En la dialéctica de la frustración, el don proviene de la madre y aparece al principio con cierta gratuidad. Hasta este momento, no se logra advertir la complejidad del don y su razón en el **deseo materno**. La madre simbólica en la medida en que frustra ese amor, puede ser contemplada como una madre real. Para Jacques Lacan la negación del don gratuito “sólo tiene sentido en la medida en que el objeto, como pertenencia del sujeto, subsiste después de la frustración” (1956-1957, Cap. 8, pp. 141-142). Es decir, después de la frustración el deseo subsiste, porque el sujeto supone tener algún derecho. Dicho psicoanalista encontró que el sujeto posee un rasgo reivindicatorio, que fundamenta la exigencia. El sujeto no pide, exige. Él afirmó:

Si la demanda no es satisfecha, el objeto cambia de significación. ¿Qué justifica, en efecto, el término frustración? Sólo hay frustración –la misma palabra lo implica– si el sujeto reivindica, si el objeto se considera exigible por derecho. En ese momento el objeto entra en lo que podría llamar el área narcisista de las pertenencias del sujeto (1956-1957, Cap. 6, p.103).

Cuando el sujeto demanda, reivindica una orden, un decreto a cumplir por derecho. La exigencia al Otro materno tiene un sentido, en la medida en que esa

demanda persiste. Lo que le importa al sujeto es la respuesta del Otro, independientemente del objeto que reivindica.

La frustración remite a pensar un daño perteneciente al dominio de la reivindicación, que "...concierno a algo que se desea y no se tiene, pero se desea sin referencia alguna a la posibilidad de satisfacción o de adquisición. La frustración es en sí misma el dominio de las exigencias desenfrenadas y sin ley...", (Lacan, 1956-1957, Cap. 2, pp. 38-39), que formaliza la falta de objeto en el sujeto como un daño imaginario. La exigencia infantil primordial no tiene rumbo, carece de finalidad y es insaciable –nada consuela la falta, porque lo que se exige es todo, pero nada lo cubre.

En síntesis, la frustración se refiere a la privación de un objeto real, por un agente de quien precisamente se espera lo que se pide, por lo que el daño es imaginario. Al no responder a la llamada del sujeto, el agente simbólico cae y progresivamente se construye como un agente real.

1.4 Omnipotencia (agente)

Cuando se realiza el vuelco de real a simbólico del objeto, la satisfacción es doble, por la necesidad cubierta y por la simbolización de una potencia (Amez, et al., 1994, p. 69). Esta potencia es la de la madre, en tanto que contiene la felicidad o la desgracia al poder dar o negar todo. La demanda al Otro materno, se caracteriza por ser incondicional, en razón de que se dirige a quien no le falta nada, debido a que

tiene con qué satisfacer al sujeto. Cabe puntuar, que aunque la madre omnipotente no contiene todo, para el infans sí –es todo. Jacques Alain Miller aseguró:

“...la potencia de la madre, que una vez Lacan califica de amo, de “maître”, el amo-madre. Es lo que permanece en su teoría como madre real, una madre insaciable, pero también todopoderosa. Y lo aterrador de esta figura de la madre lacaniana es que es a la vez todopoderosa e insaciable...” (Citado en Vassallo, 2005. p.1).

Esta afirmación de la madre todopoderosa e insaciable no es para menos, después de todo, el concepto de la madre en Lacan tiene como fundamento el poder que adquiere frente sus descendientes, a causa de que todo ser humano entra al mundo sujetado por los significantes del Otro. Él afirmó que el sujeto “es un súbdito porque se percibe de entrada profundamente sometido al capricho de aquello de lo que depende, aunque este capricho sea un capricho articulado” (Lacan, 1957-1958, Cap. 10, p. 195). La demanda de amor incondicional del súbdito a la madre omnipotente, se sostiene del capricho de aquella. Para el sujeto, la madre puede y tiene con qué satisfacer, pero si no satisface es por la razón de que no se le antoja y por eso no da –no quiere querer.

Lacan aseguró que cuando el infans reflexiona la presencia de la totalidad bajo la forma del cuerpo materno, se ve obligado a constatar que no le obedece. El contraste de la omnipotencia materna y la impotencia del sujeto, puede engendrar un estado depresivo en él, porque finalmente quien tiene las cuerdas de la vida es el Otro (1956-1957, Cap. 11, p. 189). Al conjugar la lógica del amo-esclavo, el sujeto en tanto súbdito, se siente derrotado frente a la omnipotencia materna.

Si bien, la construcción de la omnipotencia materna es un momento decisivo donde ella deviene una potencia real que tiene con que dar, lo que cuenta son las carencias, las decepciones, que afectan esa omnipotencia e impiden su permanencia con el sujeto. De acuerdo a Graciela Kait (1996):

Si el sujeto sostiene a este Otro, no cuenta consigo mismo; que él tenga o no dependerá del Otro, de que el Otro le dé o no, él no tiene nada que ver en el asunto. Se trata, entonces, de una demanda de amor incondicional a un Otro que tiene (p. 66).

Al sostener la omnipotencia del Otro materno de manera permanente, el sujeto queda enajenado. Es decir, queda ajeno a sí mismo, al no ser, sólo en la medida del Otro. Después de todo, definir al ser humano como un inerte, sujeto, súbdito o esclavo, se fundamenta en la omnipotencia del Otro materno. Si la relación del sujeto con la madre se establece como una relación de amor, es a raíz de que los objetos de la necesidad pasaron a ser un signo del don y por el hecho de que el sujeto se enterará que su presencia también le aporta placer a ella, al quedar incluido en la ecuación simbólica. Jacques Lacan afirmó lo esencial que resulta esta experiencia en el sujeto. Lo cito:

Ésta es una de las experiencias fundamentales del niño, saber si su presencia gobierna, por poco que sea, la de la presencia que necesita, si él mismo aporta la luz que hace que dicha presencia esté ahí para envolverle, si él le aporta una satisfacción de amor. En suma, *ser amado*, es fundamental para el niño. Sobre este fondo se ejerce todo lo que se desarrolla entre la madre y él (1956-1957, Cap. 13, pp. 225-226).

Es conveniente ubicar al sujeto no sólo como un ser satisfecho o no, sino como un ser deseado mucho antes de haber nacido. Para Lacan “el término niño deseado corresponde a la constitución de la madre en cuanto sede del deseo, así como a toda la dialéctica de la relación del niño con el deseo de la madre...” (1957-1958, Cap. 14, p. 265). Es decir, la madre se encuentra habitada por un deseo y se vincula con el sujeto a partir de ese deseo. Precisamente, en la alternancia presencia-ausencia se entrevé el deseo del Otro que será descifrado progresivamente por el sujeto. En este recorrido, surgirán nuevos avatares para el desasimiento o retorno al vínculo materno.

1.5 El deseo del Otro materno

1.5.1 Búsqueda

1.5.1.1 La mamá cocodrilo.

En las primeras interacciones del sujeto con el Otro –madre simbólica– se bosqueja la existencia de algo más que intermedia este vínculo. Lacan encontró que “hay ya una orientación triangular del niño, a saber, la relación no con lo que aporta satisfacción a su necesidad, sino relación con el deseo del sujeto materno que tiene delante” (1957-1958, Cap. 12, p. 231). La relación madre-sujeto siempre se encuentra terciada por el deseo materno y en otro nivel menos significativo, por los objetos de la necesidad.

El sujeto se da cuenta con el ir y venir de la madre, que ella desea algo más que a él y al percatarse de este hecho, presta mayor atención, ya que para él “hay

en ella el deseo de Otra cosa distinta que satisfacer mí propio deseo, cuya vida empieza a palpar (Lacan, 1957-1958, Cap. 10, p. 188). Le ha echado el ojo al deseo de la madre, aunque éste se presente como un punto oscuro a descubrir. El enfrentamiento inicial a una *x*, un enigma sin respuesta, genera angustia al no decir que desea, pero que por otra parte, se desea (Batla et al., 1997, p. 51).

Jacques Lacan (1969-1970, Cap. 7, p. 118), argumentó en *El reverso del psicoanálisis*, que la comprensión del deseo de la madre es capital, debido a que es algo que no puede soportarse tal cual, que resulte indiferente o que pueda pasar desapercibido, a causa de que siempre produce **estragos**. En la misma línea elaboró la metáfora de la madre reptiliana para advertir que el papel de la madre, es decir el deseo materno, “es estar dentro de la boca de un cocodrilo, eso es la madre. No se sabe qué mosca puede llegar a picarle de repente y va y cierra la boca. Eso es el deseo de la madre...”. Para él resultó indispensable ofrecer una dimensión del deseo materno y aseveró de manera contundente que “había que decirles cosas tan gordas como ésta para que comprendieran” (p. 119), aportando a lo largo de su enseñanza infinidad de consecuencias ante la metáfora de la mamá cocodrilo, que podría devorar al sujeto.

La imagen de la madre cocodrilo formaliza papel, deseo y castración de ella. Sólo se puede hablar del deseo materno al ubicar una falta, que la sitúa como castrada. Al retomar que una parte de la necesidad no puede ser articulada en la demanda, se afirmó que la demanda queda sin satisfacción universal. Ante ésta condición estructural, la madre no podrá responder totalmente a la demanda del sujeto, y se encontrará castrada. La noción de la madre en falta, hace mella en su potencia, aunque la demanda no desaparece, sólo se articula al Otro materno que no tiene, pero da. Entonces, lo que da es una falta. La lectura simbólica de la

castración del Otro materno, difiere de la diferencia anatómica de los sexos que Lacan prefirió llamar privación y que examinaré en el próximo capítulo.

1.5.1.2 *Che vuoi?*

Al no lograr alcanzar una respuesta al enigmático deseo materno, surge en el sujeto la pregunta por el valor que tiene para ella. El Deseo de la Madre es una variable, que introduce una incógnita en el sujeto: ¿Qué quiere ella de mí? El llamado del sujeto al Otro, va a ser una pregunta sobre ¿qué cosa soy para ella?, pues se espera respuesta de quien tiene el poder de dar y quitar. Sin embargo, la respuesta del Otro va a ser una ***Che vuoi?*** que Lacan extrajo del libro *El diablo enamorado* de Cazotte, “el Otro le va a plantear una pregunta: *Che vuoi?*, el sujeto llama al Otro y el Otro le responde: ¿Qué quieres?...” (Kait, 1996, p. 76). Aquella respuesta que se torna pregunta se produce porque hay una falta en el Otro. Cabe señalar, que el deseo del Otro no es una cosa en general ni nada en particular, se trata de un significante que puede faltar, porque el Otro también está atravesado por la castración.

La pregunta ¿qué quiere de mí? le permitirá al sujeto encontrarse con el deseo del Otro e ir situando su propio deseo, por lo que resulta fundamental que se la formule, para ir sacando un objeto con que responder a la falta en el Otro. De acuerdo a Kait, mientras el sujeto no se pregunte estamos a nivel de la inocencia y la necesidad (1996, p. 77), porque no quiere saber, ignora al tercero que conforma la tríada imaginaria.

1.5.2 Encuentro

1.5.2.1 El tercero.

A pesar de que el sujeto se encuentra con una interrogante que se torna enigmática, no desiste en encontrar un significado, al deseo materno. Para Lacan, la búsqueda y el encuentro del deseo materno surgen en la medida en que el sujeto se cuestiona – ¿qué quiere de mí? – y la respuesta se torna cercana, lo cito:

La cuestión es- ¿Cuál es el significado? ¿Qué es lo que quiere, ésa? Me encantaría ser yo lo que quiere, pero está claro que no sólo me quiere a mí. Le da vueltas a alguna otra cosa. A lo que le da vueltas es a la **x**, el significado. Y el significado de las idas y venidas de la madre es el falo (1957-1958, Cap. 9, p. 179).

El sujeto jamás se encuentra solo frente a la madre, porque en el ir y venir de ella, se ubica el **falo**. Lacan ratificó que “la noción de relación de objeto es imposible entenderla, incluso ejercerla, si no se introduce el falo como uno de sus elementos, no digo mediador, porque eso sería dar un paso que todavía no hemos dado juntos, sino tercero...” (1956-1957, Cap. 2, p. 30). En el mismo texto, ofreció un esquema inaugural, con el fin de bosquejar la tríada imaginaria, que compone el sujeto, el falo y la madre. Veamos:

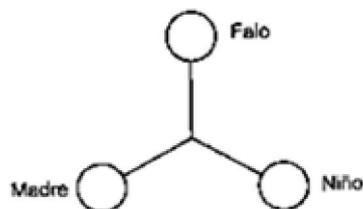


Figura 1. La tríada imaginaria.

1.5.2.2 El falo.

El concepto falo es crucial dentro del psicoanálisis lacaniano y posee múltiples funciones, al ser conceptualizado bajo los **registros** –real, simbólico e imaginario. De acuerdo a Nasio (1996, p. 46), el *falo imaginario*, es la representación psíquica inconsciente que se deriva de tres factores: anatómico, libidinal y fantasmático. Anatómico en cuanto apéndice del cuerpo perceptible, que se encuentra presente o ausente, libidinal por la carga acumulada en la región peniana que conlleva al autoerotismo y fantasmático, en tanto que se encuentra ligado a la angustia que genera el fantasma de que el apéndice podría ser mutilado. Cabe mencionar, que el pene no forma parte del campo del psicoanálisis y sólo entra como atributo imaginario del cual están provistos algunos seres, mientras que su representación es el elemento organizador de la sexualidad humana. Por esta razón, se reconoce la primacía del falo, con su respectivo componente libidinal fálico.

Lacan, tomó el falo por el lado paradójico, y argumentó que Freud había declarado “–Lo que me muestra mi experiencia es que también en la mujer y no sólo en el hombre el falo está en el centro” (1957-1958, Cap. 15, p. 282), por lo que el falo es un factor común en hombres y mujeres. Es el eje de toda la dialéctica del desarrollo subjetivo, al ubicarse como un significante fundamental.

La figura simbólica del falo imaginario –falo simbólico–, puede entenderse desde diversas acepciones. Es un objeto intercambiable, el patrón simbólico y el significante de la ley.

El falo como *objeto intercambiable* ubica a la anatómica peniana con “...el valor de *objeto separable* del cuerpo, desmontable e *intercambiable* con otros

objetos...” (Nasio, 1996, p. 47), que ocupan un lugar en una serie de términos conmutativos. Es decir, los objetos son intercambiables por otros objetos equivalentes. Por ejemplo, en la ecuación simbólica de Freud, la niña intercambia su privación peniana, por el deseo de tener hijos.

El falo se consolida como un significante del deseo en tanto que es deseo del Otro materno. La construcción del sujeto y los estragos se relacionan con el hecho de que el niño no se encuentra solo delante de la madre sino que delante de la madre está el significante de su deseo, a saber, el falo, por ser privilegiado en el orden simbólico. Lacan aseguró:

...Hacia él converge en mayor o menor medida lo que tiene lugar durante la captación del sujeto humano en el sistema significante, dado que su deseo ha de pasar por este sistema para hacerse reconocer, y queda por ello profundamente modificado. Es un dato experimental –el falo, lo encontramos por todas partes en nuestra experiencia del drama edípico, tanto a su entrada como en sus salidas (1957-1958, Cap. 16, p. 295).

Finalmente, el falo es quien moviliza el triángulo edípico, en tanto que es el significante del deseo del Otro materno. La relación del niño con el falo se establece porque el falo es el objeto del deseo de la madre y la relación de la madre con el falo se funda porque la **falta** es aquí el principal deseo, así como una característica elemental del orden simbólico. Ante la complejidad del falo y su relación con la estructura edípica, Lacan señaló, que “el hilo para salir de ahí es que a la madre le falta el falo, que precisamente porque le falta, desea, y que sólo puede estar satisfecha en la medida en que algo se lo proporciona” (1956-1957, Cap. 11, p. 193). Ese algo está íntimamente vinculado con sus descendientes, “por una simple razón

—si la mujer encuentra en el niño una satisfacción, es precisamente en la medida en que halla en él algo que calma, algo que satura, más o menos bien, su necesidad de falo...” (Lacan, 1956-1957, Cap. 4, p. 72). El empleo del término ecuación simbólica resalta el intercambio simbólico.

El **penisneid** explora el falo como objeto imaginario que no fue dado a la mujer y que conduce a desearlo. Jacques Lacan afirmó que “el falo interviene entonces como falta, como el objeto del que está privada, como objeto del *Penisneid*, de aquella privación siempre sentida cuya incidencia conocemos en la psicología femenina...” (1957-1958, Cap. 11, p. 212). La madre privada del objeto fálico, tendrá acceso a él de forma simbólica. Lacan afirmó, “al ser elevado a la dignidad de objeto don, hace entrar al sujeto en la dialéctica del intercambio, normalizando así todas sus posiciones, incluidas las prohibiciones esenciales que fundan el movimiento general del intercambio...” (1956-1957, Cap. 8, p. 144). El deseo del sujeto femenino no refiere al objeto peniano, sino al falo elevado a don, que ha de ser recibido a ese título. Sigmund Freud mostró en la ecuación simbólica, el intercambio entre el objeto del que se encuentra privada la niña y el deseo de un hijo, como elemento que satura la falta en el imaginario. El objeto del deseo de la madre, ha recorrido un camino mucho antes del nacimiento del sujeto.

El falo como *patrón simbólico*, garantiza la serie conmutativa y el intercambio de los objetos heterogéneos en la serie. Todas las experiencias erógenas (oral, anal, fálica...) toman el valor del falo imaginario y éste queda excluido de la serie, al convertirse en el patrón simbólico, que posibilita que otros objetos sean sexualmente equivalentes para el sujeto. El hecho de que el falo pueda excluirse de la serie conmutativa y constituir un referente, se debe a que reproduce el esquema de la castración -el límite del **goce** con la madre.

Posteriormente, retomaré la noción del falo simbólico, en su acepción como el *significante de la ley* en su eficacia interdictora, a causa de que se requiere abordar en primera instancia, la noción de la castración desde la teoría lacaniana. Sin embargo, cabe indicar que cuando Jacques Lacan realizó la metáfora de la mamá cocodrilo, para ejemplificar el deseo materno y sus estragos, advirtió la existencia de un elemento tranquilizador. En *El reverso del psicoanálisis*, afirmó:

...Hay un palo, de piedra por su puesto, que está ahí, en potencia, en la boca, y eso la contiene, la traba. Es lo que se llama el falo. Es el palo que te protege si, de repente, eso se cierra (1969-1970, Cap. 7, p. 118).

Aún en la relación más primitiva madre-sujeto, el falo siempre está como tercero, por lo que no se puede hablar de una díada simbiótica, donde el Otro primordial y el sujeto se encuentren frente a frente. En la clínica del estrago, se puede observar un vínculo simbiótico, pero no una simbiosis que niegue la presencia del falo como significante fundamental del deseo. El sujeto no está solo, ya que se encuentra en un medio legal –el orden simbólico.

Las tres acepciones del falo están relacionadas con el **complejo de Edipo** y quienes lo integran –madre, falo, sujeto y padre–, aunque hasta este momento, el sujeto atraviesa el primer tiempo edípico, donde se cuestiona ¿qué quiere de mí?, y encuentra que la madre desea el falo.

1.5.3 Identificación

1.5.3.1 Entre ser y tener.

El deseo del sujeto de ser deseado podría ser alcanzado de acuerdo a Lacan, a partir de que “el niño, con más o menos astucia o suerte, puede llegar a entrever muy pronto lo que es la *x* imaginaria, y, una vez lo ha comprendido, hacerse falo...” (1957-1958, Cap. 9, p. 180). Es decir, la única forma de ser el objeto del deseo del Otro materno, es ocupando el lugar del objeto, a través de la **identificación** con eso que ella desea.

Al identificarse el sujeto como si él fuera el falo que la madre desea, ambos esperan algo. Nasio (1996) afirmó que “el niño se aloja en la parte faltante del deseo insatisfecho del Otro materno. De este modo se establece una relación imaginaria consolidada entre una madre que cree tener el falo y el niño que cree serlo” (p. 50). En esta dialéctica, el sujeto se inscribe como súbdito, que asume el deseo de la madre y se consolida un vínculo imaginario de completud. Lacan afirmó, “...A fin de cuentas, si seguimos a Freud, diremos que el niño como real simboliza la imagen. Más precisamente –el niño como real ocupa para la madre la función simbólica de su necesidad imaginaria –están los tres términos” (1956-1957, Cap. 4, p. 73). Finalmente, el niño o niña, ocupan para la madre un lugar en la serie de términos equivalentes de la ecuación simbólica.

1.5.3.2 Una ley que devora.

Mediante esta relación imaginaria, el sujeto en tanto real simboliza la imagen fálica deseada por la madre e intenta colmar el deseo materno, porqué entra al mundo parlante como súbdito. En *Los tres tiempos del Edipo*, Lacan asignó una dimensión significativa al deseo de la madre, nombrándolo como ley. Lo cito:

Por eso el niño, que ha constituido a su madre como sujeto sobre la base de la primera simbolización, se encuentra enteramente sometido a lo que podemos llamar, pero únicamente por anticipación, la ley...

La ley de la madre es, por supuesto, el hecho de que la madre es un ser hablante, con eso basta para legitimar que diga *la ley de la madre*. Sin embargo, esta ley es, por así decirlo, una ley incontrolada... (1957-1958, Cap. 10, p. 194).

La primera ley es la de la madre y se fundamenta en la encarnación del Otro primordial, mientras que al adjudicarle la cualidad de "ley incontrolada", se hace referencia a una ley que interpela sin fundamento, debido a que siempre se desconocerá la significación del deseo materno. Para algunos autores, el proceso inicial de subjetivización, lleva al sujeto a identificarse a un significante opaco (x), Deseo de la Madre, que alude al Superyó materno, en tanto "ley incontrolada", que se manifiesta como un imperativo caprichoso, que puede avasallar y devorarlo (Batla et al., 1997, p. 52).

Cuando Lacan afirmó que la madre es una mujer a la que suponemos ya en la plenitud de sus capacidades de voracidad femenina, sugirió que el falo no es únicamente un objeto imaginario, sino que además cumple con una función en el plano instintual (1957-1958, Cap. 11, p. 212). En ambas condiciones, subsiste la posibilidad de que la madre los ingiera. El falo desde su condición anatómica, ya se lo ha comido y al sujeto que se identifica con el falo, podría devorarlo.

Sí la imagen del falo para la madre no se reduce por completo a la imagen del sujeto, la relación con ella se torna adversa, alentando la necesidad de cierta saturación imaginaria que produce estragos, porqué finalmente, para la madre,

siempre hay algo que pertenece irreductible. La madre insaciable busca que devorar, y el sujeto en algún momento, se ha de encontrar frente a las fauces abiertas. Éste encuentro no pasa desapercibido para ningún sujeto, y por eso entra el falo como elemento tranquilizador.

1.5.3.3 Objeto falaz.

Al posicionar el falo dentro de las fauces de la mamá cocodrilo, Lacan señaló que éste “le pone una barrera infranqueable a la satisfacción del deseo del niño, o sea, ser él mismo el objeto exclusivo del deseo de la madre” (1957-1958, Cap. 15, p. 294). Esta barrera, representa el límite al devastador goce, los caminos que evidencian la **pulsión de muerte**. De acuerdo a Elba Batla et al. (1997), “el niño-niña se identifica al falo, lo que le permite estar allí, en ese deseo atemperado, sin caer como puro objeto” (p. 53). Es decir, la mamá cocodrilo se engaña con el palo-falo al identificarse el sujeto con aquel. Al ser el deseo de la madre en su fundamento insaciable, el sujeto se hace objeto falaz, para satisfacer lo que no puede ser satisfecho. Lacan declaró que “lo que se trata de satisfacer es un deseo de segundo grado, y como es un deseo que no puede ser satisfecho, sólo se le puede engañar” (1956-1957, Cap. 11, p. 197). Finalmente, el deseo del sujeto es el deseo del Otro, un Otro materno al que se le puede engañar.

El sujeto como **señuelo** seduce a la madre con sus acciones, para demostrar a la madre y a él, que existe como tercero. Sin embargo, Jacques Lacan advirtió que el juego del señuelo es una trampa no sólo para la madre, sino para el sujeto, “en el que se es lo que no se es, se es para la madre todo lo que la madre quiere” (1956-

1957, Cap. 13, p. 228). Él entrama su propia trampa, debido a la discordancia, entre cumplir con lo que el Otro materno desea y tener algo que ofrecer.

1.6 El padre velado

En términos edípicos, el problema fundamental en esta etapa fálica primitiva es un problema de deseos. En la madre se gesta el deseo ilusorio de colmar con el hijo la falta de falo y el sujeto experimenta un deseo de deseo, en tanto que el deseo del sujeto, es colmar el deseo del Otro materno. Para Lacan, “lo que el niño busca, en cuanto deseo de deseo, es poder satisfacer el deseo de su madre, es decir, **to be or not to be** el objeto del deseo de la madre...” (1957-1958, Cap. 10, p.197). Después de todo, para el sujeto, sólo existe el deseo materno y es suficiente con ser el falo, porque como el mismo autor explicó, el infans depende del deseo de la madre, de la primera simbolización de la madre, y de ninguna otra cosa (p.187), y por esta razón, es justificable llamar a la madre primer objeto de amor, aunque la amnesia infantil incida en los deseos primordiales, que sucumben a la represión.

En el primer tiempo edípico -preedípico-, el sujeto estará atravesado por el mensaje absoluto del deseo de la madre, el cual tratará de develar y satisfacer. Al perfilar la primera relación de realidad entre la madre y el sujeto, el padre no ha entrado en el vínculo como agente real. En éste tiempo el sujeto se encuentra sometido a la ley y al capricho materno –un imperativo. Sin embargo, la identificación con el falo, introduce de manera indirecta y velada al padre, al estar la primacía del falo instaurada en el mundo simbólico y de la ley. Lacan especificó en *Los tres tiempos del Edipo* lo siguiente:

Observemos este deseo del Otro, que es el deseo de la madre y que tiene un más allá. Ya sólo para alcanzar este más allá se necesita una medición, esta medición la da precisamente la posición del padre en el orden simbólico (1957-1958, Cap. 10, p. 189).

El padre aunque velado, existe. En el mismo texto, esquematizó la dialéctica del Complejo de Edipo y su proceso metafórico. Falo (φ), Madre (M), Padre (P) y Sujeto (N) forman una cuaternidad intersubjetiva. Veamos la siguiente figura:

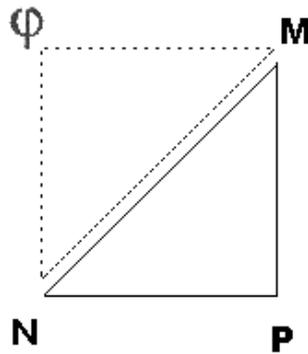


Figura 2. Cuaternidad edípica.

Se esboza un vínculo simétrico entre falo, que se encuentra en el vértice del ternario imaginario, y padre, ubicado en el vértice del ternario simbólico. El sujeto se da cuenta que el deseo de la madre está más allá de él, ya que descubre que no es el objeto central de su deseo y aunque se identifica con el falo imaginario para poder agradar a la madre, el deseo materno está más allá de sus posibilidades de poder colmar e incluso, si osa llenar la falta, se acercaría al más allá del principio del placer, donde la pulsión de muerte hace estragos. Para Jacques Lacan la noción estructurante del sujeto en la **fase preedípica** es extremadamente teórico, pero si no se capta es imposible concebir lo que ha de pasar posteriormente, donde más allá

de la madre, se encuentra el discurso del padre (1957-1958, Cap. 11, p. 207). En los capítulos posteriores se desarrollará la lógica de la castración, donde el falo imaginario es el objeto al que apunta la castración y el falo simbólico es el corte que opera la castración. Es decir, la castración es simbólica, su objeto es imaginario.

En resumen. Al ser atravesado el sujeto por los significantes del Otro materno, los objetos de la necesidad, se diluyen como objetos del don, en tanto signos de amor y la dependencia primordial estará marcada por el deseo del deseo del Otro materno, ya que el significante del deseo es el falo y hacia él gira la dialéctica edípica del deseo de la madre, del hijo y del padre. Si la relación ilusoria entre el sujeto y la madre tiende a perpetuarse por alguna razón, los efectos serán devastadores. Ser o no ser el falo imaginario, esa es la cuestión que el sujeto tendrá que responder y en la medida que crea serlo, se encontrará estragado por las fauces de la mamá cocodrilo. Cabe mencionar que el vínculo primordial y los deseos infantiles que se despiertan por la madre se renuevan a lo largo de toda la vida, postrándose en un presente que no ha pasado, pero que ha sucumbido a la amnesia infantil. No sólo son primordiales, sino que están presentes en la vida de todo ser humano, independientemente de si es hombre o mujer.

CAPÍTULO II. EL VÍNCULO PARTICULAR MADRE-HIJA.

Opino que no debiéramos pasar por alto que aquellas primeras mociones libidinales que poseen una intensidad que se mantiene superior a todas las posteriores, y en verdad puede llamarse inconmensurable

(Freud, 1931/1974, p. 224).

Sigmund Freud (1856-1939) adquirió cabal conciencia de la incapacidad inicial de la cría humana para poder sostenerse y la consecuente dependencia del sujeto respecto a la madre, que reclama una significación que rebasa la condición biológica. Él construyó una línea teórica para el entendimiento del sujeto, pero la psicología de la mujer adquirió mayor incertidumbre, al punto de nombrarla un *dark continent* y abandonar el paralelismo entre el varón y la niña. Conforme avanzó a nivel teórico-práctico, se percató que la subjetividad femenina tenía en un primer momento, una relación directa con otra mujer, la madre. Dentro de la obra freudiana en lo referente a este vínculo, destaca: *Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica* (1915), *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina* (1920), *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* (1925), *Sobre la sexualidad femenina* (1931) y la 33ª conferencia *La feminidad* (1933) escrita en *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* y el capítulo póstumo *Esquema del psicoanálisis* (1940).

Con los textos citados anteriormente, él abrió un marco teórico que puntualizó las divergencias del desarrollo sexual del hombre y la mujer, respecto de la madre. Éste hecho resultó fundamental dentro de la práctica psicoanalítica, debido a que infinidad de mujeres desde diversos momentos cronológicos, evidencian un vínculo particular con la madre, bajo los más diversos matices flagelantes. Sustentar la clínica de los estragos en la madre-hija induce a retornar a aquello que fue y ha sido enmascarado por un presente, que niega la memoria del discurso y el cuerpo. En la constitución subjetiva, la madre en tanto primer objeto de amor, posibilita la alternancia amor-odio exacerbada y conforme progresa el vínculo, se hace menos evidente la ambivalencia, mas no desaparece, a pesar de que en muchas sociedades se consagra el ideal del amor parental, negando la apuesta que el psicoanálisis hace por la verdad subjetiva, con sus respectivas contradicciones.

El presente capítulo tiene como objetivo explorar las singularidades del vínculo madre-hija en la fase preedípica, que determinan el desasimiento o retorno a esta primera ligazón que por constitución resulta intensa y duradera.

2.1 La primera, intensa y duradera

La fase de ligazón-madre se conoce como preedípica y fue en el artículo *“Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos”*, donde Sigmund Freud (1925/1974) hizo la primera mención de la prehistoria del Edipo, al repensar la relación exclusiva que tiene el sujeto con su madre, con omisión del padre. Posteriormente, en *Sobre la sexualidad femenina* (1931/1974) señaló que la exploración de la fase alcanza una trascendencia que no se la había

adscrito, por presentarse en un espacio-tiempo estructurante y que además resultaba un tema espinoso para el psicoanálisis, por la complejidad y el enigma que encierra. Cuando él afirmó, “en este ámbito de la primera ligazón-madre todo me parece tan difícil de asir analíticamente, tan ambiguo, vagaroso, apenas reanimable, como si hubiera sucumbido a una represión particularmente despiadada” (p. 228), hizo patente la ardua labor que sustenta la fase preedípica.

La madre se sostiene de una imagen, que Freud (1915/1972) reconoció como un complejo materno. La preexistencia de esa imagen tiene como fundamento al Otro primordial y un sustrato intenso. Lo cito:

Un complejo materno por regla general hiperintenso, y ciertamente no dominado, cuyo conflicto con la nueva corriente libidinosa se zanja, según sea la disposición aplicable, en la forma de tal o cual neurosis. En todos los casos, las manifestaciones de la reacción neurótica no están determinadas por el vínculo presente con la madre actual, sino por los vínculos infantiles con la imagen materna del tiempo primordial (p. 267).

El padre del psicoanálisis observó con profundo interés dos hechos en la relación madre-hija, que advierte una intensa ligazón-madre y una duración inesperada. El primer hecho aborda al complejo materno con una intensa carga libidinal que supera cualquier vínculo posterior, y que evidencia las primeras murallas para despuntar a un más allá de lo materno. Lo cito:

Toda vez que existía una ligazón-padre particularmente intensa, había sido precedida, según el testimonio del análisis, por una fase de ligazón-madre exclusiva de igual intensidad y apasionamiento. La segunda fase apenas si había aportado a la vida amorosa algún rasgo nuevo, salvo el cambio de vía

{*Wechsel*} del objeto. El vínculo-madre primario se había edificado de manera muy rica y plurilateral (1931/1974, p. 228).

Como segundo hecho señaló que la temporalidad de la prehistoria edípica coincide con la construcción de la subjetividad y que esto puede connotar una prolongación e inclusive, un estancamiento con la imagen materna. Él declaró:

Habíamos subestimado también la duración de esa ligazón-madre. En la mayoría de los casos llegaba hasta bien entrado en el cuarto año, en algunos hasta el quinto, y por lo tanto abarcaba la parte más larga, con mucho, del florecimiento sexual temprano. Más aún: era preciso admitir la posibilidad de que cierto número de personas del sexo femenino permanecieran atascadas en la ligazón-madre originaria y nunca produjeran una vuelta cabal hacia el varón (1931/1974, p. 228).

Con ambas citas, Freud planteó los fundamentos del vínculo madre-hija, en tanto el primero, exclusivo, de inigualable intensidad, con una duración inesperada y con la posibilidad de una interrupción en el tiempo, que evoca un atolladero en lo materno.

La demanda que la niña ejerce sobre la madre, llevó a Freud a preguntarse ¿De qué índole son sus metas sexuales en esa época de la ligazón-madre exclusiva? Él encontró que los vínculos libidinosos de la niña con la madre son muy diversos, a causa de que cobran el carácter de cada una de las etapas de la sexualidad infantil. Lo cito:

La actividad sexual de la niña hacia la madre, tan sorprendente, se exterioriza siguiendo la secuencia de aspiraciones orales, sádicas y, por fin, hasta fálicas dirigida a aquella...A veces nos salen al paso como trasferencias al posterior

objeto-padre, de donde no son oriundas, y perturban sensiblemente la comprensión... (1931/1974, p. 239).

La expresión de los deseos orales, sádico-anales y fálicos de la niña junto a la madre es de naturaleza activa como pasiva y son por completo ambivalentes, tanto de naturaleza tierna u hostil-agresiva. Para Freud resultó sorprendente encontrarse dentro de la clínica con estas mociones del deseo dirigidas a la madre. Un ejemplo de la fase oral que combina amor-odio, consiste en el anhelo profundo de la niña de poder devorar al primer objeto de amor –la madre. Otro ejemplo, pero que se desarrolla en la fase fálica consiste en ofrecer un hijo. Él afirmó:

...No siempre es fácil pesquisar la formulación de estos tempranos deseos sexuales; el que se expresa con mayor nitidez es el de hacerle un hijo a la madre, así como su correspondiente, el de parirle un hijo, ambos pertenecientes al período fálico, bastantes extraños, pero comprobados fuera de duda por la observación analítica. El atractivo de estas indagaciones reside en los sorprendentes descubrimientos que nos proporcionan... (1933/1974, p. 111).

Estos actos que evidencia el vínculo primario e intenso con la madre, posteriormente retornarán como formaciones del **inconsciente**² y dentro de la clínica serán interpretados. Ciertamente, puede resultar insólito estos hechos, pero sólo en la medida en que se desconoce de ellos.

En la conferencia *La feminidad* (1933/1974), Freud vuelve a ocuparse del quehacer femenino y de la ligazón posterior con la madre. En ella, reiteró las

² Ver Glosario en el Anexo.

derivaciones que emergen de dicho vínculo e insistió en un tiempo de sujetación, que deja huellas. Lo cito:

Sabíamos, desde luego, que había existido un estadio previo de ligazón-madre, pero no sabíamos que pudiera poseer un contenido tan rico, durar tanto tiempo, dejar como secuela tantas ocasiones para fijaciones y predisposiciones...en muchos casos la ligazón-madre dura hasta pasado el cuarto año (p. 111).

La diferencia anatómica de los sexos genera un distingo en la tramitación del complejo de Edipo. Para Freud, la ligazón de la niña con el padre, tiene como fondo una larga prehistoria, que lleva a conceptualizar el complejo de Edipo como una formación secundaria, debido a que lo primario es la fase preedípica, y aunque en el varón también exista una ligazón-madre exclusiva, él afirmó que esta fase primordial, “reclama entonces una significación muchísimo mayor en la mujer, que no le correspondería en el varón. Numerosos fenómenos de la vida sexual femenina, mal comprendidos antes, hallan su esclarecimiento pleno si se los reconduce a ella” (1931/1974, p. 232). Aunque la fase preedípica ha sido interpretada por diversos psicoanalistas que se han ocupado de la sexualidad femenina y sus avatares, cabe puntuar que Freud y Lacan dieron preponderancia a lo que ocurre antes del Edipo, pero a través del Edipo, debido a que el vínculo madre-hija no se encuentra en un estado de entera exclusividad, ya que el falo primero y el padre posteriormente, juegan un lugar decisivo que viabiliza u obstaculiza la salida del vínculo. Más adelante abordaré esta cuestión, debido a que en el tiempo preedípico el padre se encuentra todavía velado.

2.2 El vínculo como un estrago

Si bien, hombre y mujer recorren de manera paralela el desarrollo subjetivo, en algún momento del camino, las divergencias surgen. Al explorar lo distintivo del vínculo madre-hija, constantemente encontré, que diversos teóricos sostienen la particularidad en la identificación, debido a que “entre un niño y una niña no hay diferencia: ambos han nacido de mujer. Entre un niño y una niña hay diferencia: la niña es del mismo sexo que la mujer” (Sau, 1995. p. 24). Sin embargo, más allá de la identificación imaginaria entre la madre y la hija, existe dentro del quehacer psicoanalítico otros elementos teóricos a reflexionar. Por ejemplo, la definición del vínculo madre-hija que elaboró el padre del psicoanálisis y uno de sus máximos sucesores en distinto tiempo.

La definición que Sigmund Freud utilizó fue descriptiva, al encontrar constantemente en la clínica, que la ligazón-madre es primaria, intensa, exclusiva, duradera e incluso avasallante, mientras que Jacques Lacan utilizó en su obra el término *ravage* para definir el vínculo. El significado en que es tomada esta palabra designa a: **estrago**, ruina, devastación, daño importante causado por los seres humanos y/o la naturaleza con violencia y bruscamente (Batla et al., 1997, p. 50). Al ofrecer una imagen rica y precisa de la ligazón madre-hija, definida como un estrago, Lacan reiteró que el deseo de la madre siempre produce estragos y se sitúa en el corazón de la relación madre-hija. Los textos mencionados poseen vigencia dentro del psicoanálisis, debido a que no han dejado de ser dialectizados. Por ejemplo, Cristina Jarque y Lola Burgos (2010), conceptualizaron a “La Madre Estrago”, identificada por fagocitar el deseo de la cría humana. La madre culposa, oracular,

egoísta, manipuladora, fraudulenta, sorda, controladora, indiferente, fatalista, vengativa, maltratadora, desalmada, *versus*, la buena, santa, abnegada, amiga, sacrificada, comprensible, bondadosa, cándida, entre otras apariencias, no queda exenta de formar parte del estrago, que por estructura se renueva de madre a hija. Ambas psicoanalistas utilizaron la acepción estrago con el fin de ilustrar a través de casos clínicos, las complejas consecuencias subjetivas que acontecen al sujeto con la permanencia o el desgarre de la madre estrago. En cada analizante, apearse o alejarse de la madre resultó amenazante y mortífero.

En la sociedad psicoanalítica de Paris, René Held en la discusión hecha en sobre “El problema de la terapéutica en medicina psicosomática”, despertó en Lacan el siguiente comentario, el cual fue recogido en estos términos:

“... A propósito de un punto particular suscitado por el Dr. Held, está totalmente de acuerdo que las madres tienen un carácter mortífero y muy especialmente en las relaciones madre-hija, pero se separa de la opinión del conferencista que quiere explicar ese carácter por la emancipación de la mujer: el fenómeno es demasiado reciente para estar en el origen de un problema demasiado antiguo” (1957/1985, p. 23).

La observación que Lacan realizó, confirmó el carácter estragante del vínculo madre-hija, y advirtió la existencia de esta problemática antigua, que se evidencia en la actualidad por los cambios socioculturales.

La vida cotidiana se encuentra permeada de diversas manifestaciones inconscientes del conflicto que protagoniza madre-hija, e incluso no debería de asombrarnos que el mundo onírico revele el deseo de eliminación de las figuras parentales –en especial de aquel que corresponde al mismo sexo–, que en vigilia ha

sido enmascarado e imposible de confesar. Al preguntar Freud: “¿cómo podrían penetrar sentimientos de odio en la relación entre hija y madre, entre padres e hijos?” (1916/1972, p. 187), respondió que se ha sacralizado este vínculo, que se encuentra permeado de mociones tiernas y hostiles, que contrastan con la observación cotidiana del ideal establecido por la sociedad. De ambas mociones, es mucho lo que queda pendiente para el futuro y que se exacerba en la adolescencia.

El deseo de eliminación de seres queridos nunca ha sido ajeno al ser humano y ha movilizadoun sin fin de actitudes frente a este hecho. Sigmund Freud abordó el deseo de eliminación de la madre hacia la hija y cuando éste toca el terreno real. Él puso el ejemplo de una mujer con un matrimonio disuelto, que soñó ver muerta a su única hija. A partir de psicoanálisis, ella se quedó sin aliento, al recordar el deseo de muerte que albergó durante su embarazo, ya que golpeó su vientre con el fin de matar el producto. Respecto a este ejemplo, el padre del psicoanálisis afirmó que, “...el deseo de que muera la persona amada, tan enigmático después, proviene entonces del tiempo inicial del vínculo con ella” (1916/1972, p. 185), y años después apuntó que “no sabemos indicar cuán a menudo esta angustia frente a la madre se apuntala en una hostilidad inconsciente de la madre misma, colegida por la niña” (1931/1974, p. 238). Sin embargo, para Freud y Lacan, la hostilidad que el sujeto vivencia del exterior, es en primer momento centrífuga. Es decir, proviene del sujeto. Freud afirmó:

...Cabe suponer que esa angustia corresponda a una hostilidad que en la niña se desarrolla contra la madre a consecuencia de las múltiples limitaciones en la educación y el cuidado del cuerpo, y que el mecanismo de la proyección se vea favorecido por la prematuridad de la organización psíquica (1931/1974, p. 229).

La angustia que despierta los deseos orales y sádicos de la madre, provienen en primer momento de la niña. Al no cubrir la madre la potente demanda de la hija, esta última desbordará agresión hacia aquella. No es casualidad que la génesis de la paranoia en la mujer, se encuentra anexada a la ligazón-madre preedípica, contribuyendo a que surja la angustia de ser asesinada, por devoración o envenamiento. Después de todo, la madre estrago convoca la angustia de ser asesinada –devorada– en un sentido metafórico. Para Freud (1933/1974), “hasta es probable que la angustia de envenamiento tenga íntima relación con el destete. Veneno es el alimento que a uno le hace mal. Acaso el niño atribuya sus primeras enfermedades a esa denegación...” (p. 114). Finalmente el deseo de devorar al primer objeto de amor que nutrió, conduce a que la privación de objeto de la necesidad, en tanto un don, pueda ser interpretado como el alimento que envenena, porque hace daño al no querer ser dado –ella no quiere querer.

Lacan reiteró la tendencia en el ser humano a la exigencia desenfrenada y la imposibilidad de satisfacción del deseo, que conduce a la ferviente hostilidad.

2.3 Insuficiencias y reproches

Al caracterizar el vínculo con la madre como exclusivo, intenso y duradero, surge una serie de **insuficiencias** y **reproches** de diversa índole, que asienta el desasimiento o retorno a la ligazón-madre, con sus respectivos estragos. Un primer reproche se fundamenta en el influjo que despierta el cuidado del cuerpo, ante la imposibilidad de la cría humana de realizarlo por sí misma. En la prehistoria edípica

de la niña, esto es testimoniado desde el terreno de la seducción, en tanto una fantasía. Sigmund Freud (1931/1974) manifestó:

El propio quehacer fálico, la masturbación en el clítoris, es hallado por la niña pequeña casi siempre de manera espontánea, y al comienzo no va por cierto acompañado de fantasías. El influjo que sobre su despertar ejerce el cuidado del cuerpo es testimoniado por la tan frecuente fantasía en la que la madre, nodriza o niñera es la seductora (p. 234).

La niña atribuye a la persona encargada de la crianza la seducción, debido a que experimenta sensaciones genitales a raíz del cuidado del cuerpo. Empero, posteriormente él subrayó que “aquí la fantasía toca el terreno de la realidad, pues fue efectivamente la madre quien a raíz de los menesteres del cuidado corporal provocó sensaciones placenteras en los genitales, y acaso hasta las despertó por primera vez” (1933/1974, p. 112). Con esta afirmación, Freud apuntó a la promoción sexual de la figura materna o subrogada y contrario a este hecho, serán en un primer momento, las figuras parentales serán quienes prohíban el autoerotismo a través del castigo. La prohibición se convierte en un punto central de obediencia o rebelión contra quien lo prohíbe. Respecto a esto, puntualizó:

...El rencor por haberle impedido el libre quehacer sexual desempeña un gran papel en el desasimiento de la madre. Ese mismo motivo vuelve a producir efectos tras la pubertad, cuando la madre cree su deber preservar la castidad de la hija. No olvidaremos, desde luego, que la madre estorba de igual manera la masturbación del varoncito, y así crea también en él un fuerte motivo para la rebelión (Freud, 1931/1974, p. 234)

La hija encuentra en la figura materna, la autoridad que cercena su voluntad sexual. Por ello, la generación de sensaciones placenteras por el cuidado del cuerpo y el desalojo de las fantasías incestuosas, contribuyen a la formación de arduas recriminaciones, que se renuevan durante la pubertad. El camino hacia la feminidad puede angostarse por los restos de la ligazón-madre preedípica.

Otro reproche que comparten ambos sexos hacia la madre, se cimienta en la lactancia y el universal descontento derivado de la sensación de insuficiencia del alimento proporcionado, al referir que no se fue nutrido el tiempo suficiente. Freud (1933/1974), encontró que “parece más bien que el ansia...por su primer alimento es lisa y llanamente insaciable, y que nunca se consoló de la pérdida de pecho materno” (p. 113). De acuerdo a Jöel Dor (1995, p. 166), para Lacan la demanda como expresión del deseo es doble, porque más allá de la demanda de satisfacción de la necesidad, se perfila la demanda de amor, en la que el niño quiere ser el único objeto del deseo del Otro materno. En concreto, se hace patente el estado inagotable de insuficiencia que embarga al sujeto, la voracidad de la libido infantil y su decepción ante la falta de amor dado.

El próximo reproche a la madre aparece con la llegada de un nuevo ser a la cuna y se intensifica cuando se anexa a la denegación oral, debido a que la llegada de un tercero favorece la privación del alimento, para ser dado a otro. La enemistad con el intruso y rival no sólo se debe al destete, sino a todo cuidado materno. El sujeto experimenta unos celos intensos, al sentirse desplazado. Respecto a éste estado emocional, Freud declaró:

... Se siente destronado, despojado, menoscabado en sus derechos, arroja un odio celoso sobre el hermanito y desarrolla hacia la madre infiel una inquina

que muy a menudo se expresa en una desagradable alteración en su conducta...No cambia mucho las cosas que el niño siga siendo el preferido de la madre; las exigencias de amor de los niños no tiene medida, exige exclusividad, no admite ser compartidas (1933/1974, p. 114).

El impacto por la llegada de un tercero en el vínculo con la madre aviva las recriminaciones hacia ella y despierta los celos hacia aquel agente que osará romper el vínculo exclusivo con la madre. Independientemente de que el sujeto se encuentre posicionado como el predilecto, el amor infantil es desmedido, pide exclusividad y no se contenta con parcialidades. Ante esto, la intensa ligazón-madre se consolida como ambivalente y el relativo manejo emocional, es parte de un desarrollo más tardío.

Si bien, el padre del psicoanálisis advirtió la presencia de una serie de reproches que coincidían con el desarrollo sexual infantil, él continuó buscando una especificidad para dar cuenta del desenlace de la fase-preedípica de la mujer. En la conferencia *La feminidad* (1933/1974), señaló, “Si no hallamos algo que sea específico para la niña y no se presente en el varoncito, o no lo haga de igual modo, no habremos explicado el desenlace de la ligazón-madre en aquella” (p. 115). Ese factor específico, lo mencionó en dicha conferencia, de la siguiente forma:

Reside en el complejo de castración. Y en efecto, la diferencia anatómica [entre los sexos] no puede menos que imprimirse en consecuencias psíquicas. Pero fue una sorpresa enterarse, por los análisis, que la muchacha hace responsable a la madre de su falta de pene y no le perdona ese perjuicio (p. 115).

De forma sorprendente para Freud, el reproche específico que la hija-mujer tiene hacia la madre, concuerda con el **complejo de castración**, donde la criatura sin pene responsabiliza a la madre, de haberla echado al mundo con una dotación insuficiente.

El reproche por haberla parido mujer, nutrirla de manera insuficiente, compartirla con terceros y haber despertado el quehacer sexual para que posteriormente lo prohibiera, son motivos insuficientes para el desasimiento del vínculo materno y la creciente hostilidad. En el análisis global de los reproches ofertados ante el agravio de la hija, Freud concluyó:

...Algunos son consecuencia inevitable de la naturaleza de la sexualidad infantil; los otros presentan el aspecto de unas racionalizaciones amañadas más tarde para explicar un cambio de sentimientos no comprendido. Quizá lo más correcto sea decir que la ligazón-madre tiene que irse a pique (al fundamento) justamente porque es la primera y es intensísima... (1931/1974, p. 236).

Finalmente, la ligazón-madre resulta insostenible porque es el primer vínculo amoroso intenso y apasionado. Los reproches son secundados ante la imposibilidad interna que la niña experimenta por la ambivalencia hacia la madre. Del estrago en la relación madre-hija, Lacan volverá a ocuparse en la conferencia que realizó en la Universidad de Yale:

...Es uno de los misterios del psicoanálisis el que el niño sea inmediatamente atraído por la madre, en tanto que la niña está en un estado de reproche, de disarmonía con ella [su madre]. Tengo suficiente experiencia analítica para saber como puede ser devastadora la relación madre-hija. No es por nada

que Freud elige acentuar eso, levantar toda una construcción alrededor de ello.

Mujeres y hombres recorren de manera semejante las primeras fases del desarrollo libidinal, coincidiendo en una larga lista de reproches, que no bastan para que se produzca el extrañamiento de la madre, pero dejan sitio a una actitud hostil, que se condensa con el complejo de castración. El estrago en el vínculo madre-hija no está dado por una “buena o mala madre”, sino en la desarmonía de esa relación, que forma parte de la condición estructurante.

2.4 Tener o no tener

Para Sigmund Freud, la castración resultó de especial relevancia para el desarrollo de la sexualidad de quienes casualmente les falta el pene y además fue catalogado como el reproche específico que la hija vuelca contra su madre, en tanto un hecho consumado. Respecto a la temática fálica que plateó, han surgido un sin fin de reproches de psicoanalistas y profanos, mientras que Jacques Lacan respondió respecto a este hecho que, “esto es lo sorprendente, desde luego. Esto es lo que escandaliza a quienes quisieran que la situación en lo referente al objeto sexual fuese simétrica para ambos sexos...” (1957-1958, Cap. 11, p. 206). Después de todo, la diferencia anatómica de los sexos también marca el desarrollo subjetivo, aunque a ambos se les atribuya una organización sexual infantil (oral, anal, fálica...) e incluso, un complejo de castración.

El padre del psicoanálisis consideró que, “la vida sexual de la mujer se descompone por regla general en dos fases, de las cuales la primera tiene carácter masculino; sólo la segunda es la específicamente femenina” (1931/1974, p. 230), sustentándose en la existencia de la premisa universal donde todos los seres animados e inanimados poseen pene. La creencia infantil de que todos tienen, incluye a las mujeres, quienes ocupan un carácter masculino frente a su primer objeto de amor. Lacan elaboró una reflexión muy interesante respecto al vínculo madre-hija y la feminidad. Lo cito:

...se llega hasta aquel fantasma fálico mediante el cual, a fin de cuentas, la niña se presenta con respecto a la madre en posición masculina. En consecuencia, en su caso ha de intervenir algo más complejo que en el del niño para que reconozca su posición femenina. En la articulación de Freud, el reconocimiento de la posición femenina no sólo no se sostiene en nada al principio sino que resulta supuestamente fallido desde el comienzo (1957-1958, Cap. 15, p. 283).

La dialéctica femenina se sostiene de lo que le falta, quedando en suspenso su posterior desarrollo subjetivo y las trabas para despuntar a la feminidad. Partiendo de la premisa fálica, los infans no quieren reconocer la evidencia de los hechos anatómicos, por lo que en la fase fálica, niños y niñas experimentarían a nivel inconsciente la castración, ante el intento de explicar porque algunos seres no tienen un apéndice. De manera didáctica, Juan David Nasio (1996) explicó el complejo de castración masculina en cuatro tiempos, veamos: 1) La existencia del universal del pene en todo ser, en tanto una ficción. 2) En el plano verbal, se prohíbe el autoerotismo y se promueve la renuncia a los fantasmas incestuosos, a partir de la amenaza de castración. 3) En lo visual, corrobora la amenaza, por la existencia de

seres sin pene 4) Por último, certifica que también la madre está castrada, surgiendo la emergencia de la angustia.

En un panorama general, el complejo de castración en el niño se desarrolla con la creencia universal del falo, corrobora con su visión la ausencia fálica en la mujer, evoca las amenazas verbales de su entorno e irrumpe la angustia de castración a nivel inconsciente. No se sabe nada de la angustia, sólo en la medida que se manifiesta oculta con otra angustia. Freud reiteró que, “la tesis es que la organización genital fálica del niño se va al fundamento a raíz de esta amenaza de castración. Por cierto que no enseguida, ni sin que vengan a sumarse ulteriores influjos...” (1924/1974b, p. 183). En último lugar, el infans opta por salvar su pene a costa de renunciar a la madre como partenaire sexual y hace posible la afirmación de la identidad masculina. El final del complejo de castración es, para el niño, también el final del complejo de Edipo.

El complejo de castración en la mujer también tiene como punto de partida la ficción que atribuye pene a todo ser humano. El lazo primero e intenso con la madre, se constituye de la doble ilusión fálica, donde nada falta, debido a que ambas tienen. Freud explicó en *El sepultamiento del complejo de Edipo* (1924/1974b), que el clítoris de la niña se comporta al comienzo como un pene y a través del juego infantil la niña descubre con asombro la diferencia anatómica. En el acto reconoce que no lo tiene y quiere tenerlo. Lo cito:

...Durante un tiempo se consuela con la expectativa de que después, cuando crezca, ella tendrá un apéndice tan grande como el de un muchacho. Es en este punto donde se bifurca el complejo de masculinidad de la mujer. Pero la niña no comprende su falta actual como un carácter sexual, sino que lo

explica mediante el supuesto de que una vez poseyó un miembro igualmente grande, y después lo perdió por castración. No parece extenderse esta inferencia de sí misma a otras mujeres, adultas, sino que atribuye a estas, exactamente en el sentido de la fase fálica, un genital grande y completo, vale decir, masculino. Así se produce esta diferencia esencial: la niña acepta la castración como un hecho consumado, mientras que el varoncito tiene miedo a la posibilidad de su consumación (p. 186).

Estar desprovista del atributo fálico es vivido como un infortunio individual, y posteriormente de otros seres, ya que si le falta, es porque antes se tenía. Éste hecho es vivido como un perjuicio y una razón de inferioridad. Para Freud (1940/1975, p. 192), en el complejo de castración la niña no teme la pérdida del pene, pero no puede menos que reaccionar por no haberlo recibido. Para él, la niña cae presa de la envidia del pene (*penisneid*), que deja huellas imborrables en su desarrollo subjetivo e incluso, afirmó que aun en el caso más favorable no se superará sin un serio gasto psíquico. El *penisneid* desde su origen, generó arduas controversias a nivel ontológico y epistemológico, pero con todo, él no retrocedió ante este fundamento. Posteriormente Jacques Lacan apuntó que, “nuestra experiencia ha puesto de relieve el *Penisneid*, reivindicación del pene, en muchos trastornos del desarrollo de la sexualidad femenina...” (1957-1958, Cap. 14, p. 262), y en la misma línea Freud encontró en algunas mujeres la pretensión de ciertas excepciones y dispensas que descansan en el fundamento de la castración, al considerarse dañadas en la infancia por la madre, que tiene como raíz el reproche de haberlas traído al mundo como mujeres.

Para Oscar Masotta (1992) lo más grave de la niña no sólo radica en descubrir su propia castración, sino reconocer que la madre se encuentra en falta,

ya que rompe el idilio con la madre, en tanto objeto primordial. La decepción fálica que tiene como base la premisa universal del falo y la confrontación de la diferencia de los sexos, impulsa a la niña al padre –el complejo de Edipo.

Nasio (1996, p. 21) concluyó dos diferencias importantes entre la castración del hombre y la mujer. La primera radica en que el varón renuncia al amor a la madre, mientras que en la niña acontece la separación con su madre y se abre la vía al padre. Es decir, en el varón el complejo de Edipo se aniquila por el complejo de castración, mientras que en la mujer se inicia con la castración, pero no se termina con esta. Respecto a la segunda diferencia, esta consiste en que el acontecimiento más importante del complejo de castración femenino es la separación de la madre, pero con la particularidad de que reaviva las pérdidas anteriores. Las mociones pulsionales de los reproches pasados reaparecerán al descubrir la castración consumada y quedarán fuertemente anclados la hostilidad y el rencor hacia la madre. Sigmund Freud puntualizó que el desasimiento del vínculo madre-hija, no se tramita rápidamente. Lo cito:

...Es cierto que el extrañamiento respecto de la madre no se produce de un golpe, pues la muchacha al comienzo considera su castración como una desventura personal, sólo poco a poco la extiende a otras personas del sexo femenino y, por último, también a la madre. Su amor se había dirigido a la madre fálica, con el descubrimiento de que la madre es castrada se vuelve posible abandonarla como objeto de amor; de suerte que pasan a prevalecer los motivos de hostilidad que durante largo tiempo se habían ido reuniendo... (1933/1974, p. 117).

El descubrimiento de la castración es un punto de viraje en la constitución del ser humano. Con el ingreso en la fase fálica, las diferencias entre los sexos retroceden en toda la línea ante las posibles concordancias y deja huellas imborrables en su ulterior desarrollo. Cabe puntuar, que el complejo de castración en la niña ofrece tres posibles salidas, al entrar al complejo de Edipo, veamos:

1. Suspensión definitiva de toda sexualidad manifiesta, ante la desventaja anatómica.
2. Ante el deseo de estar dotada de un pene, niega la diferencia anatómica. Puede mantener la creencia que algún día tendrá un falo e incluso, tener un objeto de amor homosexual.
3. El deseo de sustituir su falta de pene con otro objeto. Esta salida Freud la llama normal y posee tres cambios importantes que consolidan la feminidad. El primero es el de objeto de amor, es decir; de la madre al padre. El segundo es de zona erógena, que va del clítoris a la vagina y el tercer cambio es de objeto de deseo, que consiste en sustituir el deseo del pene por el de un hijo.

Freud (1925/1974, p. 274) explicó que el descubrimiento de la diferencia anatómica, fuerza a la niña a apartarse de la masculinidad, y a encaminarse por nuevas vías que llevan al despliegue de la sexualidad feminidad. En concreto, la inhibición de la vida sexual, la hiperinsistencia en la virilidad y la sustitución del deseo por otro –giro del objeto de amor, cambio de la zona genital y apuntar a la procreación–, son parte del desarrollo de sexualidad de la mujer y están directamente relacionadas con la ligazón-madre.

Respecto a la sustitución del falo por el hijo, a través de la maternidad, la niña se introduce en la simbólica del don, en la medida que asimila la dialéctica

presencia-ausencia. El falo en tanto atributo imaginario del cual están provistos algunos seres, puede tomar el estatuto de operador simbólico, donde es un objeto desmontable e intercambiable por otros objetos equivalentes (falo=heces=hijo=regalos, etc). Con la ecuación simbólica, el falo adquiere su valor en el interior de la simbólica del don y tiene una trascendencia en el desarrollo individual. Jacques Lacan señaló que “en el interior de esta simbólica del don, se pueden dar toda clase de cosas a cambio, tantas cosas, ciertamente, que por eso mismo vemos tantos equivalentes del falo en los síntomas” (1956-1957, Cap. 7, p. 125). Después de todo, la manifestación del falo en el síntoma sorprende por su capacidad para transformarse en todo.

Si la niña entra en el complejo de Edipo, a partir del complejo de castración, es porque ha de ir a buscar lo que le falta. Sigmund Freud (1933/1974) afirmó:

La situación femenina sólo se establece cuando el deseo del pene se sustituye por el deseo del hijo, y entonces, siguiendo una antigua equivalencia simbólica, el hijo aparece en lugar del pene... sólo con aquel punto de arribo del deseo del pene, el hijo-muñeca deviene un hijo del padre y, desde ese momento, la más intensa meta de deseo femenina...un deseo femenino por excelencia (p. 119).

Aunque la maternidad como una vocación típica de la mujer propuesta como una salida del complejo de castración en que la niña sustituye el deseo de su falta, por el de un hijo que podrá tener, Sigmund Freud no recomendó a ninguna analizante tener un hijo, para dar solución a su neurosis.

Cuando la mujer llega a la adultez e intercambia su deseo inconsciente por la llegada de un nuevo ser, la promesa fálica se renueva. El infans en tanto objeto

intercambiable, completará momentáneamente a la madre, porque nada le falta. La madre es considerada como provista de falo, como madre fálica.

Finalmente, al irse a pique el intenso y duradero vínculo madre-hija, se abre la posibilidad de que el padre entre como cuarto elemento del complejo de Edipo, ya que el falo primero y el padre después juegan un papel central en la separación o retorno a este vínculo que puede ser conflictivo.

2.5 A puerto seguro

La fase preedípica sólo tiene sentido, en la medida que da cuenta del complejo de Edipo, en tanto que es un punto decisivo donde el padre en un primer momento velado, se hace presente. Sigmund Freud fue claro en este sentido. Lo cito:

El complejo de castración prepara al complejo de Edipo, en vez de destruirlo; por el influjo de la envidia del pene, la niña es expulsada de la ligazón-madre y desemboca en la situación edípica como en un puerto. Ausente la angustia de castración, falta el motivo principal que había esforzado al varoncito a superar el complejo de Edipo. La niña permanece dentro de él por un tiempo indefinido, sólo después lo deconstruye y aun entonces lo hace de manera incompleta... (1933/1974, p. 120).

La situación edípica en la niña es una posición de reposo, que no se abandona muy pronto, debido a que puede ser un puerto seguro, donde se desembarca después de lagunar por la intensa fase preedípica. El Edipo en la mujer

es considerada una formación secundaria, a causa de la intensa prehistoria con la madre y por la consolidación de la sexualidad femenina. Cabe puntuar, que en la fase edípica el vínculo madre-hija puede continuar hostil o por formación reactiva, surgir una corriente tierna. Freud (1919/1974) declaró:

La niña pequeña está fijada con ternura al padre, quien probablemente lo ha hecho todo para ganar su amor, poniendo así el germen de una actitud de odio y competencia hacia la madre, una actitud que subsiste junto a una corriente de dependencia tierna y que puede volverse cada vez más intensa y más nítidamente conciente a medida que pasen los años, o motivar una ligazón amorosa reactiva, hipertrófica, con aquella (p. 184)

Freud indicó en *La feminidad* (1933/1974) que la intensa ligazón madre-hija tiene como destino su destrucción para abrir paso a la ligazón padre. Sin embargo, aun en la separación, puede adquirir la hostilidad hacia la madre, refuerzo, pues deviene una rival que recibe del padre todo lo que la niña anhela de él. Lo cito:

El extrañamiento respecto de la madre se produce bajo el signo de la hostilidad, la ligazón-madre acaba en odio. Ese odio puede ser muy notable y perdurar toda la vida, puede ser cuidadosamente sobrecompensado más tarde; por lo común una parte de él se supera y otra permanece. Sobre esto ejercen fuerte influencia, desde luego, los episodios de años posteriores (p. 113).

Freud marcó el vínculo madre-hija como irreconciliable, mientras que Jacques Lacan retoma esta cuestión bajo el concepto “**estrago**”. En el seminario *Las formaciones del inconsciente* abordó la ley incontrolada del capricho materno y en *El reverso del psicoanálisis* especificó que el deseo de la mamá cocodrilo no es algo

que pueda soportarse tal cual, ya que siempre produce estragos. Posteriormente, en el texto *El atolondrado, el atolondradicho o las vueltas dichas*, señaló de manera contundente:

La elucubración freudiana del complejo de Edipo, en la que la mujer es en él pez en el agua, por ser la castración en ella inicial, contrasta dolorosamente con el estrago que en la mujer, en la mayoría, es la relación con la madre, de la cual parece esperar en tanto mujer más subsistencia que del padre, lo que no pega con su ser segundo en este estrago (1972/1984, pp. 35-36).

La subsistencia, indica una mayor permanencia, estabilidad o conservación del vínculo madre-hija, que de manera dolorosa, conecta con la misma intensidad en el vínculo-padre, que también se ve envuelto en éste estrago. La niña con el complejo de castración, desvía la mirada de la madre al padre, aunque continúe esperando que subsista la relación primordial, que en su mayor parte se muestra estragante.

“Hostilidad” en Freud, “estrago” en Lacan. Ambos aluden a la ruptura de la ligazón-madre, como resto del vínculo primordial, que resulta irreconciliable e insuperable. Marta Gerez (2000) advirtió el constante desencuentro:

A su vez, para que una hija acceda al lugar de mujer y de madre, este estrago tiene que haberse constituido. Estrago que, imprescindiblemente para posibilitar en la mujer la demanda de amor al padre –y desde este a los hombres–, desalienta toda esperanza de reencuentro, reparación o amistad con la madre (p. 228).

El estrago es la mínima garantía de quedar fuera del asecho de la mamá cocodrilo y cuando no hay registro del estrago (reproche, hostilidad, odio, etc.); el

sitio superyóico se torna funesto al centrifugarse la pulsión de muerte. Es decir, el estrago destinado a la madre se redirecciona hacia la hija con creces. Jarque & Burgos (2010), ejemplificaron el retorno pulsional de un caso clínico, donde la madre reprocha a la hija: “Estás mordiendo la mano que te alimenta, estas tirando piedras en tu propio tejado” (p. 29). Después de todo, el tejado es aquel que uno habita. Lacan reafirmó:

La imago materna es mucho más castradora que la imago paterna. Al final de cada uno de mis análisis vi el fantasma de desmembramiento, el mito de Osiris. Cuando el padre es carente de una manera o de otra (muerto, ausente, incluso ciego), se producen las neurosis más graves (1957/1985, p. 21).

El sustrato preedípico, no se supera en medida suficiente en el curso del desarrollo. Es frecuente la regresión a las fijaciones de aquella fase, que se manifiestan con el **acting out** y el **pasaje al acto**, que sin lugar a dudas desborda la subjetividad. Se exacerba el estrago cuando el agente interdicator del complejo de Edipo cae. El carácter narcisista de este amor fundado en la reciprocidad puede crear un vínculo difícil de deshacer, para abrir paso al padre, en tanto portador del falo. El doble imaginario fálico, donde primero ambas tienen y posteriormente, no tienen, puede construir un muro, donde nadie pasa y todo puede pasar. En el próximo capítulo, examinaré al padre, en tanto una figura compleja.

Cabe puntuar, que Sigmund Freud hizo uso del concepto castración para referir que la mujer de entrada se encuentra en esta condición, por lo que no tiene, mientras que Jacques Lacan afirmó que la castración era una condición subjetiva más compleja que vivencia todo ser humano, por lo que el no tener en la mujer, coincidía dentro de la dialéctica de la **privación**. Él afirmó:

¿Qué quiere decir *lo que no tiene*? Aquí estamos ya en el nivel donde un elemento imaginario entra en una dialéctica simbólica. Ahora bien, en una dialéctica simbólica lo que no se tiene existe tanto como todo lo demás. Simplemente, está marcando con el signo *menos*. La niña entra pues con el *menos*, como el niño entra con el *más*. De todos modos, tiene que haber algo para que se pueda poner un *más* o un *menos*, presencia o ausencia. Se trata del falo, eso es lo que está en juego. He aquí, nos dice Freud, por qué mecanismo se produce la entrada de la niña en el complejo de Edipo (1956-1957, Cap. 7, p. 125).

Para Lacan, la mujer se encuentra privada del atributo fálico, que se vivencia como desgracia particular, ya que si le falta, es porque antes tenía. Es decir, la privación sólo es concebida a partir de que el objeto-pene se presenta en el plano presencia-ausencia. Por ello, parece en un primer momento contradictorio suponer que un ser se pueda sentir privado de algo que, por definición, no tiene. Sin embargo, al entrar en la dialéctica simbólica, indicar que algo no está, es suponer su posible presencia. Cuando se habla de privación, implica una falta real, que sólo puede tener efecto de lo simbólico. La privación del falo por una operación de alguien, que tiene en primer lugar a la madre, y después al padre. Se exhorta a dar revisión puntual de las tres formas de falta de objeto –Frustración, Privación y Castración.

En síntesis: La fase preedípica en la niña se edifica como el vínculo primordial, al consolidarse como intenso, exclusivo y avasallante, y sólo tiene sentido en la medida en que se dialectiza el complejo de Edipo, el cual es tramitado por la castración. El papel del padre, en tanto una metáfora, será un agente interdicator en el vínculo madre-hija, así como del estrago que se produzca. La comprensión del

Complejo de Edipo, posee varias aristas al desarrollarse en diversos registros, por lo que el siguiente apartado se abordará la cuaternidad edípica (madre-falo-sujeto-padre) y sus consecuencias. Hasta este momento, el niño se separa de la madre con angustia y la niña con hostilidad. Finalmente, cuando se crea una fuerte fijación a la madre y no existe una ruptura en el vínculo, éste se torna devastador.

CAPÍTULO III. EL COMPLEJO PADRE EN EL EDIPO.

*Ni hablar de Edipo si no está el padre, e inversamente,
hablar de Edipo es introducir como esencia la función del padre*

(Lacan, 1957-1958, Cap. 9, pp.170).

El presente capítulo tiene como objetivo, ofrecer un panorama del vínculo madre-hija y la entrada del padre, a partir de la lógica de la castración lacaniana, que plantea un distingo fundamental entre *ser* y *tener* el falo, así como sus respectivas consecuencias a nivel pulsional. Se reconoce que el complejo de Edipo dentro del psicoanálisis, hizo de la función del padre, la clave fundamental del drama y sus desenlaces. No fue casualidad que para Sigmund Freud, una de sus grandes interrogaciones que orientó toda su enseñanza fue -¿*Qué es un padre?*, e incluso para uno de sus sucesores contemporáneos como lo fue Jacques Lacan, resultó profundamente importante y complejo, ilustrar al padre a través de sus tres registros -Real, Simbólico e Imaginario.

3.1. El padre

Al abordar el vínculo madre-hija, de entrada, se ve comprometida la función del padre, ya que en el **Nombre-del-Padre**³, se reconoce desde tiempos históricos la figura de la ley, en tanto una función simbólica. Es decir, la madre o institución confieren a una figura, su nombre de padre, que no es idéntico a cualquier cosa, porque es responsable de la procreación.

El padre, no tiene que ver con el punto de vista ambientalista de la presencia o ausencia, puesto que el padre como un elemento del entorno, no alcanzó dentro del psicoanálisis para explicar su función, debido a que todo sujeto ha de introducirse en el complejo de Edipo, por ser sujeto, aun cuando el padre no estuviese encarnado por algún agente externo. Punto que atrae la atención y que inmediatamente conduce a preguntar *¿Cuál es la función del padre?* Cuestión que será abordada con prontitud.

Resulta recurrente dentro de la clínica psicoanalítica explorar la función del padre, a partir de las carencias que inciden en la historia de vida del sujeto. Explorar si el padre mostró exceso de presencia o ausencia, que si era agresivo o demasiado amable, e incluso si era débil, sumiso, sometido, lisiado, ciego, etcétera. Es decir, fórmulas que permitieran ver en la biografía del sujeto al padre. Sin embargo, para Lacan la búsqueda de las carencias del padre, resultó en indagaciones inocuas, porque nunca se sabe de qué carece el padre. Él explicó que pensar en un padre demasiado amable, parecería indicar que se torna desagradable, mientras que si es demasiado desagradable, más valdría que fuese amable de vez en cuando. Buscar las carencias del padre para dar cuenta de un sujeto, sólo desvía el quehacer psicoanalítico. Lacan fue contundente respecto a este hecho. Lo cito:

³ Ver Glosario en el Anexo.

La cuestión de la carencia del padre merece que volvamos a ocuparnos de ella, pero entramos aquí en un mundo tan movedizo, que es preciso tratar de establecer una distinción que permita ver de qué peca la investigación. No peca por lo que encuentra sino por lo que busca... (1957-1958, Cap. 9, pp.172-173).

Entonces *¿Qué buscar del padre?* Precisamente, su función en la dialéctica edípica, debido a que hablar de los tres tiempos lógicos del Edipo implica introducir como esencial al padre, y de ahí partir, para mirar su intervención escalonada y su incidencia en el complejo de castración, en tanto un hecho histórico que trastoca a todo ser humano. El padre dentro del psicoanálisis va más allá de aquel sujeto encarnado en la realidad, se aborda como un operador simbólico.

3.2. El Edipo en un dos por tres

3.2.1 Primer tiempo

En éste tiempo, conocido como preedípico, la madre es considerada una figura primordial, porque con su ir y venir, encarna el lugar del Otro y asienta la base del orden simbólico en el sujeto. Con el grito de la cría humana, la madre lo auxilia realizando con una acción específica, que apacigüe la necesidad que supone, ya que la manifestación del infans sólo tiene sentido en la medida en que el Otro materno le atribuye algún sentido. La proyección del deseo del Otro materno, es recibida por el sujeto, porque finalmente quien tiene las cuerdas de lo simbólico, es la madre. Para el sujeto, los objetos que la madre ofrece van más allá de la

necesidad cubierta, a causa de que estos se transforman en un signo de amor, un don. Con la doble función del objeto, la necesidad queda secundada por la demanda. El sujeto reivindica los objetos y en la medida en que no son dados, lo experimenta como un daño, puesto que la madre es contemplada como ser omnipotente, que tiene todo para dar, y si no da es porque no quiere querer, no porque le falte. Ella queda posicionada como el primer objeto de amor, el Otro primordial y un ser omnipotente.

El sujeto exige exclusividad de la madre, sin embargo, él pronto da cuenta que ella desea algo que va más allá de él. Ese deseo se torna una x , un enigma a descubrir. Ciertamente, el sujeto se hace falo al lograr vislumbrar el deseo del Otro, pero siempre deja algo indescifrable. El infans pregunta al Otro ¿qué quiere de mí?, mientras que el Otro le contesta una pregunta ¿Qué quieres? La incógnita moviliza al sujeto a buscar y encontrar que frente a la madre, existe un tercero que forma la triada imaginaria. Con fines didácticos, se hará uso de la Figura 2, que expuse en el capítulo 1, porque permite ver la movilidad edípica de la madre (M), el falo (ϕ), el sujeto (N) y el padre (P). Veamos:

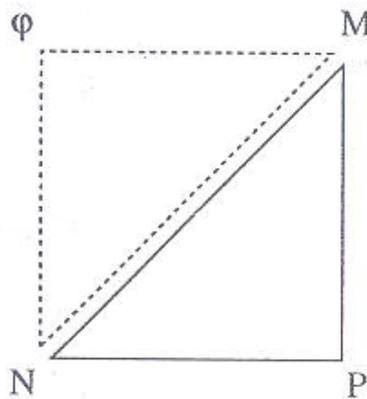


Figura 2. Cuaternidad edípica.

La cuaternidad edípica adquiere sentido conforme el padre cumple su función. Por el momento, la tríada imaginaria (N-φ-M), corresponde al primer tiempo edípico, a causa de que el sujeto ha advertido que no se encuentra solo frente a la madre, gracias a que entre él y la madre, está el deseo de ella, a saber el falo.

El sujeto apetece el deseo del Otro, desea el deseo de la madre que apunta a aquello que le falta, el falo, aunque el infans no lo sabe. Para Jacques Lacan, el falo va a ser instituido como el significante primordial del deseo en la triangulación edípica, al punto que la dialéctica del complejo de castración, manifiesta la modalidad del “ser” y del “tener”.

Para agradarle a la madre, el sujeto buscará satisfacer el deseo del Otro, a partir de ser el falo de la madre. Precisamente esa es la cuestión, en este primer tiempo, *to be or not to be* el falo. En la medida en que el sujeto encuentra eso que la madre desea, pretenderá serlo, pero sólo puede ser el falo en la medida que ocupa ese lugar. Por esta razón el sujeto se identifica con el objeto del deseo, simplemente porque para él es suficiente con ser el falo. Jöel Dor (1995) afirmó:

El niño encuentra entonces la problemática fálica en su relación con la madre al querer constituirse él mismo como falo materno. En este sentido puede hablarse de una indiferenciación fusional entre el niño y la madre puesto que el niño tiende a identificarse con el único y exclusivo objeto de deseo del otro. Como lo hace notar Lacan, en este primer momento del Edipo, el deseo del niño permanece totalmente sujeto al deseo de la madre (p.93).

Ahora bien, lo esencial de este primer tiempo edípico, es que también la niña se identifica con el objeto del deseo de la madre, arrojando como resultado que el deseo sea deseado por la niña y que ella misma se haga el deseo de la madre. Para

Lacan, todo ser humano es un súbdito que se encuentra atravesado por el mensaje absoluto del deseo de la madre, en tanto una ley absoluta y caprichosa, ya que al desear el deseo de la madre, se queda sujeto al imperativo de la madre, la primera ley del ser.

En éste breve recorrido de la construcción subjetiva, surge la pregunta *¿Dónde está el padre?*, que remite paradójicamente a responder, se encuentra presente y ausente. Es decir, el triángulo imaginario se conforma de la madre, la hija y el falo, mientras que la instancia paterna se introduce bajo una forma velada, sin manifestarse. La identificación del sujeto con el falo, muestra el carácter imaginario, del vínculo madre-hija con exclusión del padre, porque la instancia mediadora de la niña y la madre es el falo, que presupone al padre, al estar la primacía del falo instaurada en el mundo por la existencia del Nombre-del-Padre. El triángulo imaginario, será el preludio de la relación simbólica, que se produce en el siguiente tiempo edípico.

En concreto, en el primer tiempo edípico, la niña se identifica con el deseo de la madre, a saber, el falo, mientras que la madre se consagra como una potencia y el padre se encuentra velado, siempre hay un tercero en el vínculo madre-hija.

3.2.2 Segundo tiempo

Si en el primer tiempo, el discurso de la madre es captado de forma absoluta, para el segundo tiempo, el padre aparece de forma menos velada, aunque no se revela todo, ya que éste se manifiesta como mediado por el discurso de ella. La función de la madre está unida a la transmisión de la figura paterna, la autoridad y la ley. La manera cómo aquella vive su propia relación con el padre y con la ley, se

verá reflejada en la transmisión que con sus palabras comunicará a sus descendientes. Lacan afirmó:

En segundo lugar, el padre se afirma en su presencia privadora, en tanto que es quien soporta la ley, y eso ya no se produce de una forma velada sino de una forma mediada por la madre, que es quien lo establece como quien le dicta la ley (1957-1958, Cap. 10, p. 200).

La palabra del padre interviene sobre el discurso de la madre, ya que la ley del padre se hace presente a través de la mediación. Como ya se ha reiterado, la función del padre se encuentra en el Complejo de Edipo, y en ningún otro lado. Sin embargo, permanece abierta la pregunta que convoca este capítulo, esta tesis *¿Qué es el padre en el Complejo de Edipo?* Jacques Lacan, reinterpretando a Sigmund Freud, afirmó que es una **metáfora**. Lo cito:

Digo exactamente –el padre es un significante que sustituye a otro significante. Aquí está el mecanismo, el mecanismo esencial, el único mecanismo de la intervención del padre en el complejo de Edipo. Y si no es en este nivel donde buscan ustedes las carencias paternas, no las encontrarán en ninguna otra parte (1957-1958, Cap. 9, p. 179).

El padre es una metáfora en tanto que cumple la función primordial de ser un significante que viene en lugar del significante materno, que se introdujo en la simbolización primordial entre el sujeto y la madre. El padre desplaza el lugar de la madre, que se encuentra vinculada con un enigma, x. Assoun (2004) encontró que, “allí donde Freud afirmaba firmemente las funciones del padre –prohibición, idealización, identificación-, Lacan introduce esta noción inédita que produce una

articulación estructural de dichas funciones y remite al trabajo de la metáfora” (p.83). Cabe mencionar que la **metáfora paterna** se sitúa en el inconsciente.

Desde la vía imaginaria el sujeto se hace falo y esto presupone el polimorfismo de la perversión, mientras que la vía simbólica es la metafórica (N-P-M), donde el padre sustituye a la madre como significante, al tener posesión del objeto del deseo de la madre. Los elementos del triángulo imaginario, se desplazan al hacer intervenir al padre, que finalmente conforma el triángulo simbólico, porque introduce la dialéctica de interdicción, es decir, la ley de prohibición del incesto.

En el segundo tiempo edípico, el sujeto interroga al Otro y encuentra al Otro del Otro materno, es decir, su propia ley. Punto que lleva al sujeto a ver, como la ley del padre interviene como un punto nodal del Edipo, en la ley materna. Lacan señaló:

El padre todopoderoso es el que priva. Éste es el segundo tiempo. En este estadio se detenían los análisis del complejo de Edipo cuando se pensaba que todos los estragos del complejo dependían de la omnipotencia del padre. Sólo se pensaba en este segundo tiempo, pero no se destacaba que la castración ejercida era la privación de la madre y no del niño (1957-1958, Cap. 10, p. 200).

El padre se revela como una instancia privadora del objeto del deseo de la madre y del sujeto. Él es el tercero que se introduce en el vínculo madre-hija, para anunciar el mensaje que prohíbe el goce, que podría desbordarlas. Éste mensaje interviene como un mensaje que castra primordialmente a la madre y posteriormente al sujeto. Lacan consideró que la forma primitiva del instinto maternal, se manifiesta mediante la reintegración oral, y por ello, el mensaje del padre tiene como

fundamento esta noción. Él afirmó de manera contundente que, “este mensaje no es simplemente el *No te acostarás con tu madre*, dirigido ya en esta época al niño, es un *No reintegrarás tu producto*, dirigido a la madre...” (1957-1958, Cap. 11, p. 208). La mamá cocodrilo no cierra las fauces, porque el falo primero y el padre después obstaculizan esta acción.

El padre se manifiesta en cuanto Otro del Otro materno, quedando el sujeto cuestionado por la interdicción paterna, que deja al descubierto el deseo del deseo de la madre. El meollo del momento privativo del padre en el complejo de Edipo, consiste en la doble privación que se ejerce, en tanto que prohíbe a la madre y prohíbe al sujeto. La privación de la madre del falo-sujeto, presenta una paradoja, debido a que la intervención de la “ley de la ley”, apacigua la dimensión de una ley materna caprichosa e incontrolada, si y sólo si la madre lo legitima como un representante de ley. Por ello, se habla de la mediación del padre, a través de la madre.

Finalmente, el padre priva a la madre, de lo que a fin de cuentas no tiene —el falo—, pero que existe porque surge del registro simbólico (presencia-ausencia), como símbolo. Para Jacques Lacan la privación de la madre es el punto nodal del Edipo. Lo cito:

...Es, pues, en el plano de la privación de la madre donde en un momento dado de la evolución del Edipo se plantea para el sujeto la cuestión de aceptar, de registrar, de simbolizar él mismo, de convertir en significante, esa privación de la que la madre es objeto, como se comprueba. Esta privación, el sujeto infantil la asume o no la asume, la acepta o la rechaza. Este punto es esencial. Se encontrarán con esto en todas las encrucijadas, cada vez que su

experiencia los lleve hasta un punto determinado que ahora trataremos de definir como nodal en el Edipo (1957-1958, Cap. 10, p. 191).

La madre privada del objeto fálico, que no tiene y que desea, abre una herida en su omnipotencia y va a ser para el sujeto decisivo, al punto que Freud y Lacan plantearon que es un momento jamás elidido en la **neurosis**, **psicosis** o **perversión**, pese a las carencias y reproches preliminares. Es un paso decisivo para el sujeto, debido a que lo remite a una instancia alterna, el padre. Lacan afirmó:

El estrecho vínculo de esta remisión de la madre a una ley que no es la suya sino la de Otro, junto con el hecho de que el objeto de su deseo es soberanamente poseído en la realidad por aquel mismo Otro a cuya ley ella remite, da la clave de la relación del Edipo. Aquello que constituye su carácter decisivo se ha de aislar como relación no con el padre, sino con la palabra del padre (1957-1958, Cap. 10, pp. 198-199).

El objeto del deseo de la madre, pasa a ser un objeto que el Otro del Otro tiene y la demanda del sujeto al Otro materno, es enviada a otro tribunal. La esencia de este segundo tiempo es ver la relación que posee la madre con la palabra del padre, en tanto que no es equivalente a nada.

En el ternario imaginario y simbólico, el sujeto se cuestiona sobre *¿ser o no ser el fallo?*, que difiere del *¿tener o no tener?*, que se da en otro momento, aunque en ambos cuestionamientos se encuentran el complejo de castración. Ciertamente, el padre ocupa un lugar frente al sujeto, que resulta molesto e inoportuno, que incluso, lleva a engendrar una rivalidad con él. La dialéctica fálica entre *ser* y *tener*, marca la construcción psíquica de los sexos, donde primero se ha de descubrir que no se es, para después asumir con dolor o angustia, que se tiene o no se tiene. En

la medida que acepta o no acepta la privación de la madre el sujeto, hombre o mujer, será el falo.

3.2.3 Tercer tiempo

La compleja función del padre tiene que ver con su forma escalonada de intervenir en el complejo de Edipo, para definir la ley de interdicción y ofrecer la otra clave del Edipo, a saber, su salida. En el tercer tiempo, el padre real ha de intervenir, como portador de la ley de interdicción que desaloja al sujeto del vínculo estrecho con la madre. Lacan señaló:

En el tercer tiempo, pues, el padre interviene como real y potente. Este tiempo viene tras la privación, o la castración, que afecta a la madre, a la madre imaginada, por el sujeto, en su posición imaginaria, la de ella, de dependencia. Si el padre es interiorizado en el sujeto como Ideal del yo y, entonces, no lo olvidemos, el complejo de Edipo declina, es en la medida en que el padre interviene como quien, él sí, lo tiene (1957-1958, Cap. 10, p. 201).

En éste tiempo, el padre interviene de una forma más concreta, potente, al poseer en sentido genital, el pene. En tanto real, es aquel que está presente en la familia y que sostiene con su modesta persona la función simbólica, por lo cual puede cumplir la función del padre simbólico, que niega el goce con la madre. Aunque se encuentre el padre real respaldado por el padre simbólico, sólo se sostiene con su humilde presencia, ya que el padre simbólico resulta impensable. El padre como personaje real podrá ofrecer una nueva dimensión, sí se encuentra constituido como símbolo.

En esta etapa el padre debe sostener lo que ha prometido en la segunda fase, es decir, que él puede darle a la madre lo que ella desea, porque lo tiene, mas no lo es. La relación de la madre con el padre retorna a un plano real. De él dependerá, en tanto portador, de la posesión o no por parte del sujeto materno de dicho falo. El padre no sólo priva a la madre del falo-sujeto -segundo tiempo- sino ha de dar alguna prueba de su presencia en este momento edípico. Literalmente, debe cumplir su promesa, no sólo la privación. Lacan afirmó:

Pero se trata de una etapa en la que, como ustedes ven perfectamente, las dos vertientes siempre pueden revertir la una en la otra. Hay algo abstracto y sin embargo dialéctico en la relación entre los dos tiempos de los que acabo de hablar, aquel en el que el padre interviene como interdictor y privador, y aquel en el que interviene como permisivo y donador –donador con respecto a la madre... (1957-1958, Cap. 11, p. 212).

En el tercer tiempo, el padre real, en tanto donador se hace preferir por la madre, si sólo si la castración ha recaído en la tríada imaginaria (N-φ-M). Para Jacques Lacan, la castración se define fundamentalmente por la separación entre la madre y el sujeto. La madre coloca a la cría humana como un falo imaginario, y a su vez, el sujeto se identifica con este objeto para colmar el deseo materno. Se consolida un vínculo entre una madre que cree tener el falo y un sujeto que cree serlo. La castración es precisamente, ese corte que quiebra el vínculo madre-hija que se torna imaginario y narcisista. El agente de esta operación es el padre real que encarna, de acuerdo a sus posibilidades al padre simbólico, ya que el padre resulta ser un embajador que representa la gobernatura del padre simbólico. Él representa la ley de interdicción, de prohibición del incesto. El acto de la castración es doble, ya que recae sobre el vínculo, al recordarle a la mamá cocodrilo que no

puede reintegrar a su hijo y al sujeto, que no puede poseer a su madre. La palabra paterna representa la ley simbólica que rompe la ilusión de *tener* y *ser* el falo en este vínculo. Nasio (1996) afirmó:

Se hace comprensible entonces el sentido de la fórmula lacaniana: la castración es simbólica y su objeto imaginario. Es decir que es la ley que rompe la ilusión de todo ser humano de creerse poseedor o de identificarse con una omnipotencia imaginaria (p.51).

La intervención del padre con la madre, no es asunto del sujeto, ya que el reparto de papeles está dado. La castración es una experiencia inconsciente que se revive en la vida cotidiana y recae en el vínculo madre-hija, con el fin de cortar la relación imaginaria y narcisista. En la castración el orden simbólico interviene precisamente sobre el plano imaginario, a saber, el falo imaginario. La castración se ubica en la categoría de la deuda simbólica.

El acto de la castración es una operación simbólica de la palabra paterna. La castración obra por la ley a la cual el padre mismo, como sujeto, está ineludiblemente sometido. Un punto central del Edipo es la regulación del deseo por una ley. Esa es la verdadera función que Lacan asigna a un padre: unir el deseo a la Ley. Si bien, esta ley hace que el niño renuncie al objeto incestuoso, no lo borra como sujeto deseante.

Para Lacan, la castración freudiana es una apuesta central y paradójica dentro del complejo de Edipo. Central en tanto que es el signo del drama de todo ser humano, su pivote implícito, y paradójica, ya que el falo posee diversas funciones, según el registro donde se conduzca. En tanto imaginario, es el *objeto* al que apunta la castración y, en tanto simbólico, el *corte* que opera en la castración. El falo

simbólico como la ley de interdicción del incesto y separador del vínculo madre-hija, sólo puede ser encarnado por la metáfora paterna.

La formación del **Ideal del yo** y del Superyó, es el resultado último del complejo de Edipo. Al no ser más el falo materno, el sujeto deja de estar identificado (Yo ideal) con la imagen de perfección narcisista, de completud y omnipotencia, para identificarse (Ideal del yo) con quien lo tiene y que además se hace preferir por la madre. El Ideal del yo es una introyección simbólica, mientras que el Yo ideal es la fuente de una introyección imaginaria. El primero es el significante que opera como un plan internalizado de la ley en el orden simbólico y por lo tanto, un producto de la identificación secundaria. El padre real no es ese Yo ideal, sino el soporte que le permite al sujeto ver las insignias que proporcionan las coordenadas que le permiten al sujeto entrar en el conjunto hombre o mujer, y asumir una posición sexual. Por eso, cuando se habla del Ideal del yo, se piensa en el papel de la tipificación. Lacan afirmó:

En la medida en que el padre se convierte, de la forma que sea, por su fuerza o por su debilidad, en un objeto preferible a la madre, puede establecerse la identificación terminal. La cuestión del complejo de Edipo invertido y de su función se establece a este nivel. Yo diría más –aquí es donde se centra la cuestión de la diferencia del efecto del complejo en el niño y en la niña (1957-1958, Cap. 9, p. 177).

Ambos sexos se identifican a nivel paterno, previendo el desprendimiento de la relación con la madre estrago y transitando una salida edípica tipificante según sea el caso. Para la niña, de acuerdo a Freud, es mucho más simple, porque sabe dónde está el falo y se dirige hacia el padre, como portador. Ella no requiere asumir

la virilidad y la identificación propiamente dicha con el padre, como en el caso del varón. La castración es disimétrica en el niño y en la niña, ya que la dificultad de la niña se encuentra a la entrada del complejo de Edipo (formación secundaria), mientras que al final, el padre podrá no tener tanta dificultad de ser preferido a la madre como portador. El niño se identifica con el padre, porque también lo tiene, mientras que la niña reconoce no tener el falo y saber quien sí, quedando restos del llamado *penisneid*.

Las tres posibles salidas que ofrece el complejo de castración, tienen que ver con la masculinidad, la inhibición de la sexualidad y la feminidad, vía la ecuación simbólica falo=hijo. El reproche de la niña dirigido a la madre por haberla traído mujer, conduce a que la sustituya por el padre como objeto de amor y se despierte el deseo de tener un hijo de él e incluso, de ocupar el lugar de la madre frente a la familia. Los estragos del vínculo-madre perseveran, ya que por un lado crece la rivalidad y los celos por la posesión del padre, y por otro lado, se revive toda la serie de reproches. El sorprendente desasimiento de la madre amada y odiada, se perfila como un modelo de la identificación, con el fin de recuperarla internamente. Freud advirtió la existencia de un deseo inconsciente de las hijas mayores de convertirse en la segunda mujer del padre ante la muerte de la madre. Lo cito:

Cuando la madre está enferma o muere, la hija mayor, como es lógico, se desplaza hasta el lugar de aquella en la relación con los hermanos y entonces puede adoptar también frente al padre una parte de las funciones de la mujer. El deseo inconsciente completa la otra parte (1922/1974, p. 210).

Cuando madre e hija contrastan en su personalidad descriptivamente hablando, la identificación se hace más evidente cuando la hija ocupa el lugar

materno. Sin embargo, el mayor aporte psicoanalítico de la identificación no consiste en la copia o imitación, sino en la apropiación inconsciente del **Yo** sobre un objeto amado, odiado, deseado o perdido. Finalmente, la identificación que el sujeto elabora, es algo que desconoce, ya que es tramitada en la estructura psíquica a nivel inconsciente.

Para Lacan la presencia creciente del padre en el tercer tiempo edípico, será relevante porque comprometerá el deseo y el goce que habitará a la mujer, ya que como agente velado que se revela, intervendrá en la relación exclusiva con la madre. De manera certera afirmó:

Esta relación exclusiva no es una pura y simple dependencia, se manifiesta en toda clase de perversiones en cierta relación esencial con el falo, ya sea que el sujeto lo asuma bajo diversas formas, ya sea que lo convierta en su fetiche, o bien que nos encontremos en el nivel de lo que se puede llamar la raíz primitiva de la relación perversa con la madre (1957-1958, Cap. 12, p. 235).

La tesis del estrago madre-hija, no consiste en ver la dependencia o la cercanía del vínculo, sino en poder vislumbrar que la exclusión del padre no se da sin consecuencias, debido a que no es para menos, que la hija perpetúe el deseo de desear el deseo del Otro materno, consolidando como afirmó lacan, una relación perversa. Cabe señalar, que Sigmund Freud advirtió en *Sobre la sexualidad femenina* (1931/1974) que dentro las formulaciones alcanzadas por el psicoanálisis hasta ese momento, no resultaban suficientes para explicar todos los desenlaces de la mujer en el complejo de castración, ni mucho menos, las complicaciones que se producen cuando la niña, defraudada en su relación con el padre, retorna al vínculo

materno, dejando abierto para sus sucesores la indagación del retorno y las consecuencias subyacentes. Para la psicoanalista Brodsky (1994), la fluctuación de la niña con la madre y con el padre, resultó de gran interés, al punto que decidió dar continuidad al quehacer clínico, retomando los fundamentos de Freud. La cito:

La abstención de Freud ha resultado para mí una invitación a explorar una cuestión que, efectivamente, resulta una “complicación” bastante frecuente en la clínica con analizantes mujeres: me refiero a ese retorno –a veces más o menos brutal– a una ligazón a la madre, después que se hubiera logrado instaurar durante la cura, el efecto separador de la intervención paterna, paso considerado por Freud como “importantísimo” en el desarrollo de la feminidad (p.131).

La intervención del padre, tendrá consecuencias en todo lo que acontezca en la subjetividad, porque en sí él forma parte del desarrollo de la estructura psíquica, la feminidad, el síntoma, etcétera. El padre sólo entra mediado por la madre y es así como la niña puede abandonar a la madre para ir a búscalos. Sin embargo, si el padre no está puesto en su lugar edípico, la niña no encuentra a nadie y retorna al vínculo materno. La castración como un hecho histórico del sujeto, está vinculada con la intervención del padre real, ya que es el agente propiamente de la castración. Su ausencia, exige la sustitución por alguna otra cosa, que de acuerdo a Lacan, resulta profundamente neurotizante. La madre fálica se soporta de la ilusión fálica de *tener* el falo, quedando el padre excluido de la relación. La absoluta ausencia del padre, como si no existiera, fundamenta el retorno del vínculo madre-hija que a estas alturas del proceso de subjetivización, ya sea ha consolidado con un carácter estragante. Existe infinidad de literatura psicoanalítica, que ejemplifica el estrago en el vínculo madre-hija. Retomaré algunos textos para dar cuenta de ello.

3.2.4 La clínica del estrago

En el artículo *Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica* (1915/1972), Freud reiteró que en delirio de persecución, el perseguidor es del mismo sexo que el perseguido, sosteniendo un sustrato paranoico-homosexual. Para el padre del psicoanálisis, la vida cotidiana de la analizante se encuentra inmersa en un complejo materno que refuerza el desarrollo del delirio de persecución. La mujer, “nunca había buscado vinculaciones amorosas con hombres; vivía reposadamente junto a una madre anciana, cuyo único sostén era ella, No tenía hermanos, y el padre había muerto hacía muchos años...” (p. 264). Los estragos para la paciente son devastadores, porque mientras el padre brilla por su ausencia, está muerto, no se habla de él ni se le ve por ningún sitio, la madre es representada como un ser omnipresente que la persigue, bajo la representación psíquica de otras personas.

En *La madre estrago* (Jarque, C & Burgos, 2010), se aborda a través de casos clínicos, la presencia avasallante de la figura materna y la negación de la metáfora paterna, en la tríada simbólica. Las analizantes se sostienen en el estrago, independientemente de la mascarada de la madre, a saber, sorda, egoísta ambigua, egoísta infantil, amiga, controladora, indiferente, vengativa y maltratadora. En el apartado que refiere a la madre enferma física, desalmada, abnegada y santa, se evidencia que el estrago palpita en todo sujeto, independientemente de la diferencia anatómica. Ambas autoras, desde un lenguaje coloquial, ejemplificaron a la mamá cocodrilo y la subjetividad desbordada cuando algo falta, la castración.

La tesis de Jacques Lacan *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad* (1932/2005), exploró el “caso Aimée”. Él señaló la existencia de un lazo afectivo intensísimo que unía a la analizante con su madre, al punto que Aimée se sabe propiedad de la madre. Lacan, encontró que la separación madre-hija resultó dolorosa y catastrófica. Lo cito:

Aimée misma confiesa la existencia de ese lazo: “Éramos dos amigas”, nos dice. Todavía no piensa en ella sin que se le salten las lágrimas, mientras que la idea misma de estar separada de su hijo nunca se las ha provocado en presencia nuestra. Ninguna reacción es comparable en ella a la que suscita la evocación de la pena actual de su madre: “Debía haberme quedado al lado de ella” tal es el tema constante de las, deploraciones de la enferma (p. 200).

En diversas ocasiones Aimée concluyó con un matiz de afirmación y reproche “hubiera debido quedarme al lado de mi madre”, en contraste con el padre, el cual es ubicado como un tiránico, que no logra establecer la distancia en el lazo madre-hija. Al congregarse la incidencia del Superyó, la paranoia, la maternidad y el autocastigo, la falta simbólica del padre, deja a la analizante delirante. Para Marta Gerez (2000, p. 214) “apegarse a la madre es mortífero, pero alejarse de ella es amenazante...”, como finalmente lo ejemplifica el “Caso Aimée”.

En *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*, Sigmund Freud (1920/1974), describe a una joven de 18 años, bella e inteligente, que adoptó una actitud masculina para cortejar con pasión ardiente, a una dama mayor que ella, con dudosa fama y que optó por negar su amor. Conforme avanza el historial clínico, se describe como la analizante revivió en su juventud el deseo profundo de ser madre, pero queda truncada la aspiración, porque quien recibió el hijo no fue ella,

sino la madre, en tanto una competidora odiada inconscientemente. Sublevada, dio la espalda a toda figura masculina, que representara al padre y retornó al vínculo materno, que ulteriormente tuvo como sustituto a la dama amada. Freud encontró en la madre y en la hija un sustrato competitivo, donde la feminidad estaba en juego. Lo cito:

La muchacha de nuestra observación tenía poquísimas razones para sentir ternura por su madre. Para esta mujer, ella misma todavía juvenil, esa hija que había florecido de súbito era una incómoda competidora; la relegó tras los hermanos, restringió su autonomía en todo lo posible y vigiló con especial celo para que permaneciera alejada del padre... (p. 150).

Pese a que la madre se mantuvo como una confidente, la analizante buscó ocasión para exhibir frente al padre amado y después odiado, su orientación sexual. Él encolerizó al ver a su hija con la mujer y lanzó una mirada, que no soportó la analizante y en el actuar impulsivo se “dejó caer” por las vías del ferrocarril. El pasaje al acto de la joven, es la victoria radical de la pulsión de muerte, donde el odio y el sadismo arremeten contra sí misma. Aunque sobrevive, finalmente, la paciente “se hizo a un lado”, para que la madre fuese la única cortejada por varones.

En *Un estrago. La relación madre-hija* (Batla et al., 1997), se analizó el caso “Paula: Oír la voz de la madre”. Se describe a una mujer de 50 años, con hijos, casada durante 30 años con su primer novio que posteriormente requirió internamiento psiquiátrico. Se separó 15 años después de casarse y poco tiempo después muere su padre, acelerando en la madre el deterioro físico y mental. Paula y su hermano cuidan a su madre moribunda desde hace 15 años, aunque finalmente ella asume la responsabilidad total, al punto que al quedar posicionada como

servidumbre se pregunta, ¿la muerte de ella o la mía? Inicialmente, Paula se enorgullecía por ser una madre y una hija ejemplar, que remplazaba al padre y al hermano en el cuidado de la madre, pero que finalmente disparó una crisis que describió así:

“Ya no sabía en dónde estaba... Escuchaba la voz de mi mamá de día y de noche, sin poder dormir... No sabía si venía de adentro de mi cabeza o de afuera... No sabía si eran de ahora o eran órdenes de mi mamá de toda la vida... si era el pasado o el presente... La oía decir: `Hacé esto..., traé aquello... poné ahí...´ Me sentía vacía, absorbida” (pp. 66-67).

Ante estas voces, pide apoyo a su hermano para que también cuide a su madre, pero él se deslinda y la exhorta a seguir cuidándola. La vociferación estridente e impositiva del Superyó, contrasta con la anciana madre en fase terminal. El caso clínico muestra con crudeza el estrago por el fracaso de la función paterna (padre, esposo y hermano), así como el de ella, al ceder y cubrir los huecos de la familia, con el cuerpo, el tiempo y el espacio. El proceso psicoanalítico abrió una posibilidad de romper el pacto compartido entre la madre y la hija, donde el padre se encontraba excluido. El caso concluyó afirmando que, “el Nombre-del-Padre acalla definitivamente las voces superyoicas maternas y reubica al sujeto afirmando los lugares de filiación” (p. 72).

Cuando la niña se aferra a los objetos de su deseo, el vínculo edípico se conserva y la relación infantil con los objetos parentales no desaparece, manifestando estragos de toda índole, como se observa a lo largo de los casos clínicos presentados. La fijación a la figura materna, esboza de manera certera la instancia superyóica, que si bien, se funda en todo sujeto con el cierre del complejo

de Edipo, la falla de la presencia metafórica del padre, evidencia la presencia pulsante que exigirá ir más allá.

3.3 Superyó

Fue introducido en *El yo y el ello* (1923/1974), y aunque su nombre no aparece como tal, con el tiempo el **Superyó** adquirió el estatus de instancia psíquica. El progreso teórico del superyó al igual que el de muchos otros conceptos, se debe a que Freud soportó la complejidad de las paradojas y sacó partido de ellas, para dar cuenta de nuevos hallazgos clínicos. Para algunos psicoanalistas como Freud, Lacan y Klein, el Superyó fue uno de los conceptos psicoanalíticos que ligado al de pulsión de muerte, deja un trazo aniquilante en la vida de todo ser humano.

El Superyó es una instancia del aparato psíquico que incide en todas las formas de enfermedad psíquica, ya que al formar parte de la segunda tópica freudiana, ocupará un lugar que constriñe. Freud afirmó, que “el yo, se encuentra ajeno a toda posición de dominio, resulta vasallo de tres poderosos amos: “pulsionado por el ello, apretado por el superyó, repelido por la realidad” (1923/1974, p. 49), lo cual fundamenta que el **Yo** no es el amo de su propia casa, ni dueño de sus cosas, sino el siervo que corteja el amor de sus amos, a saber, la realidad, el **Ello** y el Superyó. Respecto a éste último amo, posee doble faz que se encuentra directamente vinculado con su origen. La primera cara tiene que ver con el Ello y la segunda con su herencia edípica.

3.3.1 Heredero del complejo de Edipo

El declive del complejo de Edipo es correlativo a la formación de esta instancia particular, originada en el inconsciente. Cabe señalar, que aunque el abandono del Edipo no se formula de manera completa, no existe ningún sujeto sin Superyó, debido a que forma parte de la estructura psíquica. El Superyó resulta una defensa fundamental contra el goce y un signo del vigor del deseo. Para Nasio “el superyó no representa la desaparición del deseo, sino la renuncia a experimentar el goce que el niño hubiera conocido si el incesto hubiera tenido lugar” (1996, p. 183). Ésta faz del Superyó tiene la función del carácter espiritual, ideal y autocrítico, que tiene como fundamento, el arte, la religión y la aspiración del bienestar social e individual del ser humano, que se enriquece por las aportaciones ulteriores de las exigencias sociales, de acuerdo a la cultura.

Esta faceta del superyó permite dar cuenta de la otra cara, que en gran medida no sólo es diferente sino opuesta a la creación y el bienestar. La otra actividad superyóica se perfila como cruel y feroz, ya que rompe los límites y conduce al sujeto a la destrucción, el suicidio, el homicidio, la guerra, entre otras acciones funestas. Esta figura fue contemplada por Gerez como una “pesada hipoteca la que deja al sujeto la tramitación del Complejo de Edipo que arrastra como secuela una adhesión cómplice del superyó al ello” (2000, p. 277). Efectivamente, el Superyó es el heredero del complejo de Edipo, que ofrece una dimensión defensiva contra la relación libidinal con los objetos parentales, que resulta peligrosa. Sin embargo, la otra herencia, convoca a la tiranía del Ello, rechazando la intersección de la metáfora paterna que se lleva a cabo durante la castración.

Al resignar el sujeto como imposible los objetos parentales, los sustituye por una identificación que es introyectada. El Superyó no sigue el modelo de los

progenitores, sino el Superyó de cada uno de ellos, por lo que la figura castradora de la cual huye, ahora la tiene adentro, como un arquetipo al que puede aspirar el Yo, en tanto un vasallo. Sigmund Freud declaró en *El problema económico del masoquismo*:

El Superyó conservó caracteres esenciales de las personas introyectados: su poder, su severidad, su inclinación a la vigilancia y el castigo. Como lo he señalado en otro lugar⁴, es fácilmente concebible que la severidad resulte acrecentada por la desmezcla de pulsiones que acompaña a esa introducción en el yo. Ahora el superyó, la conciencia moral eficaz dentro de él, puede volverse duro, cruel, despiadado hacia el yo a quien tutela... (1924/1974, p. 173a).

El Superyó es un subrogado del mundo exterior, que introyectó a las figuras parentales y que posibilita la superación del Edipo. Ciertamente, la formación del Superyó, hace suponer la existencia de un extranjero interior, que en su calidad devastadora tiene como fundamento la herencia del Ello, en tanto una instancia desconocida e inconsciente que rompe las leyes de la lógica y el tiempo. Al ser habitado todo ser humano por una instancia superyóica, que forma parte estructural, supone una frontera no bien definida entre lo normal y lo patológico.

3.3.2 *Herederero del Ello*

⁴ *El yo y el ello* (1923, p. 55).

Sigmund Freud exploró a lo largo de su obra, el sufrimiento humano proveniente del exterior y del interior del sujeto. Respecto a esta última fuente, Marta Gerez (2000) afirmó:

A esa impiedad contra sí mismo la referirá, primero como autopunición, y luego como superyó, y no retrocederá ante la cobardía de la mayoría de los humanos que prefieren hacer responsables de esa impiedad a los dioses, los demonios, el destino o el azar (p.196).

Como ya se ha señalado, el Superyó se encuentra en una relación muy íntima con el Ello, ya que asienta sus raíces en ésta otra instancia. Ante la adquisición filogenética del Ello, el Superyó se configura en el inconsciente genuino actuando como bastión de la pulsión de muerte, donde reina el silencio pulsional. Por ello, se encuentra asociado el Superyó a diversas manifestaciones punitivas, como el masoquismo, los que fracasan cuando triunfan, el sacrificio, la reacción terapéutica negativa, el síntoma, etcétera.

La crueldad desplegada de su erótica pulsional supera con creces cualquier modelo identificatorio con el padre. Para Freud el Superyó está vinculado con el padre, en su faz mortífera y aniquilante, más que legislante. Por tal razón, es el saldo nefasto de la falla de la ley del padre, que se refleja en el sujeto y el progreso "cultural". Freud afirmó que en la limitación pulsional de la moralidad de las instancias psíquicas, el Ello es totalmente amoral, el Yo se empeña por ser moral y el Superyó puede ser hipermoral, y entonces, volverse tan cruel como únicamente puede serlo el Ello. Es decir, la hipermoralidad, acentúa el comando mortificante e insensato del Superyó.

Con el fin de condensar la herencia del Superyó, así como su función dentro y fuera del sujeto, Sigmund Freud (1924/1974a) afirmó que “el imperativo categórico de Kant es la herencia directa del complejo de Edipo” (p. 173), aludiendo a la soberanía que ejerce el amo sobre el vasallo, así como la fuerza que posee el amo para ejercer su carácter coercitivo que se manifiesta como un imperativo. Jacques Lacan apoyándose de los escritos freudianos y del campo del derecho, ofreció otra precisión del Superyó, al ratificar que “el superyó es el imperativo del goce: ¡Goza!” (1972-1973, Cap. 1, p. 11), apuntando a la obligación que tiene el sujeto a gozar, en tanto que es un deber que desconoce. Sigmund Freud demostró la existencia de una fuerza avasallante que atentaba contra el bienestar y el equilibrio del sujeto, conocida como pulsión de muerte. Posteriormente Lacan formalizó las pulsiones de Freud, en el goce; es decir, unificó la pulsión de muerte y la pulsión de vida en un solo concepto. Por ello, el mandato superyóico vocifera compulsivamente el imperativo: ¡Goza, porque no mereces algo más!

La conceptualización del Superyó aborda unánimemente, la herencia del Ello y del complejo de Edipo (eco de la castración), que responde respectivamente al mundo pulsional y a la prohibición impuesta por la ley paterna. Ante esto, el sujeto encuentra dos ecos, que lo oprimen y mortifican. La incidencia del Superyó coordinado al goce, es un llamado a la no castración, a través de su sadismo. Nasio (1996) afirmó:

(...) La ley no prohíbe el deseo, no puede impedir que el niño desee, prohíbe exclusivamente la plena satisfacción del deseo; en una palabra, *la ley prohíbe el goce*. Así, el conflicto del cual resulta el superyó, no se sitúa entre la ley y el deseo, sino entre la ley y el goce absoluto del incesto (p.182).

El Superyó es la herencia del desarreglo de la ley del padre, que escapa a su legislación. Es un semblante de ley inconsciente e insensata cuya vía es llevar el goce hasta las últimas consecuencias. Como un instigador inconsciente al llamado del Ello, incita al Yo a romper la prohibición y a disolverse más allá del principio del placer, donde reina la pulsión de muerte. El Yo, acosado por el ímpetu superyóico, comete acciones de grave violencia contra sí mismo o quienes le rodean, ya que tiene que cumplir el imperativo desmesurado. Respecto a este hecho, Nasio (1996), afirmó:

El único atributo que confiere al superyó una apariencia de ley es el modo imperativo que adopta para hacerse oír por el yo. Exceptuado este modo, la instancia del superyó tiránico no es nada más que un trauma personificado por el yo bajo la forma de un grito aterrador que condena (prohibición desmesurada), ordena (exhortación desmesurada) y sofoca (protección desmesurada) (189).

Situar al Superyó más allá de la dialéctica de las identificaciones permite a Freud apreciar más allá del principio del placer, donde no sólo se consolida un mero exterior que se hace interior, sino una exterioridad íntima y una interioridad ajena. Ser eco del Ello y del Edipo coloca al sujeto respecto al Superyó en una posición de desconocimiento y cercanía con la vida cotidiana, es decir, un extraño que se encarna como íntimo.

Cabe señalar dos cuestiones que tienen que ver con el origen del Superyó y la incidencia de esta instancia psíquica en la mujer. En primer lugar, aunque Freud formuló que el Superyó es de origen paterno, continuó indagando sobre la existencia de un origen materno, que quizá se volviera más exigente, opresivo, devastador e

insistente. Él concluyó que el Superyó en la mujer, tiene un origen arcaico de la imagen materna, en tanto un ser primordial. Por ejemplo, en el artículo *Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica* (1915/1972), reiteró que el perseguidor en la paranoia tenía que ser del mismo sexo y que el caso de la analizante, finalmente es una mujer que toma el modelo de la madre. La idea de un Superyó de origen maternal arcaico se empieza a formular e incluso en el mismo texto, encontró que la conciencia moral de la mujer se origina, en relación con la madre. En tanto una imagen primitiva, la madre se posicionaría como una defensa contra la castración, que conduce al sujeto a gozar. Miller (1986) afirmó:

El superyó como ley insensata está muy cercano al deseo de la Madre antes de que ese deseo sea metaforizado e incluso dominado por el Nombre-del-Padre. El superyó está cerca del deseo de la Madre como capricho sin ley, por esta razón se tiende a recurrir constantemente al superyó materno... (p.143).

Las raíces provenientes de la figura materna, hacen vociferar al Superyó un ¡quédate conmigo!, que al fin y al cabo protege el vínculo madre-hija del corte que las separaría, consolida los estragos que avasallan la subjetividad y descarnan el cuerpo, así como resguarda de la experiencia de la diferencia anatómica, que de acuerdo al desarrollo sexual infantil, es vivido por la niña como un daño profundo e intenso. La presencia absoluta de la madre en el lugar del Otro, trasmite la demanda en la niña con el mensaje “no puede perderme” que se traduce en un “mejor muerta que perdida”. Después de todo, la clínica de los estragos evidencia esta apuesta del cuerpo.

En segundo lugar, para Freud, “el superyó nunca deviene tan implacable, tan impersonal, tan independiente de sus orígenes efectivos como lo exigimos en el caso del varón” (1925/1974, p. 276). Sin embargo, como lo demuestra la clínica psicoanalítica, las mujeres no están más protegidas de esta feroz figura. El Superyó como una instancia que consolida la 2ª tópica, tanto en Freud como en Lacan, cuenta con la versión intrusiva e imperativa que constriñe al sujeto, al punto de direccionar al sujeto al masoquismo, donde el síntoma evidencia el sufrimiento y la satisfacción pulsional. Freud afirmó:

Este ser-azotado...no es sólo el castigo por la referencia genital prohibida, sino también su sustituto regresivo, y a partir de esta última fuente recibe la excitación libidinosa que desde ese momento se le adherirá y hallará descarga en actos onanistas. Ahora bien, sólo esta es la esencia del masoquismo (1919/1974, p. 186).

El masoquismo, conjuga los efectos de la agresión y la satisfacción pulsional, permitiendo clasificar al autocastigo y a la tendencia autopunitiva como la necesidad de castigo. En éste sentido, cada golpe, empujón, mordida, rasguño, etcétera, se vuelve un elemento distintivo de la subjetividad, ya que sólo así, el sujeto puede reconocerse a los ojos del Otro. Finalmente, el esclavo reconoce al amo quien no reconoce al esclavo sólo en la medida que el látigo es el objeto distintivo del desecho maltratado.

Al explorar primeras fases del desarrollo libidinal, se podría caer en el error de pensar que la agresión y el sadismo se encuentren reducidos en la mujer en contraste con el varón. Para Freud, “el análisis del juego infantil ha mostrado a nuestras analistas mujeres que los impulsos agresivos de las niñas no dejan nada

que desear en materia de diversidad y violencia...” (1933/1974, p. 108), aunque conforme progresa el desarrollo sexual infantil, la agresión en las niñas se guarda, mas no desaparece. Resulta asombroso que el ser humano, mientras más limitada su agresión hacia fuera, tanto más severo se torna el Superyó. Para Freud la feminidad, el masoquismo y la vida pulsional se encuentran ligados, en un territorio a descubrir. Lo cito:

Su propia constitución le prescribe a la mujer sofocar su agresión, y la sociedad se lo impone; esto favorece que se plasmen en ella intensas mociones masoquistas, susceptibles de ligar eróticamente las tendencias destructivas vueltas hacia adentro. El masoquismo es entonces, como se dice, auténticamente femenino (1933/1974, p. 107).

Entre más el ser humano sujete su agresión, más aumentará la necesidad de agredirse a sí mismo, reforzando el carácter pulsional y repetitivo del Superyó, que en sí mismo no tiene límite. La agresión retorna recargada, exigiendo ir un paso más allá del ya dado, para alimentar la gula superyóica. La incorporación obligatoria y compulsiva del mundo exterior (padres, sustitutos y sociedad), ejercerá en el sujeto la constricción que opera desde dentro y contra sí. La culpa es la evidencia de la transgresión de la ley, aunque no se quiera saber de la ley y la culpa.

El sujeto, no afirma sentirse culpable, sino enfermo, ya que la culpa desde lo real, es muda, inapalabrable. El sujeto cae enfermo, para aliviar la tensión de ser inconscientemente culpable. El dolor sentido, es el alivio de un dolor no sentido, llamado culpa. El sujeto se libera con el autocastigo, emprendiendo a nivel simbólico una satisfacción de naturaleza distinta. La acción punitiva redobla esfuerzo, ya que localiza una falta desconocida que carecía de un nombre que la represente.

Al internalizar la prohibición que ejerce el padre con la castración, la culpa se hace presente por el Superyó, debido a que se confronta por un lado, la interdicción que vive el sujeto para evitar el goce incestuoso y por otro, la agitación interna de su deseo. El sujeto se siente culpable, por las voces del Superyó, que por un lado, lo exhorta a gozar y por la otra, le prohíbe gozar. El Yo vive la confusión al creer experimentar el deseo, que por definición es imposible, y sin embargo, el sujeto es castigado y él como súbdito, accederá a sacrificarse. El sacrificio es una ofrenda de reconciliación con el Otro, una forma de taponar la falta del Otro ante su inconsistencia, en tanto que demanda algo del sujeto. El sacrificio del esclavo reitera la existencia del Otro omnipotente y omnipresente, porque finalmente, lo atenaza al Otro, su amo. Para Marta Gerez (2000, p.199), todos somos tentados por el sacrificio, pero eso no exenta al ser humano de hacerse cargo de su existencia.

3.4 En el desasimiento está la mentira

En el desasimiento de los deseos primordiales de la infancia, se encuentra la mentira, debido a que aunque desaparecen progresivamente de la conciencia del ser humano, se encuentran todavía presentes en la vida del adulto. Raramente, se finiquita la ligazón con las figuras primordiales. Lacan (1957-1958, Cap. 15), afirmó:

Es la aventura primordial de lo que ocurrió en torno al deseo infantil, el deseo esencial, que es el deseo del deseo del Otro, o el deseo de ser deseado. Lo que se ha inscrito en el sujeto a lo largo de esta aventura, queda ahí, permanente, subyacente (p. 279).

En la conferencia *Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales*, Freud (1917/1972, p. 307) afirmó que hombres y mujeres tienen la ardua tarea de desasirse de sus padres, para dejar de ser infantes y convertirse en miembros de la comunidad social. Por eso, se reconoce al complejo de Edipo como una catástrofe individual y el fundamento de la relación con la cultura. En el mismo texto, puntualizó que cuando el sujeto no finiquita el vínculo del mismo sexo, permanece sometido a la autoridad del Otro y se bloquean las condiciones para que el sujeto transfiera la libido a un objeto sexual ajeno. El sujeto puede renunciar a los objetos primordiales de su deseo, a saber, la madre y el padre, o aferrarse a ellos, conservando el vínculo edípico. La presencia desmesurada de las figuras parentales, provocan la manifestación patológica de los estragos en las estructuras clínicas, no habiendo normativización posible.

Como se ha podido observar a lo largo del marco teórico, el desasimiento o retorno al vínculo madre-hija implica siempre dar revisión al complejo de castración, en tanto un punto nodal donde el padre interviene a tiempo, cumpliendo una función metafórica. En primer lugar se presenta como un significante velado, posteriormente como privador del objeto del deseo de la madre y del sujeto, y finalmente, como un tercero que afirma su posición dentro de la dinámica familiar, despojando al niño o la niña de toda pretensión absoluta de entregarse al deseo de ser deseado. Sin embargo, cuando el padre como elemento interdictor falta, se produce una relación incestuosa entre la madre y la hija, lo cual se traduce en ser el falo de la madre. Cabe aclarar, que no es lo mismo, que el padre se encuentre velado como en el primer tiempo edípico, a que se vele al padre muerto, inexistente del tercer tiempo. La permanencia de la hija con su madre, convoca el poder avasallante del Superyó, llevando a que cada una desde su territorio (carne y psique), a gozar. Esa relación

me remite a pensar en la metáfora de la mamá cocodrilo con las fauces abiertas, para que “la siempre cría” no soporte irse e incluso no desee irse. El elemento central del vínculo materno es la devoración, la relación oral, porque puede reintegrar al producto.

La devastación en el vínculo madre-hija puede ser contemplada dentro y fuera de la clínica, como el momento donde la capacidad del ser hablante para simbolizar queda suspendida, al punto de posibilitar una escena de tipo *acting out* o algún *pasaje al acto*. Después de todo, el imperio de la madre se consolida con el súbdito, que opta por gozar hasta que el cuerpo aguante a interrogarse ¿ser o no ser el falo? Esta cuestión sólo le compete responder al sujeto, por la vía imaginaria o la simbólica. En la primera vía mantendrá de una u otra forma la identificación con el objeto del deseo de la madre, desplegando el polimorfismo de la perversión, mientras que en la vía simbólica (metafórica) el padre intervendrá en lugar del significante materno. Cabe puntuar, que aunque el sujeto sea contemplado como súbdito, no queda exento de su responsabilidad de sí mismo.

CAPÍTULO IV. LA ARMONÍA DESCARNANTE DE LA PIANISTA.

Atención, ha llegado el momento, ahora mismo le dará una lección a la niña;

el cerrojo de la puerta hace un clic nítido, la llave da un golpe breve

y se abren las puertas al mundo gris y terrible del amor materno

(Jelinek, 1983, p. 157).

4.1. Una mirada al filme

El austríaco-germano Michael Haneke, logró adaptar en el 2001, *Die Klavierspielerin* (*La pianista*, 1983), de la novelista, poeta y dramaturga Elfriede Jelinek, al séptimo **arte**. Con la protagonización de Isabelle Huppert (Erika Kohut), Annie Girardot (La madre) y Benoît Magimel (Walter Klemmer), *La pianista*⁵ se consolida como una obra fílmica provocativa de principio a fin, que permite ver al rojo vivo, los estragos del vínculo madre-hija y sus devastadoras consecuencias. El drama se desarrolla en Viena, donde la catedrática de piano vive con su anciana madre en un pequeño departamento. Es una historia de amor brutal, que se fragua a fuego lento en primera instancia con la madre y posteriormente con el alumno enamorado de la maestra Kohut, Walter Klemmer. *La pianista* (2001) conglomeraba arte musical, vínculo familiar y prácticas sexuales como el sadomasoquismo, el

⁵ Ver Glosario en el Anexo.

voyeurismo, la autoablación, y un sinfín de hechos que puede dejar al espectador en una encrucijada y en la total conmoción.

El director Michael Haneke nació en Múnich, Alemania, el 23 de marzo de 1942. Estudió filosofía, psicología y arte escénico en Viena. Trabajó en la televisión alemana desde 1967, antes de dedicarse al cine como guionista y realizador. Algunas películas que se encuentran en su repertorio, son: *El séptimo continente* (1989), *El video de Benny* (1992), *71 fragmentos de una cronología del azar* (1994), *Juegos divertidos* (1997), *Código desconocido* (2000), *La pianista* (2001), *Amor* (2012), entre otras. Haneke es conocido por su estilo cinematográfico sombrío, crudo y perturbador, que suele causar controversia. Cuando él adaptó la obra de la ganadora del Premio Nobel de Literatura 2004, logró un amplio reconocimiento en el circuito cinematográfico, consolidándose como uno de sus grandes éxitos. A su vez, él ganó el prestigioso Gran Premio del Jurado en el Festival de Cannes de 2001, y sus protagonistas, los premios de mejor actor y actriz. Sin embargo, desde los primeros días de estreno, las reacciones en contra del filme por parte de algunos sectores conservadores no se hicieron esperar. El manejo visual y verbal de la sexualidad de los protagonistas resulta claro y directo. La creatividad, osadía y pasión por el arte, son cualidades destacables de Michael Haneke y Elfriede Jelinek, donde quien mira o lee, le toca crear. A partir del **psicoanálisis aplicado**, he optado por una tesis que descifre el contenido manifiesto enviado por el medio audiovisual, para tratar de acceder al contenido latente de las y el protagonista.

Erika Kohut no es lo que se ve, sino lo que representa a los ojos de la madre y del psicoanálisis. Dos miradas que apuestan a saber quién es la pianista, pero que distan una de la otra. La madre Kohut, toma las características de un oráculo que cubre con su saber toda interrogante. Al engendrarse la hija en sus entrañas, cree

ser dueña de la certeza. No duda, sabe. Sin embargo, el psicoanálisis niega rotundamente el conocimiento absoluto del sujeto, al apostar a cada instante por “el caso por caso”, que tiene como soporte la vía latente del inconsciente que se fuga en el lapsus, síntoma, sueño y chiste. Los significantes como una vía para saber que habita al sujeto del lenguaje. El quehacer psicoanalítico resulta ser un ámbito complejo donde se conglomeran diversas miradas para apreciar al ser humano, que en sí, resulta ser incierto. Por lo tanto, para el análisis de la película *La pianista* (Haneke, 2001), apuesto a la propia mirada, teniendo como soporte teórico a Sigmund Freud y Jacques Lacan, en relación al vínculo madre-hija. Al plantear la premisa universal de que todo ser humano ha nacido de la mujer, la madre, ambos sintetizan el poder que adquiere sobre la hija. El primer objeto de amor, diría Freud, la encarnación del Otro primordial, diría Lacan. Las primeras murallas para despuntar más allá de lo materno se instalan porque la relación con la madre se consolida como la primera, exclusiva, intensa y duradera.

La pianista Erika Kohut es una deudora insolvente con la madre, ya que esta última ofreció la gratuidad de los objetos de la necesidad que se convirtieron en un signo de amor. Conforme avanza el filme, se puede ser testigo del poder materno que perdura a través de la vida de la pianista, a rebasando todo porque lo puede todo. Nada ni nadie puede impedirselo, mientras que la hija queda como un desecho del fracaso de la metáfora paterna. La figura de una madre anciana y enferma contrasta con su poder avasallante que ejerce sobre Erika. La lengua materna no sólo sostuvo a la hija, sino la devoró en la constante persecución cargada de recriminaciones. La palabra y el silencio de la madre se vuelven una ley incontrolada, que fácilmente puede aniquilar a la pequeña Kohut. La reina madre es todopoderosa e insaciable, mientras que la hija camina con bandera de súbdita

derrotada ante la omnipotencia materna. Como se podrá observar, la mirada a la lógica del amo-esclavo, resulta esencial en el análisis del filme.

4.2. El pacto de la esclavitud

Erika va más allá de ser la hija, es la pieza que consagra el imperio materno obscuro y reducido, donde la reina formula su mandato y ella su esclavitud. Como súbdita, no mueve los hilos de su deseo, porque finalmente el deseo de ella, es el deseo del Otro, que se encuentra encarnado por la madre. Cabe señalar, que no es para menos desear el deseo del Otro, ya que el capricho y la voracidad están puestos en escena como punto central del vínculo, que consolida el terreno del goce. En el constante desencuentro entre la madre y la hija por el tiempo, la ropa, el dinero, el desempeño en la música y los terceros, la madre hace uso de su propiedad para dejar en claro quién es el amo y quién no. Ella jamás pedirá perdón, para eso está Erika. Elfriede Jelinek (1983), ofreció un retrato particularmente desgarrador del vínculo. La cito:

La voluntad de Erika es el cordero que se somete a la voluntad leonina de la madre. Este gesto de humildad impedirá que la voluntad materna despedace la débil e informe voluntad de la hija y zarandee con el hocico sus restos sanguinolentos (p. 203).

Claro está, la señora Kohut no despedazará a su presa rápidamente, si sólo si aquella “no la provoca”, como constantemente lo asevera. La experta en el piano, también resulta serlo tocando las puertas de la pulsión de muerte. Ella sólo puede reiterar su lugar en el mundo como desecho, porquería, esclava. Toca porque debe

tocar y ante esto, no sabrá detenerse. Michael Haneke (2001) abrió su drama fílmico con el enfrentamiento entre la madre y la hija porque la niña Kohut llegó tarde. Entre jalones y reproches, Erika pide perdón y cuestiona a la madre sobre su actuar. Sin embargo, como en *El diablo enamorado* de Cazotte, la respuesta es la misma pregunta. Veamos.

Erika: Perdón, mamá. Pero, ¿por qué haces esas cosas?

Madre: ¿Por qué haces esas cosas?

Erika: Lo lamento, mamá. De verdad.

La hija Kohut es la prueba irrefutable del amor doliente, ardiente y devorante. No hay un parámetro específico que indique que una u otra es sádica o masoquista, ya que ambos rasgos son ejercidos en distinto momento. Lo que sí se puede apreciar es la erotización libidinal de los cuerpos. La sangre las une, ellas se unifican, por lo que una cama es suficiente para las dos. Cada golpe lanzado une las pieles, y el uso de un objeto, adorna el territorio de la fusión con el sello del amor. El factor específico que marca el desasimiento o retorno de la mujer al vínculo con la madre es la castración. Entre **ser o no ser** el falo de la madre, Erika apuesta a serlo y por lo tanto, ser del Otro materno. Entre **tener o no tener** el falo, la pianista encuentra como salidas, la inhibición sexual exacerbada, la permanencia de un objeto de amor homosexual y finalmente, la construcción de la feminidad y la maternidad quedan en suspenso, al no concretarse la sustitución simbólica de un deseo por otro. Las marcas en el cuerpo son un acto de ausencia, algo falta. Los cortes exclaman un corte mayor, la castración como un acto simbólico a un objeto imaginario. No hay eco doble que reitere el mensaje *No reintegrarás tu product*

dirigido a la mamá cocodrilo y *No te acostarás con tu madre*, dirigido a la niña Kohut. El padre que encarna con su humilde presencia al padre simbólico y que es agente de este acto murió completamente trastornado en el manicomio estatal Steinhof, pero aún vivo, cuando Erika apareció, él desapareció. Hablar de la madre-hija implica nombrar al tercero de la tríada simbólica, que en éste caso se encontró fuera de sí, fuera del vínculo madre-hija. Vivo o muerto el padre, no tenía un lugar.

El estrago madre-hija como un hecho consumado, las consume dentro de una casa, que con paredes frías y lúgubres protegen y encarcelan. Ambas han consagrado un pacto de exclusividad sin terminación, edificando un muro donde nadie pasa y todo puede pasar. La interferencia de un tercero no cabe, estorba, es el extranjero que no entra en el elevador, al piso edípico que pudiese desterrar a la madre. Es un pacto gozoso, donde Walter Klemmer es el huésped pesado e incómodo, porque no se quita de en medio de las Kohut. Sólo pueden ser dos.

Para la madre la figura masculina perturba a su pequeña Erika. Por tal razón, ella califica y descarta. Analiza y rechaza, lo que en sí, resulta prohibido, porque rompe el pacto. El primer encuentro Madre-Erika-Klemmer, resulta significativo, porque se desarrolla en el elevador, donde no dejan espacio para nadie, sólo caben ellas. En los tres pisos edípicos lo encuentran, pero siempre afuera. En el concierto privado Erika Kohut y Walter Klemmer entablan una conversación que la madre vigila con sagaz atención. El joven apasionado por la música y el deporte, desarrolló al instante la fascinación y el febril deseo de posesión de la profesora. Él querrá ser el maestro en el arte del amor, pero con prontitud sabrá que se entromete en una relación, donde nada sustituye a la madre, es única.

Erika hace uso de Klemmer como un artefacto para desafiar el poder materno y quizás ocupar un lugar diferente en el mundo. Ella siempre ha sido la hija y no la

madre, amiga, hermana, novia, esposa... Erika sólo será esclava de la madre, no de Klemmer, aunque él y ella lo hayan fantaseado. Frente a la madre, la pianista queda corta, cortada en su deseo y su cuerpo. En contraposición al deseo, se encuentra el goce como algo subjetivo e inefable, que tiene que ver con el cuerpo como una propiedad del que goza el Otro. El imperativo ¡Goza, porque no mereces algo más!, es un mandato que se vocifera con el actuar de los protagonistas. Nadie queda exento de la tiranía del Superyó, ni mucho menos, de la ignorancia de sí.

4.3 Una versión descarnada de la sexualidad

Escrupulosidad y pulcritud son actos que contrastan con el desbordante mundo subjetivo de la maestra. La versión de la sexualidad que habita su cuerpo, hace de ella un objeto descarnable. El verso de la perversión se encuentra en la carta que el amado Walter Klemmer lee en voz alta, ya que Erika no es capaz de apalabrar la fantasía masoquista que la ocupa. Haneke, (2001), condensa la escena con la siguiente lectura:

Y si te pido que me des una paliza, agárrame de la cintura fuertemente y apriétame para que puedas hacerlo. Después quiero que me penetres por la boca. Penétrame tan fuerte que no pueda decir nada. Después, quítate el pantalón y siéntate sobre mi cara. Después, pégame en el estómago para obligarme a meterte mi lengua por detrás... Quiero que me amarres los pies y las manos por detrás. Y esconde la llave del cuarto de mi madre. Al fin y al cabo no podrá entrar a mi recámara. No te preocupes por ella, es mi problema. Llévate todas las llaves del departamento y no dejes ninguna aquí. Si alguna vez te das cuenta de que no te obedezco pégame, por favor. Ya sea

con el puño cerrado en la cara. Pregúntame ¿por qué no me quejo con mi madre?, o ¿por qué me dejo golpear? Dime eso para que veas que soy una porquería.

En efecto, es pianista no poeta, pero logra transmitir aquello que no puede verbalizar, exaltando lo ominoso. Después de todo, el vínculo madre-hija es tan estrecho que el mundo simbólico no cabe. Ni el padre, Walter o la palabra habrán de entrar en aquella relación asfixiante. La palabra imposibilitada apacigua el deseo e incita a gozar hasta que el cuerpo soporte. La carta es el eco del Superyó aniquilante y estragante que arrastra a la pianista por los barrancos de la pulsión de muerte, donde masoquismo y sadismo se hacen presentes. La maestra exige ser castigada sin miramiento. Quedar inmovilizada, golpeada, ignorada y burlada son las instrucciones de la carta para lograr desintegrarse, como sucede frente a la madre.

La Sra. Kohut resguarda la castidad de su siempre niña, con llamadas insistentes, reproches incisivos e innumerables destrozos de ropaje. No deja duda que siempre pretenderá saber dónde estuvo y estará su retoño. Es una mamá cocodrilo que regurgita a Erika una y otra vez, sin que por lo menos un objeto concreto la detenga, como podría ser una cama o un cerrojo en la recámara de la pianista. Ambas duermen en el mismo lecho y los deseos íntimos han de ser guardados, ya que la cama está hecha para dormir. Aunque las manos de la maestra Erika, son para enseñar, no para disfrutar de sí misma, cuando “duerme con su madre”, no cabe la posibilidad de detener la perversión de la alcoba.

Ser la hija de tigre pintita no sólo posibilita a Erika Kohut posicionarse en el lugar adecuado para ser aplastada, sino además sabe y puede aplastar. Desde su profesión pedagógica es diestra y siniestra aplicando crueles correctivos verbales a sus alumnos. En este sentido, ella no es diferente a la sádica madre, sólo que frente

a la madre será siempre la alumna. Erika arremete con furia contra quien tiene acceso, a lo que le está prohibido. El afán devastador de destruir lo que no puede ser, la lleva a orinar en el autocinema para interrumpir a la pareja o a introducir vidrios de un vaso en el abrigo de otra joven pianista, para cortar su posible éxito en el futuro.

El sadismo que ejerce contra su amado Klemmer tiene forma de sirena. El arte de la pianista, lo seduce de tal forma, que él hará todo para conquistarla, pero muy pronto descubre que la mujer tiene cola de pez, y eso lo dejará en suspenso hasta el último momento del filme. En el baño del conservatorio, en el hockey sobre hielo y en la habitación de Erika, él quiere algo, mientras que ella no está dispuesta a entregarlo. Él empieza a reconocer el abismo de la sirena, porque va cayendo en aquel. La maestra toma el control del alumno y le da las instrucciones precisas del amor. La sirena ha atacado y el queda atrapado.

Erika había estado esperando a Walter Klemmer antes de conocerlo, por lo que sin miramiento, ella le otorga en la carta la posibilidad de destrucción y desprecio de su persona. Sin embargo, desde la condición sádica de él, querrá ser el amo objetando cualquier mandato. No pega y se va. En eso consiste su sadismo frente a la masoquista. Ella exige, él niega. Erika niega, Klemmer exige. Ambos quedan entramados en una relación sadomasoquista. Cuando el manuscrito aterriza en lo real, ella permanece sin aliento porque sólo carne queda. Finalmente, la madre y la hija reiteran el daño que produce la figura masculina. Para la maestra Kohut, todo camino que no conduce directamente a los tentáculos de la mamá pulpo, resulta desgarrador. El cuerpo a despedazar es el territorio perfecto para dejar la huella que aúna pulsión de muerte con el acto libidinal. Entre más se entrega a la madre o al amante, más destrozada resulta, porque la voracidad del amo frente al

esclavo no tiene límite. Sin embargo, Erika fracasa al intentar poseer a alguien. El amo y el discípulo quedan fuera de su alcance. El valor erógeno del dolor hace de la pianista, una masoquista por excelencia. Aunque la madre se opone a la manifestación de la sexualidad de Erika, la pianista sólo puede ocultar sus fantasías y prácticas sexuales como el voyeurismo, masoquismo, exhibicionismo..., que tienen como fondo el castigo. Si la película exhibe una realidad devastadora, tras telón existe un escenario aún más catastrófico y desconocido para cada personaje. El psicoanálisis lo llama inconsciente.

El objeto punzón cortante que está destinado a su cuerpo (la hoja de afeitar o el cuchillo de la cocina), le permite reconocer el límite corporal, que con frecuencia infringe. La escena del baño donde corta su genital o el acto final, donde se clava el cuchillo entre el hombro y el corazón, son muestra de lo que no puede decir por fallas en la simbolización de la metáfora paterna, pero que ofrece al espectador con cuadros fílmicos la posibilidad de descifrar.

El vínculo madre-hija oscila de forma intempestiva entre la tragedia y la comicidad. La pianista es un drama que puede conmover a hijas e hijos porque algo de la realidad se sacude. Finalmente, hay una madre en cada uno. El acto estragante es reiniciado sin cesar, creando un huracán que devora y entre más devora más crece. Los caminos hacia el estrago madre-hija son diversos, no sólo por la identificación inherente al sexo, sino por un pacto de exclusión gozosa y de complementación donde la madre *tiene* el falo y la hija ocupa el lugar de falo de la madre, es el *falo*. Ambas son participes del intenso amor y odio que juegan. Cabe señalar que más que ser una relación insoportable, es perfectamente soportable, porque una no se mueve sin la otra. Cada una es un soporte para existir y permitir que las rotas se junten para romperse aun más. Si tanto amor mata, ambas se

encuentran enterradas en un amor doliente. La persistencia por colmar a la otra fracasa y lacera profundamente al monstruo bicéfalo. Un cuerpo para dos en constante estado de gestación, donde nadie ha nacido. Aún cuando la pianista deja ver con angustia el constante desencuentro con la madre, resulta impensable la separación. No se encuentra habilitado un proceso de discriminación corporal y psíquica, por lo que quizá lo insoportable sería verse fuera del vínculo, que en todo caso, mejor muerta que pérdida. Es decir, Erika se perdería al no soportar no ser para la madre, no tener dueño. Mientras que la madre no soportaría verse en la pérdida del falo, su hija. Ambas han concretado una relación perversa, más que de codependencia.

4.4 La responsabilidad subjetiva

Michael Haneke concluyó *La pianista*, evidenciando una vez más, la destrucción que Erika Kohut invierte hacia ella misma, con el fin de apaciguar aquello que la devora internamente y que además desconoce. Sin embargo, él no define concretamente el futuro para el vínculo madre-hija, aunque a los largo de la película, lo anuncia. Surge la pregunta que sólo el espectador puede responder según su mirada, ¿Qué más viene para la madre y la hija? En éste vínculo estragante cada día se prepara algo nuevo que se repite compulsivamente. Se renueva la presencia voraz del Superyó que exige ir más allá del principio del placer, donde reina la pulsión de muerte, el goce. Lo inagotable del vínculo, queda puesto en escena.

Aunque la clínica psicoanalítica reconoce la división de aquel ser parlante que vuelca en su discurso aquello que no quiere saber que sabe, el sujeto no queda exento de responder por aquello que lo habita, porque apostar por un saber quizá daría una posible de elección. En este sentido, cada personaje de *La pianista* es presa de la ignorancia y no una víctima a rescatar o una verdugo a sosegar. La posición que ocupan los protagonistas es perfecta para elaborar un drama que no es ajeno a la realidad, ya que cada personaje sin saberlo entra en la dinámica del otro.

Walter Klemmer vio en Erika a una figura de autoridad, a la que haría caer de su posición. Sin embargo, para ella, él no es más que un instrumento a su devastador goce. El desenlace, hace ver como el joven cae en la trampa obscena de la sirena y vuelve a ser aprendiz que juega a ser amo. El joven cae presa de sí mismo, al ignorar que su respuesta es obra de un mandato interno, que también lo devasta. La madre y Klemmer coinciden en disputar a Erika, pero si ella se entrega a él, se vacía y ha de pagar la ruptura del pacto gozoso.

Erika Kohut sabe que lo materno la devorará, pero aun con este escenario ominoso, sólo la música es un rayo de luz que apacigua la voracidad, mas no le alcanza el arte para salir del estrago. Ciertamente, es asunto de la hija desasirse de aquella influencia intensa y no dominada, que la arrastra como un desecho. No basta el reproche, la queja o la agresión hacia la figura materna, porque el deseo de ser deseada e intentar cumplir la demanda del Otro, la deja enajenada.

La señora Kohut sólo puede ser vista en la película como una madre sin nombre. Cada vez que Erika intenta salir de sus entrañas, el cordón umbilical enredado en el cuello, la regresa. El lazo de sangre que las encadena, las lastima y las hace gozar compulsivamente. La madre se esfuerza por saber cada paso dado por Erika, quedando atrapada en la constante persecución. Efectivamente, la madre

también es presa de sí misma, al no poder escapar de la vigilancia que ejerce hacia Erika.

Una pregunta central dentro de la tesis es: ¿Por qué perdura el vínculo estragante en *La pianista*? Cuestión que resulta incierta, ya que la presente tesis invoca a mirar un filme e interpretarlo, mientras el psicoanálisis invoca a escuchar los significantes, que velan una realidad subjetiva que habita a cada analizante. Lo único que puede ofrecer la presente tesis es una recopilación teórica del vínculo madre-hija y una mirada particular de la película, hecho que no resulta menor.

Desde la teoría psicoanalítica, se puede pensar el estrago en el vínculo madre-hija advirtiendo conceptos como pulsión de muerte, Superyó, goce, masoquismo, sadismo, entre otros. El Superyó respaldado por la pulsión de muerte, evidencia el mandato avasallador y compulsivo al goce, desbordando al sujeto por el camino de lo inapalabrable del cuerpo, donde sólo se hace escuchar a través del sufrimiento. El sadismo y el masoquismo son la manifestación errante y aniquilante de sujeto, cuando no existe un interdicto que prohíba a la hija ser el *falo* y a la madre *tener* el falo. Ser o no ser, más valdría estar muerta, pero ni en aquel sentido, Erika Kohut lo decide. Por ello, la castración como un acto simbólico a un objeto imaginario, sólo alcanza sentido cuando se introduce al padre como una figura emblemática por su valor metafórico en el complejo de Edipo. Reitero, hablar del vínculo madre-hija remite a un tercer elemento antes del padre, el falo. Finalmente, se trata de exponer una problemática en la relación madre-hija y sus respectivas consecuencias cuando se retorna a lo materno, en tanto un lugar necesario, pero prohibido.

REFERENCIAS

- ψ Amez, M., Andino, L., Barragán, C., Bravo, R., Broco, M., Cino, S, et al. (1994). *Objeto y castración en psicoanálisis*. Madrid: Editorial Grupo Cero.

- ψ Assoun, P. (2004). *Lacan* (Irene Agoff, Trad.). Buenos Aires: Amorrortu editores.

- ψ Batla, E., Criscaut, J., Favret, E., Freid, S., Nemaric, A., Rossi, L. & Valla, D. (1997). *Un estrago. La relación madre-hija*. Argentina: Ed. Vigencia.

- ψ Brodsky, G. (1994). *Sexualidad femenina*. Argentina: Escuela de Orientación Lacaniana.

- ψ Dor, J. (1995). *Introducción a la Lectura de Lacan*. España: Gedisa.

- ψ Freud, S. (1972). Proyecto de psicología para neurólogos. En J. Strachey (Trad.), *Obras completas. Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en la vida de Freud* (Vol. 1, pp. 323-393). Buenos Aires: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1895).

- ψ Freud, S. (1972). Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica. En J. Strachey (Trad.), *Obras completas. Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras* (Vol. 14, pp. 259-272). Buenos Aires: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1915).

- ψ Freud, S. (1972). 13ª conferencia. Rasgos arcaicos e infantilismo del sueño. En J. Strachey (Trad.), *Obras completas. Conferencias de introducción al psicoanálisis (Parte I y II)* (Vol. 15, pp. 182-194). Buenos Aires: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1916).

- ψ Freud, S. (1972). 21ª conferencia. Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales. En J. Strachey (Trad.), *Obras completas. Conferencias de introducción al psicoanálisis (Parte III)* (Vol. 16, pp. 292-308). Buenos Aires: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1917).

- ψ Freud, S. (1974). «Pegan a un niño» Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales. En J. Strachey (Trad.), *Obras completas. De la historia de una neurosis infantil y otras obras* (Vol. 17, pp. 173-200). Buenos Aires: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1919).

- ψ Freud, S. (1974). Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina. En J. Strachey (Trad.), *Obras completas. Más allá del principio del placer. Psicología de las masas y análisis del yo y otras obras* (Vol. 18, pp. 137-164). Buenos Aires: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1920).

- ψ Freud, S. (1974). Sueño y telepatía. En J. Strachey (Trad.), *Obras completas. Más allá del principio del placer. Psicología de las masas y análisis del yo y otras obras* (Vol. 18, pp. 185-211). Buenos Aires: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1922).

- ψ Freud, S. (1974). El yo y el ello. En J. Strachey (Trad.), *Obras completas. El yo y el ello y otras obras* (Vol. 19, pp. 1-66). Buenos Aires: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1923).

- ψ Freud, S. (1974a). El problema económico del masoquismo. En J. Strachey (Trad.), *Obras completas. El yo y el ello y otras obras* (Vol. 19, pp. 161-176). Buenos Aires: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1924).

- ψ Freud, S. (1974b). El sepultamiento del complejo de Edipo. En J. Strachey (Trad.), *Obras completas. El yo y el ello y otras obras* (Vol. 19, pp. 177-187). Buenos Aires: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1924).

- ψ Freud, S. (1974). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. En J. Strachey (Trad.), *Obras completas. El yo y el ello y otras obras* (Vol. 19, pp. 259-276). Buenos Aires: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1925).

- ψ Freud, S. (1974). Sobre la sexualidad femenina. En J. Strachey (Trad.), *Obras completas. El porvenir de una ilusión. El malestar en la cultura y otras obras* (Vol. 21, pp. 223-244). Buenos Aires: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1931).

- ψ Freud, S. (1974). 33ª conferencia. La feminidad. En J. Strachey (Trad.), *Obras completas. Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras* (Vol. 22, pp. 104-125). Buenos Aires: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1933).

- ψ Freud, S. (1975). Esquema del psicoanálisis. En J. Strachey (Trad.), *Obras completas. Moisés y la religión monoteísta. Esquema del psicoanálisis y otras obras* (Vol. 23, pp. 133-209). Buenos Aires: Amorrortu editores. (Trabajo original publicado en 1940).

- ψ Gerez, M. (2000). *Imperativos del superyó. Testimonios clínicos*. Buenos Aires: Lugar editorial.

- ψ Haneke, M. (Guionista/Director). (2001). *La pianista* [Cinta cinematográfica]. Austria / Francia: MK2 Productions.

- ψ Jarque, C & Burgos, L. (2010). *La madre estrago*, Toledo: Ed. Ledoria.

- ψ Jelinek, E. (1983). *La pianista* (Pablo Diener Ojeda, Trad.). Barcelona: Random House Mondadori

- ψ Kait, G. (1996). *Sujeto y fantasma. Una introducción a su estructura*. Argentina: Editorial fundación Ross.

- ψ Lacan, J. (1954-1955). Introducción del Gran Otro (Irene Agoff, Trad.). En J-Alain Miller. *El seminario de Jacques Lacan. Libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica* (Cap. 19, pp. 353-370). Argentina: Ed. Paidós.

- ψ Lacan, J. (1956-1957). Las tres formas de la falta de objeto (Enric Berenguer, Trad.). En J-Alain Miller. *El seminario de Jacques Lacan. Libro 4: La relación de objeto* (Cap. 2, pp. 27-41). Argentina: Ed. Paidós.

- ψ Lacan, J. (1956-1957). La dialéctica de la frustración (Enric Berenguer, Trad.). En J-Alain Miller. *El seminario de Jacques Lacan. Libro 4: La relación de objeto* (Cap. 4, pp. 61-77). Argentina: Ed. Paidós.

- ψ Lacan, J. (1956-1957). La primacía del falo y la joven homosexual (Enric Berenguer, Trad.). En J-Alain Miller. *El seminario de Jacques Lacan. Libro 4: La relación de objeto* (Cap. 6, pp. 97-112). Argentina: Ed. Paidós.

- ψ Lacan, J. (1956-1957). Pegan a un niño y la joven homosexual (Enric Berenguer, Trad.). En J-Alain Miller. *El seminario de Jacques Lacan. Libro 4: La relación de objeto* (Cap. 7, pp. 113-132). Argentina: Ed. Paidós.

- ψ Lacan, J. (1956-1957). Dora y la joven homosexual (Enric Berenguer, Trad.). En J-Alain Miller. *El seminario de Jacques Lacan. Libro 4: La relación de objeto* (Cap. 8, pp. 133-149). Argentina: Ed. Paidós.

- ψ Lacan, J. (1956-1957). El falo y la madre insaciable (Enric Berenguer, Trad.). En J-Alain Miller. *El seminario de Jacques Lacan. Libro 4: La relación de objeto* (Cap. 11, pp. 181-198). Argentina: Ed. Paidós.

- ψ Lacan, J. (1956-1957). Del complejo de castración (Enric Berenguer, Trad.). En J-Alain Miller. *El seminario de Jacques Lacan. Libro 4: La relación de objeto* (Cap. 13, pp. 217-232). Argentina: Ed. Paidós.

- ψ Lacan, J. (1957-1958). La metáfora paterna (Enric Berenguer, Trad.). En J-Alain Miller. *El seminario de Jacques Lacan. Libro 5: Las formaciones del inconsciente* (Cap. 9, pp. 165-183). Argentina: Ed. Paidós.

- ψ Lacan, J. (1957-1958). Los tres tiempos del Edipo (Enric Berenguer, Trad.). En J-Alain Miller. *El seminario de Jacques Lacan. Libro 5: Las formaciones del inconsciente* (Cap. 10, pp. 185-202). Argentina: Ed. Paidós.

- ψ Lacan, J. (1957-1958). Los tres tiempos del Edipo (II) (Enric Berenguer, Trad.). En J-Alain Miller. *El seminario de Jacques Lacan. Libro 5: Las formaciones del inconsciente* (Cap. 11, pp. 203-219). Argentina: Ed. Paidós.

- ψ Lacan, J. (1957-1958). De la imagen al significante en el placer y en la realidad (Enric Berenguer, Trad.). En J-Alain Miller. *El seminario de Jacques Lacan. Libro 5: Las formaciones del inconsciente* (Cap. 12, pp. 221-240). Argentina: Ed. Paidós.

- ψ Lacan, J. (1957-1958). El deseo y el goce (Enric Berenguer, Trad.). En J-Alain Miller. *El seminario de Jacques Lacan. Libro 5: Las formaciones del inconsciente* (Cap. 14, pp. 259-276). Argentina: Ed. Paidós.

- ψ Lacan, J. (1957-1958). La niña y el falo (Enric Berenguer, Trad.). En J-Alain Miller. *El seminario de Jacques Lacan. Libro 5: Las formaciones del inconsciente* (Cap. 15, pp. 277-294). Argentina: Ed. Paidós.

- ψ Lacan, J. (1957-1958). Las insignias del Ideal (Enric Berenguer, Trad.). En J-Alain Miller. *El seminario de Jacques Lacan. Libro 5: Las formaciones del inconsciente* (Cap. 16, pp. 295-309). Argentina: Ed. Paidós.

- ψ Lacan, J. (1957-1958). Los sueños de “agua mansa” (Enric Berenguer, Trad.). En J-Alain Miller. *El seminario de Jacques Lacan. Libro 5: Las formaciones del inconsciente* (Cap. 21, pp. 379-394). Argentina: Ed. Paidós.

- ψ Lacan, J. (1969-1970). Edipo, Moisés y el padre de la horda (Enric Berenguer y Miguel Bassols, Trad.). En J-Alain Miller. *El seminario de Jacques Lacan. Libro 17: El reverso del psicoanálisis* (Cap. 7. pp. 107-124). Argentina: Ed. Paidós.

- ψ Lacan, J. (1972-1973). Del goce (Enric Berenguer y Miguel Bassols, Trad.). En J-Alain Miller. *El seminario de Jacques Lacan. Libro 20: Aún* (Cap. 1. pp. 9-22). Argentina: Ed. Paidós.

- ψ Lacan, J. (1975). Conferencia en Yale (Ana María Gómez, Trad.). *Scilicet 6/7*. París: Editions du Seuil.

- ψ Lacan, J. (1985). *Intervenciones y Textos 1* (Diana Rabinovich, Trad.). Argentina: Ed. Manantial. (Trabajo original publicado en 1957).

- ψ Lacan, J. (2005). *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*. En A. Alatorre, (Trad.). Francia: Siglo veintiuno editores. (Trabajo original publicado en 1932).

- ψ Lacan, J. (2005). La significación del falo. En T. Segovia, (Trad.), *Escritos* (Tomo II, pp. 665-675). Buenos Aires: Siglo veintiuno editores. (Trabajo original publicado en 1958).

- ψ Masotta, O. (1992). *Lecturas de psicoanálisis. Freud, Lacan*. Argentina: Ed. Paidós.

- ψ Miller, J-Alain. (1984). El atolondrado, el atolondradicho o las vueltas dichas, por Jacques Lacan. En Delmont, Ravinovich y Sucre, (Trad.). *Escansión* (Vol. 1, pp. 17-69). Barcelona: Paidós. (Trabajo original publicado en 1972).

- ψ Miller, J. (1986). *Recorrido de Lacan. Ocho conferencias* (Diana Ravinovich, Trad.). Argentina: Manantial.

- ψ Nasio, J. (1993). *Cinco lecciones sobre la teoría de Jacques Lacan*. En G. Klein, (Trad.). España: Gedisa editorial.

- ψ Nasio, J. (1996). *Enseñanza de 7 Conceptos Cruciales del Psicoanálisis*. En G. Klein, (Trad.). España: Gedisa editorial.

- ψ Sau, V. (1995). *El vacío de la maternidad. Madre no hay más que ninguna*. España: Editorial Icaria.

- ψ Vallejo, A. (1987). *Vocabulario Lacaniano*. Argentina: Helguero Editores.

- ψ Vasallo, V. (2005, noviembre). El concepto de madre en Melanie Klein y en Lacan. *Revista Letras Psicoanalíticas*. Extraído el 3 de agosto de 2011 desde http://www2.kennedy.edu.ar/departamentos/psicoanalisis/articulos/concep_madre.pdf

ANEXO

GLOSARIO

Acting out: Recurso contra la angustia, que supone un mensaje dirigido al Otro. Se produce cuando la negativa del Otro a escuchar hace imposible el recuerdo. Cuando el Otro se ha vuelto sordo, el sujeto no puede transmitirle un mensaje en palabras y termina actuando. Es una demanda de simbolización que se dirige al Otro. El sujeto que envía un mensaje cifrado al Otro, no es consciente del contenido del mensaje, ni mucho menos que sus acciones lo expresan.

Agente: Aquel que produce un efecto en la frustración, la privación o la castración. De acuerdo a la categoría de la falta de objeto, el agente puede ser real, simbólico o imaginario.

Arte: Acto o producto mediante el cual el ser humano tiene como finalidad estética o comunicativa, expresar ideas, emociones o una visión del mundo. La clasificación utilizada en la Grecia antigua incluía seis disciplinas dentro del arte: la arquitectura, la danza, la escultura, la música, la pintura y la poesía (literatura). Más adelante, comenzó a incluirse al cine como el séptimo arte.

Freud valoró el arte como una de las grandes instituciones culturales de la humanidad. Él vinculó la creación artística con la sublimación, ya que la libido sexual es reorientada hacia metas no sexuales. La obra de arte revela algunas verdades sobre la psique humana en general y algunos elementos de la psique del artista en

particular. Aunque Lacan coincide en la sublimación, descarta toda posibilidad de poder abordar la psicología del artista.

Che vuoi?: El sujeto pronto comprende que el deseo de la madre está más allá de él, y por lo tanto trata de descifrar ese deseo enigmático. Él pregunta *Che vuoi?* (¿Qué quieres de mí?) y la madre le responde con la misma pregunta. Al recibir el sujeto su propio mensaje en forma invertida, elabora una respuesta que se encuentra ligada al falo imaginario. Mientras la madre desea el falo, el sujeto desea ser el deseo de ella.

Complejo de Castración: De acuerdo a Sigmund Freud, es el momento en que el sujeto descubre la diferencia anatómica entre los sexos y se cambia de la teoría universal “todos tienen pene” a “las mujeres han sido castradas”. Él sostenía que el complejo de castración está estrechamente vinculado al complejo de Edipo. Mientras que para el niño el complejo de castración es el punto de salida del complejo de Edipo, en la niña es el punto de entrada y no tiene ninguna crisis terminal definitiva comparable con la del varón.

En la obra de Jacques Lacan, la castración es una de las tres formas de falta de objeto, siendo las otras dos la frustración y la privación. Él descarta la explicación de castración de la dimensión anatómica y la asume como el pivote del complejo de Edipo. Para Lacan la castración es un acto simbólico que incide sobre un objeto imaginario e indica el momento final del complejo de Edipo en ambos sexos. En los tres tiempos edípicos, la castración propiamente dicha, sólo se realiza en el último tiempo, cuando el padre real interviene, demostrando que realmente tiene el falo.

El uso del término “castración” en Lacan puede referir a dos operaciones: Por un lado, la castración/ privación del padre imaginario a la madre fálica, que no *tiene*

el falo, y por el otro, la castración al sujeto, al no ser el falo para la madre. La posición incestuosa que se configura en el ternario imaginario, será rota por el padre simbólico, para dar lugar al padre real, en tanto agente de la castración. Ambas formas de castración, tienen un efecto normalizador en la estructura y la identidad sexual del sujeto. Las estructuras clínicas –neurosis, psicosis y perversión– se definen en base a la castración.

Complejo de Edipo: Fue definido por Sigmund Freud como un conjunto inconsciente de deseos amorosos y hostiles que el sujeto experimenta con la figura materna y paterna; el sujeto desea a un progenitor y entra en rivalidad con el otro. El complejo aparece aproximadamente en el tercer año y declina en el quinto.

Jacques Lacan ofreció una concepción diferente del complejo de Edipo. Para él, todo sujeto siempre desea a la madre, y el padre resulta ser el rival. El Edipo es la estructura triangular paradigmática que expone el pasaje del orden imaginario al orden simbólico, a través de tres tiempos lógicos. El falo primero y el padre después, serán quienes tercieen la relación del sujeto con su madre. En el primer tiempo el sujeto, el falo y la madre conforman el ternario imaginario, en el segundo tiempo el padre imaginario priva al sujeto de *ser* el falo y a la madre de *tener* el falo, mientras que en el tercer tiempo, el padre real entra para castrar al sujeto en su insistencia de tratar de *ser* el falo para la madre, quedando liberado de la tarea imposible de ser el objeto fálico. Esto genera una identificación secundaria (simbólica) con el padre, que forma parte del Superyó.

Resulta más exacto representar el complejo de Edipo como una transición desde un triángulo preedípico (madre-hijo-falo) a un cuaternario edípico (madre-hijo-padre-falo).

Demanda: Surge en el momento que el infante desamparado articula con el grito sus necesidades al Otro. La acción específica que ejecuta el agente adquiere doble valor, ya que satisface la necesidad y da prueba del amor del Otro. La demanda no sólo es la manifestación de una necesidad a cubrir, sino también una demanda de amor incondicional.

Deseo: La doble función de la demanda, da origen al deseo, puesto que las necesidades que la demanda expresa pueden satisfacerse, pero el anhelo de amor es incondicional e insatisficible; por lo que persiste como un resto pese a la satisfacción de la necesidad. El resto insaciable es el deseo en sí. Contrario a la tensión intermitente de la necesidad, el deseo es una fuerza constante que nunca puede ser satisfecha.

Deseo de la Madre: Cuando la niña descubre que no tiene pene, se siente privada e intenta compensar esta falta con un hijo. Sin embargo, este sustituto jamás satisface a la madre, por lo que el deseo del falo persiste y el sujeto da cuenta que el deseo de la madre va más allá de él, intentando a toda costa obturar la falta materna, ser el deseo de ella. Para Lacan el deseo de la madre resulta enigmático, inalcanzable y no es algo que pueda soportarse tal cual, ya que siempre produce estragos.

Ello: Es una de las tres instancias psíquicas que forman la segunda tópica freudiana – Yo, Ello y Superyó. Es concebido como un conjunto de contenidos de naturaleza pulsional y totalmente inconscientes. Es una fuerza desconocida e incontrolable, que tiene como sede a la pulsión de vida y de muerte.

Estrago: El significado de esta palabra remite a la ruina, la devastación o al daño causado con violencia. Es el término utilizado por Jacques Lacan para definir el vínculo madre-hija y sus inadvertidas consecuencias.

Falo: En la obra de Freud aparece como sinónimo de pene y se mantiene como un atributo que genera consecuencias psíquicas en todo ser humano. Lacan optó por hacer uso del término “pene” como apéndice biológico, y “falo” para las funciones imaginaria y simbólica de este órgano. Bajo los tres registros, el pene sólo entra como atributo imaginario, mientras que el falo imaginario (ϕ) posee tres factores (anatómico, libidinal y fantasmático) y el falo simbólico puede ser contemplado como objeto intercambiable, el patrón que garantiza la operación conmutativa y el significante de la ley de interdicción.

Para Lacan el falo es el significante fundamental que en la estructura edípica determina la subjetividad en ambos sexos. En la fase preedípica el falo imaginario circula entre la madre y el sujeto. La madre desea el falo y el niño percibe que este objeto va más allá de él e intenta satisfacer el deseo de ella, identificándose con aquel. El padre interviene en la tríada imaginaria, castrando a la madre y al sujeto. La renuncia del sujeto a ser el falo imaginario posibilita el camino a una relación con el falo simbólico. Mientras el complejo de Edipo y el complejo de castración giran en torno al falo imaginario, la pregunta por la diferencia sexual gira en torno al falo simbólico. El falo marca la forma de organización, sea ésta imaginaria o simbólica, que regula la estructura del sujeto, como lo suscribe el “*ser*” el falo y “*tener*” el falo.

Falta: Designa principalmente una falta de ser por lo cual el ser existe. La falta de ser se relaciona con el deseo, mientras la falta de tener se relaciona con la

demanda. Existen tres tipos de falta de objeto (frustración, privación y castración), según el registro en que se encuentre el objeto y el agente.

Fase preedípica: Para Freud es el período de desarrollo psicosexual anterior a la formación del complejo de Edipo, mientras que para Lacan, es el primer tiempo del complejo de Edipo y se encuentra conformado por la madre, el falo y el sujeto. La fase preedípica prepara el camino al Complejo de Edipo y todas las perversiones se originan en ella.

Frustración: En la obra de Jacques Lacan, es una de las tres faltas de objeto (frustración, privación y castración), que está en el núcleo de la relación primordial entre la madre y el sujeto. La frustración no tiene que ver con las necesidades biológicas, sino con la demanda de amor. Se parte de un objeto real (pecho, biberón) y un agente simbólico (madre). Los objetos provenientes de la madre que satisfacen inicialmente una necesidad, adquieren un valor de don, en tanto un símbolo de amor de ella y la satisfacción de la necesidad inicial queda en segundo lugar. Se da un vuelco, donde la madre simbólica se convierte en una potencia real y los objetos que satisfacían la necesidad en símbolos del amor de la madre.

La falta del don gratuito sólo tiene sentido en la medida que el sujeto reivindica el objeto. Es decir, considera exigible por derechos esos objetos que son negados. Aún cuando la necesidad sea satisfecha, la sensación de injusticia persiste en el sujeto, por la denegación de amor. La frustración como tal, se define como la falta imaginaria de un objeto real.

Goce: El concepto de goce implica la idea de una transgresión de la ley, ya sea por desafío, sumisión o burla. De manera permanente, el goce apunta a exceder los límites del principio de placer, donde la avasalladora pulsión de muerte es

convocada. De tal forma que, el principio del placer es una ley que le ordena al sujeto gozar lo menos posible, ya que más allá del principio del placer, no resulta más placer, sino sufrimiento. Al placer doloroso Lacan lo denomina goce. Ante este hecho, él ratificó que el Superyó es el imperativo del goce, ya que apuntó a que el goce se sostiene de la obediencia del sujeto a un mandato, que inevitablemente lo lleva, a abandonar su deseo y destruirse en la sumisión del gran Otro.

Ideal del yo: Al igual que el Superyó, el Ideal del yo se relaciona con la declinación del complejo de Edipo y con la identificación con el padre. El Ideal del yo ejerce una presión consciente a favor de la sublimación y proporciona las coordenadas que le permiten al sujeto asumir una posición sexual como hombre o mujer.

Identificación: Es la transformación que se produce en el sujeto cuando asume una imagen de otro sujeto como suya. Es decir, reconocerse en esa imagen y apropiarse como si fuera uno mismo. La identificación imaginaria o primaria es el mecanismo por el cual se crea el Yo en el estadio del espejo. La identificación simbólica o secundaria surge en la etapa final del complejo de Edipo y da origen al Ideal del yo. La identificación no es una imitación, sino una apropiación en el plano inconsciente.

Inconsciente: Es una localidad psíquica que junto con el consciente y el preconscious, conforman la estructura mental. Una parte del inconsciente connota un conjunto de pensamientos, acciones, emociones o recuerdos expulsados de la consciencia y que pueden retornar de manera distorsionada. La otra parte del inconsciente no resulta accesible a la conciencia, ya que alude a aquello que nunca fue consciente. Es decir, todo lo reprimido es inconsciente, pero no todo lo

inconsciente es reprimido. El material reprimido puede retornar gracias a las leyes (condensación y desplazamiento) involucradas en las formaciones del inconsciente, a saber: el chiste, el sueño, el síntoma y el lapsus. Sin embargo, siempre existe resistencia para llevar a la consciencia recuerdos reprimidos.

Insuficiencias: Escasez de diversas cosas.

Imaginario: En el sentido lacaniano se define como el lugar del Yo por excelencia, con sus fenómenos de ilusión, captación y señuelo. La base del orden imaginario es la formación del Yo en el estadio del espejo y por ello, resulta ser el lugar de las ilusiones del Yo, de la alienación y la fusión con el cuerpo de la madre.

La identificación es un aspecto importante del orden imaginario, puesto que se forma por la identificación con el semejante o la imagen especular. La relación dual entre el yo y el semejante es fundamentalmente narcisista, y el narcisismo constituye otra característica del orden imaginario. Las principales ilusiones de lo imaginario son las de totalidad, síntesis, autonomía, dualidad y por sobre todo, semejanza. Lo imaginario ejerce un poder cautivante sobre el sujeto, pero también discapacitante, ya que aprisiona al sujeto en una serie de fijaciones estáticas.

En relación con la dimensión lingüística, el significante es la base del orden simbólico, mientras que el significado y la significación forman parte del orden imaginario. Cabe señalar que lo imaginario, siempre se encuentra estructurado por lo simbólico.

Jacques Lacan (1901-1981): Jacques-Marie Émile Lacan nació en París el 13 de abril de 1901. Estudió medicina en 1920 y se especializó en psiquiatría en 1926. Él consideró que los psicoanalistas post-freudianos habían distorsionado y parcializado la teoría de Sigmund Freud. Su objetivo no fue reinventar el

psicoanálisis, sino retornar a los textos originales del padre del psicoanálisis, basándose en la filosofía heideggeriana (estatus de la verdad, del ser y de su develamiento), los trabajos de la lingüística saussureana (significante e inconsciente estructurado como un lenguaje) y los de Lévi-Strauss (deducción del registro simbólico y la lectura del complejo de Edipo).

El primer aporte oficial de Jacques Lacan a la teoría psicoanalítica fue el estadio del espejo. También estructuró el funcionamiento mental bajo el registro real, simbólico e imaginario. La corriente representada por los diversos partidarios de Jacques Lacan, tiene como conceptos centrales: Deseo, goce, nudo borromeo, imagen especular, el gran Otro, el pequeño otro, metáfora paterna, deseo materno, entre otros. Lacan consideró que los fundamentos conceptuales del psicoanálisis freudiano son: inconsciente, repetición, transferencia y pulsión.

En 1932 publicó su tesis de doctorado (*De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*), donde exploró el “caso Aimée”, y en 1953 inició su primer seminario público en el Hospital Sainte-Anne. Estos seminarios continuaron durante veintisiete años y fueron su principal plataforma de enseñanza. Lacan fue reconocido como un pensador de envergadura, y no sólo como un maestro del psicoanálisis. Su obra fue leída y comentada por numerosos filósofos. Afectado de trastornos cerebrales y una afasia parcial, murió en París después de la ablación de un tumor maligno de colón, el 9 de septiembre de 1981.

La pianista: Título original: La pianiste. **Dirección:** Michael Haneke. **País:** Austria, Francia. **Año:** 2001. **Género:** Drama. **Guión:** Michael Haneke (Basado en la novela de Elfriede Jelinek, Premio Nobel de literatura 2004). **Producción:** Alain Sarde, Veit Heiduschka, Marin Kamitz. **Dirección de Fotografía:** Christian Berger.

Montaje: Nadine Muse, Monika Willi. **Reparto:** Isabelle Huppert (Erika Kohut), Benoît Magimel (Walter Klemmer), Annie Girardot (La Madre), Anna Sigalevitch (Anna Schober), Susanne Lothar (Sra. Schober), Udo Samel (Dr. Blonskij). **Duración:** 130 min. (Color). **Premios:** Festival de Cannes, Festival Camerimage, Premios César, Festival internacional de Cine de Seattle, Premio Chlotrudis, entre otros.

Madre: Para Freud es el primer objeto de amor que se caracteriza por ser exclusivo, intenso y duradero. Lacan no sólo la concibió como el agente que en primera instancia encarna al Otro, sino como una fuerza absorbente que amenaza devorar al sujeto. La presencia de la madre es la que atestigua el amor, aunque no posea en el momento un objeto que cubra una necesidad. La madre se distingue desde los tres registros. Con el ir y venir de la madre se torna **simbólica** y sólo se vuelve **real** al frustrar la demanda del sujeto. La madre se construye como un agente real que puede dar o quitar, porque es elevada a un estatus de omnipotencia. Se manifiesta en el orden **imaginario** con algunas imágenes, como la mamá cocodrilo, la madre fálica, entre otras.

Metáfora: Es la sustitución de un significante por otro. Sin lugar a duda, la función del padre en el complejo de Edipo, tiene un carácter metafórico.

Metáfora paterna: Supone la sustitución propia del complejo de Edipo de un significante (el deseo de la madre) por otro (el Nombre-del-padre). Toda paternidad involucra una sustitución metafórica y viceversa.

Necesidad: Es un concepto perteneciente al plano biológico. Son tensiones intermitentes que surgen por razones orgánicas y se descargan temporalmente con acciones específicas que le correspondan.

Neurosis: Estructura clínica cuyos síntomas simbolizan un conflicto de origen infantil y que tiene como base la operación de la represión. Las tres formas de neurosis son la histeria, la fobia y la neurosis obsesiva. En la neurosis hay un conflicto entre el Yo y el Ello, y la coexistencia de una actitud que contraría la exigencia pulsional con otra que tiene en cuenta la realidad. La neurosis en sí misma, forma parte de la normalidad, ya que no hay distinción entre el sujeto normal y el neurótico.

Nombre-del-Padre: Es el No del Padre que subraya la función legislativa y prohibitiva del padre simbólico. Además de significar la prohibición edípica, otorga identidad al sujeto al nombrarlo y posicionarlo en el orden simbólico.

Objeto: Hacia donde se dirige el agente en alguna de las tres categorías de la falta de objeto, a saber; La privación, frustración o castración.

Otro: Término utilizado por Lacan para designar un lugar o una localidad simbólica donde se constituye y determina el sujeto. Puede recibir la grafía “gran Otro o “Gran A”, en distinción con el pequeño otro (*a*) que tiene que ver con el semejante y la imagen especular que se inscribe en el orden imaginario. Al ser el Otro una alteridad radical, se equipara con el lenguaje y la ley. El Otro se manifiesta como incógnita y se sitúa como lugar donde se origina la palabra. En sentido secundario, el Otro puede ser encarnado por diversas personas.

Otro materno: Para el infante, es la madre quien encarna la posición del gran Otro al sancionar el grito de la necesidad. En un primer momento se presenta como el mítico Otro completo.

Padre: En la figura del padre se combina la función prohibitiva y la función protectora. Más allá de un mero rival, también resulta el representante del orden

social. Se diferencia en cada uno de los registros. El padre **simbólico** es una posición, que cumple la función de imponer la Ley y regular el deseo en el complejo de Edipo. La función paterna interviene en la relación imaginaria entre la madre y el sujeto, con el fin de introducir una distancia simbólica. Aunque nadie puede ocupar esta posición por completo, sólo el discurso de la madre lo hará entrar en juego, pero de manera velada. En la etapa preedípica, el padre simbólico se encuentra detrás de la madre simbólica funcionando. El padre simbólico también es designado como el Nombre-Del-Padre. El padre **imaginario** es un imago, donde se erige el padre ideal y el padre terrorífico, que dista del padre tal y como es en la realidad. El imago resulta fundamentalmente engañoso y destructor. El padre **real** es el hombre que se dice que es el padre biológico del sujeto. Interviene en el tercer tiempo del complejo de Edipo, en tanto que castra al niño. Este padre es un efecto del lenguaje y por ello puede o no intervenir, con o sin su presencia.

Pasaje al acto: Recurso contra la angustia, que supone la huida respecto del Otro, hacia la dimensión de lo real. Es una salida de la red simbólica en la que el sujeto cae en una situación de ruptura integral, de alienación radical. El pasaje al acto apunta a la violencia de una conducta por la cual el sujeto se precipita a una acción que lo supera: suicidio, delito, agresión. El pasaje al acto es la salida de la escena, es un cruce de lo simbólico a lo real, donde el sujeto queda abolido.

Penisneid: Freud introdujo este concepto para aludir a la envidia del pene por parte de la niña. Al dar cuenta de la diferencia anatómica de los sexos, ella se siente despojada. El penisneid subsiste en la adultez, manifestándose tanto en el deseo de gozar del pene en la cópula, como en el deseo de tener un hijo.

Perversión: El concepto aparece en la literatura psicoanalítica desprovisto de toda connotación peyorativa. Es una estructura clínica que se caracteriza por la operación de la renegación de la castración. El sujeto percibe que la madre carece de falo, y al mismo tiempo se niega a aceptar la realidad de esa percepción traumática. En su relación con la madre, se identifica con el objeto imaginario del deseo, a saber, el falo. El perverso asume la posición del objeto-instrumento de una voluntad de goce que no es suya, sino la del gran Otro.

Privación: En la obra de Jacques Lacan, es una de las tres faltas de objeto (frustración, privación y castración). La privación constituye un intento de teorizar la castración en la mujer y el penisneid. Se define como la falta en lo real de un objeto simbólico (el falo simbólico). Lo que falta no es el órgano real en sí, pues, biológicamente hablando, la vagina no está incompleta por carecer de pene; lo que falta es un objeto simbólico, el falo simbólico. Por ello, la niña puede reemplazar el falo en su naturaleza intercambiable, por el de un hijo.

En primera instancia, la niña culpa a la madre de haberla privado del pene, dando vuelta hacia el padre, del cual espera que le proporcione un sustituto simbólico, el cual es negado. El reproche toca a ambos padres en diferentes momentos. La privación de la madre es el eje donde se introduce por primera vez la dialéctica del deseo en la vida del sujeto.

Psicoanálisis: Término empleado por Sigmund Freud, para denominar a un cuerpo teórico, un método particular de psicoterapia y a todas las corrientes del freudismo que tienen como fin la exploración del inconsciente. El psicoanálisis lacaniano, el psicoanálisis kleiniano, la psicología del yo y la teoría de las relaciones objetales son las principales escuelas posfreudianas.

Psicoanálisis aplicado: Aplicación del bagaje teórico del psicoanálisis, a otros campos de conocimiento independientes al de la cura. La teoría psicoanalítica ha sido empleada en diversos ámbitos como, las artes, la religión, la mitología y la historia, suscitando reacciones contrastantes dentro de la comunidad psicoanalítica. El rechazo del psicoanálisis aplicado tiene como epicentro, la ligereza con que son retomados los conceptos y porque en sentido propio, el psicoanálisis sólo se aplica como tratamiento y por lo tanto a un sujeto. Sin embargo, el padre del psicoanálisis no sólo ejerció esta práctica, sino la alentó.

Psicosis: Estructura clínica caracterizada por la operación de la forclusión. En la psicosis el padre simbólico se encuentra ausente y por lo tanto, el Nombre-del-Padre es rechazado fuera del universo simbólico del sujeto, como si nunca hubiera existido. La falta de la función paterna en el complejo de Edipo, deja un agujero en el orden simbólico que es imposible de llenar y reduce la función simbólica a imaginaria. El significante forcluido no pertenece al inconsciente, sino que retorna en lo real con alucinaciones o delirios que invade la percepción o la palabra del sujeto. Jacques Lacan insistió en el lugar de la paternidad en la génesis de la psicosis, mientras Melanie Klein la sitúa en la relación arcaica con la madre.

Pulsión de muerte: Es la tendencia permanente y repetitiva de todo ser humano a deshacer conexiones y destruir las cosas. Se encuentra en constante oposición a la pulsión de vida que tiende a la cohesión y la unidad, aunque ambas pulsiones siempre se encuentran mezcladas. La pulsión de muerte se dirige hacia dentro y tiende a la autodestrucción; o hacia el exterior, manifestándose en la agresión. Toda pulsión es una pulsión de muerte, puesto que toda pulsión es excesiva, repetitiva y en última instancia destructiva.

Real: Lo real está tanto dentro como fuera. Sigmund Freud distinguió una realidad material y una realidad psíquica. Lo real puede ser una noción simplista de realidad concreta, o una elaboración compleja de un registro que sólo puede ser definido a partir de lo imaginario y lo simbólico.

Al principio, Lacan lo ubicó en el ámbito del ser, más allá de las apariencias. Lo real es aquello opuesto a lo imaginario y que se sitúa más allá de lo simbólico. En lo real no hay ausencia como en la alternancia presencia-ausencia de lo simbólico. Lo real puede ser lo que resiste a la simbolización y por lo tanto, es aquel dominio de lo que subsiste fuera de la simbolización.

Al tener lo real el carácter de imposibilidad y resistencia a la simbolización, se le impone una cualidad traumática, donde resulta ser el objeto de la angustia por excelencia. Al no tener ninguna medición posible lo real, aparece firmemente ubicado del lado de lo incognoscible e inasimilable. Antes del advenimiento del sujeto del inconsciente y de su pasaje simbólico a la existencia, lo real ya estaba allí. A la madre le toca encarnar lo real y de alguna forma, lo real equivale a la pulsión de Freud. Lo real es un resto imposible de simbolizar.

Registros: Clasificación fundamental en torno al cual gira toda la teorización de Jacques Lacan y que se encuentra vinculado al funcionamiento mental. Lo imaginario, lo simbólico y lo real son el sistema de clasificación tripartito. Los tres anillos eslabonados, evidencian las cualidades topológicas de cada registro en referencia a los otros registros.

Reproches: Se vinculan al desamparo inicial del sujeto y la persistente demanda de amor. Los reproches reprueban la conducta de alguien ante la insatisfacción, de tal forma que el sujeto deposita en el otro, su malestar.

Señuelo: La maniobra que forma parte del orden imaginario e implica fascinación y seducción del sujeto cuando trata de ser el falo para la madre.

Sigmund Freud (1856-1939): Freud Schlomo Sigismund, mejor conocido como Sigmund Freud nació en la ciudad de Freiberg, imperio austríaco (actualmente República Checa), el 6 de mayo de 1856 y es considerado el fundador del psicoanálisis. Viena fue el lugar donde vivió la mayor parte de su vida. Su bagaje literario comprende libros, artículos, cartas, conferencias, historiales clínicos y otros documentos, que lo tornan extenso y variado. Algunas de las obras más relevantes son *Estudios sobre la histeria*, *La interpretación de los sueños*, *Psicopatología de la vida cotidiana*, *El chiste y su relación con el inconsciente*, *Tres ensayos de teoría sexual*, *Tótem y tabú*, *Más allá del principio del placer*, *Psicología de masas y análisis del yo*, *El yo y el ello*, entre otros. Sin lugar a duda, las grandes heridas en que el ser humano se ha sentido agraviado, han sido propinadas por Nicolás Copérnico (La tierra no es el centro de la tierra), Charles Darwin (El hombre es un animal más) y por Sigmund Freud (No somos dueños de nosotros mismos, sino que el inconsciente nos gobierna).

En febrero de 1932 se le encontró un tumor en el lado derecho del paladar y dio inicio a una serie de intervenciones quirúrgicas radicales. La enfermedad no le impidió continuar con sus actividades, pero lo mantuvo alejado de los asuntos del movimiento psicoanalítico. Debido a que tenía ascendencia judía y al avance del nazismo, tuvo que trasladarse a Londres. A petición de Freud, el médico Max Schur aplicó tres inyecciones espaciadas de morfina y en la madrugada del 23 de septiembre de 1939 murió.

Significantes: Término introducido por Ferdinand de Saussure, para designar la parte del signo lingüístico (significado/significante) que remite a la imagen mental de ese sonido. Mientras el significado es un elemento conceptual, el significante es un elemento fonológico. Es la “imagen acústica” que significa un significado. Resulta ser un concepto central en la obra de Jacques Lacan, que sometió a varias modificaciones (Significante/significado). Por un lado, rompe la reciprocidad entre los elementos del signo, al afirmar que su relación es extremadamente inestable. Por otro lado, sostuvo que el significante sin el significado son “significantes puros” que existen antes que los significados. Cuando un significante no significa nada, más indestructible es y precisamente, son estos significantes sin sentido los que determinan al sujeto. El significante es la unidad constitutiva del orden simbólico, ya que es el campo del Otro. Los efectos del significante sobre el sujeto constituyen el inconsciente.

Simbólico: En la obra de Lacan lo simbólico responde, a dos intenciones: Por un lado, relacionar la estructura del inconsciente con la del lenguaje y por el otro, mostrar cómo el sujeto humano se inserta en un orden preestablecido, que también es de naturaleza simbólica. Ciertamente, Lacan hizo uso de lo simbólico en dos direcciones distintas y complementarias.

1. Para designar una *estructura* cuyos elementos discretos funcionan como significantes (modelo lingüístico). Lo simbólico es en lo esencial, una dimensión lingüística.
2. Para designar la *ley* que fundamenta este orden: así, Lacan, con el término padre simbólico o Nombre-del-Padre designa una instancia que no es reducible a las vicisitudes del padre real o imaginario y que promulga la ley.

Es del reino de la Ley que regula el deseo en el complejo de Edipo, por lo que, mientras que lo imaginario se caracteriza por relaciones duales, lo característico de lo simbólico son estructuras tríadicas.

Los conceptos de ley y estructura son impensables sin una dimensión simbólica en el lenguaje, el significante. Lo simbólico es definido como el lugar del significante y de la función paterna.

Superyó: Es una de las tres instancias psíquicas que forman la segunda tópica freudiana – Yo, Ello y Superyó. Resulta de la identificación edípica con el padre y tiene como función primaria, reprimir el deseo sexual que suscita la madre en la resolución del complejo de Edipo. A pesar de que el Superyó tiene una estrecha relación con la ley simbólica que impide la desintegración, también hunde sus raíces en el Ello, y de modo despiadado, actúa como juez y censor del Yo. Posee un carácter imperativo, insensato y tiránico, que ordena al sujeto gozar hasta las últimas consecuencias. El Superyó es ley y destrucción del sujeto.

Yo: Es una de las tres instancias psíquicas que forman la segunda tópica freudiana – Yo, Ello y Superyó. Aunque se encuentra estrechamente ligado a la consciencia, en gran parte es inconsciente. Como tiene una formación imaginaria, es la principal sede de las resistencias y las ilusiones. Es la instancia encargada de la conservación del sujeto, mediando las reivindicaciones del Ello, los imperativos del Superyó y las exigencias de la realidad.